

F.DANILO
2847

GEOGRAFIA
PINTORESCA
DE COLOMBIA

LE
TOUR DU MONDE

NOUVEAU JOURNAL DES VOYAGES

PUBLIÉ SOUS LA DIRECTION

DE M. ÉDOUARD CHARTON

ET ILLUSTRÉ PAR NOS PLUS CÉLÈBRES ARTISTES

VINGTIÈME ANNÉE

LIBRAIRIE HACHETTE ET C^{IE}

PARIS, BOULEVARD SAINT-GERMAIN, 79

LONDRES, KING WILLIAM STREET, STRAND

1879

Droits de propriété et de traduction réservés



Eglise de Mercaderès (voy. p. 315). — Dessin de Riou, d'après un croquis de M. André.

VOYAGE A LA NOUVELLE-GRENADE,

DE POPAYAN A PASTO (CAUCA).

Le rio Patia ; géographie physique et météorologique de la région. — Les nègres *patianos*. — La mouche *nuche*. — El Bordo ; mœurs, usages, jeux. — La poésie funèbre du Patia. — Marco-Antonio et le *bambuco*. — Paysages. — Sérénade nocturne. — Patia ; les fièvres. — La plaie des sauterelles. — La forêt de citronniers. — Le coca. — Passage du rio Guachicono. — Los dos Rios ; meurtre et expiation. — Mercaderès. — Le salto du rio Mayo. — Cascades de la Caldéra. — La Union. — Berruecos et la variole noire. — Olaya. — Les Échelles du Juanambú. — Ortega. — Le jardin désert de Ménésès. — Arrivée à Pasto.

Le rio Patia est un des fleuves les plus étranges et les plus pittoresques du monde. Il sort des flancs du volcan de Sotará, dans la Cordillère centrale, et se précipite d'une roche escarpée, dès son origine, sous la forme d'une élégante cascade. Près de là, dans le Paramo del Buei, prennent naissance deux puissants voisins, les rios Magdalena et Cauca, illustre compagnie qui rappelle le curieux massif des Alpes lépon-tiennes où trône le Saint-Gothard, en Suisse, et d'où s'échappent les eaux mères du Rhin, du Rhône et du Tessin.

Sur sa longueur totale, qui dépasse quatrecent cinquante kilomètres, le Patia en parcourt quatre-vingts sous les noms de rio Sotará et de rio Quilcasé, et ne change cette dernière appellation pour celle de Patia qu'après avoir reçu les eaux du Timbío. Ce cours supérieur, maintenu entre de hautes montagnes escar-

pées, décrit une courbe immense, de l'est au nord et à l'ouest-sud, accompagnée d'autres vallées concentriques, toutes anfractueuses. L'ensemble forme un des plus étonnants systèmes oro-hydrographiques. Bientôt enserré entre les deux chaînes principales des Cordillères, le Patia, qui a reçu le tribut du Guachicono, du Mayo, du Juanambú et du Guaitará, rompt la digue qui le séparait des plages du Pacifique, comme le Danube traverse les Carpathes aux Portes de Fer pour se plonger dans la mer Noire. Au delà, le Patia remonte brusquement vers le nord, ouvrant un angle aigu, échappe aux plissements de la Cordillère occidentale qui le maintenaient dans d'étroites vallées, et après avoir présenté un cours navigable sur une grande étendue, il se jette dans l'océan par un immense delta.

C'est dans les parages que nous venons de quitter, entre la vallée du Patia et l'océan Pacifique, que, des points élevés de la Cordillère occidentale, des cerros de San Juan ou de Guavas, par exemple, à trois mille mètres d'altitude, on peut contempler un spec-

1. Suite. — Voy. t. XXXIV, p. 1, 17, 33, 49; t. XXXV, p. 129, 145, 161, 177, 193, 209; t. XXXVII, p. 97, 113, 129; t. XXXVIII, p. 273 et 289.

GEOGRAFIA PINTORESCA DE COLOMBIA

La Nueva Granada vista por dos viajeros
franceses del siglo XIX

CHARLES SAFFRAY

EDOUARD ANDRE

Recopiló y dirigió esta obra
EDUARDO ACEVEDO LATORRE

LITOGRAFIA ARCO
BOGOTA
1968

RECONOCIMIENTO

Agradecemos a la Biblioteca de la Academia Colombiana de Historia y a la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República la amabilidad con que nos facilitaron el estudio del material de la presente obra y la reproducción de los grabados.

PRESENTACION

Es a los viajeros de todas las latitudes y de todos los tiempos a quienes se debe principalmente el conocimiento de la tierra. Desde los albores de la humanidad el hombre ha sentido siempre el llamamiento de las tierras lejanas y aún cuando más allá de su horizonte lo desconocido le ofrezca las más tenebrosas aventuras y peligros, su ánimo siempre está pronto para hacer frente a las sorpresas y su mente dispuesta para captar sus misterios.

Sobre las narraciones de los viajeros se elaboraron las primeras descripciones del mundo, sobre sus observaciones se abrieron las puertas de la investigación de los reinos de la naturaleza. Fue además el viajero el portador incansable de la cultura, y del progreso de la humanidad.

Por Herodoto se conoció el antiguo Egipto; por Marco Polo se supo del enigmático Chatay; Colón abrió los caminos del Nuevo Mundo; Humboldt recorrió el velo de la fascinante naturaleza americana; Livingstone y Stanley le mostraron a Europa lo que era el Africa; Amudsen y Byrd llegaron a los polos del planeta, y como si todas estas hazañas fueran poco para la sed de aventura que lleva el hombre en su interior, hoy se prepara para viajar a las estrellas.

¿Quién no ha sentido en su interior el ansia de viajar y conocer? ¿El deseo de ver otros mundos, otras tierras, otras gentes? Todos somos viajeros y nuestro paso por la vida es sencillamente el más deslumbrante y asombroso de los viajes.

A comienzos del siglo XIX apenas si se había logrado conocer la tierra en su configuración y grandes lineamientos, mas faltaba mucho por investigar en el interior de los continentes. Se ignoraba el nacimiento de los grandes ríos, se desconocía el rumbo y altura de los grandes ramales orográficos, nada se sabía de las gentes primitivas que poblaban recónditos y apartados lugares y apenas si se había iniciado el estudio de la flora, la fauna y las riquezas minerales. Fue así como en el siglo pasado los viajeros, haciendo un tanto de lado la simple aventura, se lanzaron por todos los caminos del mundo con el afán científico de explorar tierras desconocidas y escudriñar todo aquello que había permanecido ignorado y oculto. Inglaterra, Alemania y Francia se destacan entre muchos países en esta sed de investigación. Los adelantos en materia de instrumentos científicos para observaciones y análisis facilitaron su labor y prontamente Europa y el mundo en general fueron formándose cabal cuenta de la gama maravillosa que presentaba la tierra con su diversidad de pueblos y naciones, de aspectos físicos y de ambientes climáticos; y por ende de formas de vida de las gentes.

Con los viajeros del siglo pasado nació la geografía descriptiva, en la que fueron maestros los franceses. Geógrafos y geólogos, botánicos y naturalistas recorrieron muchos miles de kilómetros haciendo acopio de informaciones y experiencias que luego presentaron en la amena y rica literatura de viajes que no es otra cosa que Geografía de la más pura calidad. Esta literatura ha sido siempre apreciada y leída con especial deleite. Viajar se-

rá siempre uno de los más inquietantes deseos de la humanidad.

En Colombia los viajes también han seducido. Ha habido viajeros colombianos de gran renombre que después de recorrer el país o tierras lejanas han dejado relatos imperecederos. Los extranjeros de todos los confines de la tierra que han visitado a Colombia con ánimo de conocerla son legión incontable; y aquellos que lo han hecho con detenimiento y con estudio son ciertamente numerosos. Gabriel Giraldo Jaramillo en su obra "Bibliografía colombiana de viajes" anota más de 250 obras de viajeros colombianos y 500 de extranjeros que dicen de sus impresiones sobre el país. Solamente en el siglo pasado se registran más de 100 europeos que llegaron a Colombia en su afán de investigación y conocimiento. De éstos sobresalen 24 franceses que dejaron sus apreciaciones consignadas en obras de los más variados matices y como anota el citado Giraldo Jaramillo "Todos ellos han sabido ver el país, unos con ojos críticos, malhumorados, descontentos; otros con absoluta objetividad y extrema ponderación; otros con criterio científico, algunos con inspirado sentido poético y generoso entusiasmo. El método galo, la gracia, la sobriedad, la habilidad en la descripción del paisaje y la penetración de la inquisición psicológica campean en muchas de sus obras, completamente desconocidas algunas, olvidadas las más, recordadas unas pocas, pero todas ellas de inmenso valor para el estudio de nuestra "petite historie", de nuestras costumbres, de nuestra vida cotidiana. El conjunto de estos escritores en que se encuentran desde la fría descripción del científico hasta la exaltación poética del escritor de raza, formaría el mejor arsenal de informaciones vivas sobre nuestro pasado".

Entre las obras sobresalientes de los viajeros franceses venidos a Colombia en el siglo XIX se destacan los siguientes:

ANDRE, Edouard.—"L'Amérique Equinoxiale". — Le Tour du Monde. París. 1877-1878-1879.

BOUSSINGAULT, Jean Baptiste.—"Mémoires".—París. 1892.

BRETTES, Comte Joseph de. — "Chez les indiens du Nord de la Colombie. Six ans d'explorations". Le Tour du Monde. París. 1898.

BRISSON, Jorge.—"Exploración en el alto Chocó".—Bogotá, 1895. Casanare. Bogotá. 1896. Viajes por Colombia. Bogotá. 1899.

CANDELIER, H.—"Riohacha et les indiens goajires". París. 1893.

CREVAUX, J. et Lejanne.—"Voyage d'exploration á travers la Nouvelle Granade et le Venezuela". Ie Tour du Monde. París. 1882.

DAUX, F. G.—"Quelques Semaines en Colombie".—Le Havre. 1885.

D'ESPAGNAT, Pierre.—"Souvenirs de la Nouvelle Grenade".—París. 1901.

ENAULT, Louis.—"L'Amérique Central et Meridionale".—París. 1867.

ETIENNE, C. P.—"La Nouvelle Granade. Aparcu Ge-

- néral sur la Colombie et Récits de voyages en Amérique".—París. 1828.
- GABRIAC, Comte de.—"Promenades a'travers de L'Amérique du Sud, Nouvelle Granade, Ecuateur, Perou, Brasil".—París. 1868.
- GAUTHIER, Leon.—"Fragments du Journal de Voyage d'un peintre en Amerique Latin". (1848-1855).
- KANDENOLE, M. de.—"L'Odysee de Jean Languille. Voyage d'exploration a travers la Colombie et le Venezuela".—Abbeville. 1898.
- LAFOND, Gabriel.—"Voyages dans l'Amerique Espagnole pendant les guerres de l'indipendence.—París. 1844.
- LE MOYNE, A.—"Voyages et sejours dans l'Amerique du Sud".—París. 1880.
- MELLET, Julien.—"Voyage dans l'Amerique Meridionale, a l'interiur de la Cote Ferme et aux iles de Cuba et de Jamaïque, depuis 1808 jusqu'en 1819" París. 1823.
- MOLLIEN, Gaspar Theodore.—"Voyage dans la Republique de Colombie".—París. 1824.
- RECLUS, Elisée.—"Voyage á la Sierra Nevada de Sainte Marthe. Paysages de la nature tropicale".—París. 1861.
- ROULLIN, Francois Desire.—"Historie Naturelle et Souvenirs de voyage".—París.
- SAFFRAY, Dr. Charles.—"Voyage a la Nouvelle Granade. 1869". — Le Tour du Monde. París, 1872-1873.
- SAINT GAUTIER, Soeur Marie.—"Voyage en Colombie, de Novembre 1890 á Janvier 1892.—París. 1895.
- TERNAUX, Henry.—"Esai sur l'ancien Cundinamarca".—París. 1842.
- WIENER, Charles.—"Amazona et Cordillères". — Le Tour du Monde. París. 1883.

No pocos de estos escritos están enriquecidos con mapas y grabados que constituyen en muchos casos pequeñas obras maestras de afamados artistas, cuya especialidad era la ilustración de libros de viajes. Asombra al contemplar los grabados, el realismo y belleza de algunos paisajes, escenas y objetos. En muchas de estas ilustraciones se encuentra más vida, más colorido, más información concentrada en una sola lámina que la que hoy puede admirarse en muchas fotografías, como si el ojo del viajero y la pluma del artista hubieran sabido escoger con más técnica el ángulo de enfoque y hubieran captado más de lo que hoy abarca la lente del turista.

Para el presente álbum se han tomado los grabados que ilustran los relatos de dos sobresalientes viajeros franceses: el doctor Charles Saffray, quien recorrió la Nueva Granada en 1869, y Edouard André, a quien el Gobierno Francés le encomendó una misión especial por la América Equinocial, por los años 1875 y 1876. Ambos conocieron esta nación por la misma época y muchas de sus apreciaciones coinciden; solamente que el primero mira el país con más benevolencia y ojo científico que el segundo.

Los grabados de uno y otro son de un mismo estilo, elaborados en su mayor parte en París sobre los apuntes y croquis de los viajeros. Esto es digno de anotar puesto que los dibujantes no conocieron el país, sino que interpretaron, y por cierto admirablemente, los apuntes de cartera de los expedicionarios.

En la obra del doctor Saffray se destaca la hábil pluma de A. Neuville, que ilustró casi todo su libro, dejando algunos cuadros a Therond, Niederhausen, Moynet, y algún otro. Para la obra de E. André fue el afamado Riou quien tuvo a su cargo el dibujo, especialmente de paisajes y es tal la fidelidad de algunos, que parece como si él hubiese sido el viajero. En algunas ilustraciones figuran también Royat, Taylor, Barclay, Clerget y Maillort.

Los relatos, de los cuales se reproduce un capítulo de cada uno de los autores, son ejemplo clásico de la literatura de viajes del siglo pasado y pueden considerarse igualmente como representativos de lo que fue la geografía descriptiva en su época de mayor éxito.

El conjunto de reproducciones que aquí se presenta, dan una imagen muy clara de cómo era Colombia en la segunda mitad del siglo pasado; es una real geografía pintoresca de la Nueva Granada. Al contemplar con detenimiento estos dibujos donde aparecen nuestros campos, ciudades, caminos, escenas y objetos podemos apreciar lo que hemos recorrido en un siglo por los senderos del progreso. Todavía ciertamente, perduran algunas fallas de esa época y hay dibujos que parecen obtenidos hoy en día, como se ven otros donde resaltan los errores y las exageraciones; pero el todo es de un valor histórico y geográfico inigualables y seduce desde el primer momento. Es por lo tanto esta obra de recopilación no solamente solaz para los ojos por la belleza de sus láminas sino documento magnífico de una época, como también reconocimiento a los ilustres viajeros, que, a pesar de las dificultades y privaciones a que tuvieron que enfrentarse en una época en que carecíamos de toda comodidad, nos dejaron tan expresiva interpretación de la Colombia del siglo XIX.

Estas obras fueron publicadas por primera vez en la afamada revista francesa de viajes LE TOUR DU MONDE. La de Saffray en los años 1872 y 1873 y la de André entre 1877 y 1879. En el año de 1876 apareció en Barcelona una edición española de la obra de Saffray, publicada por Montaner y Simón en la colección EL MUNDO EN LA MANO y la de André fue también traducida al español y publicada por el mismo editor de Barcelona en la obra AMERICA PINTORESCA. 1884. En Colombia solamente ha aparecido una publicación, sin grabados, del viaje de Saffray que constituye el volumen 110 de la BIBLIOTECA DE CULTURA COLOMBIANA. 1948.

Las láminas que aquí se reproducen se han ampliado un poco del tamaño en que aparecen en LE TOUR DU MONDE y aun cuando se procuró publicarlas en el mismo orden en que se hallan en la obra original, no siempre se logró tal objetivo, debido a razones técnicas y de diagramación, que desde luego en nada demeritan el trabajo.

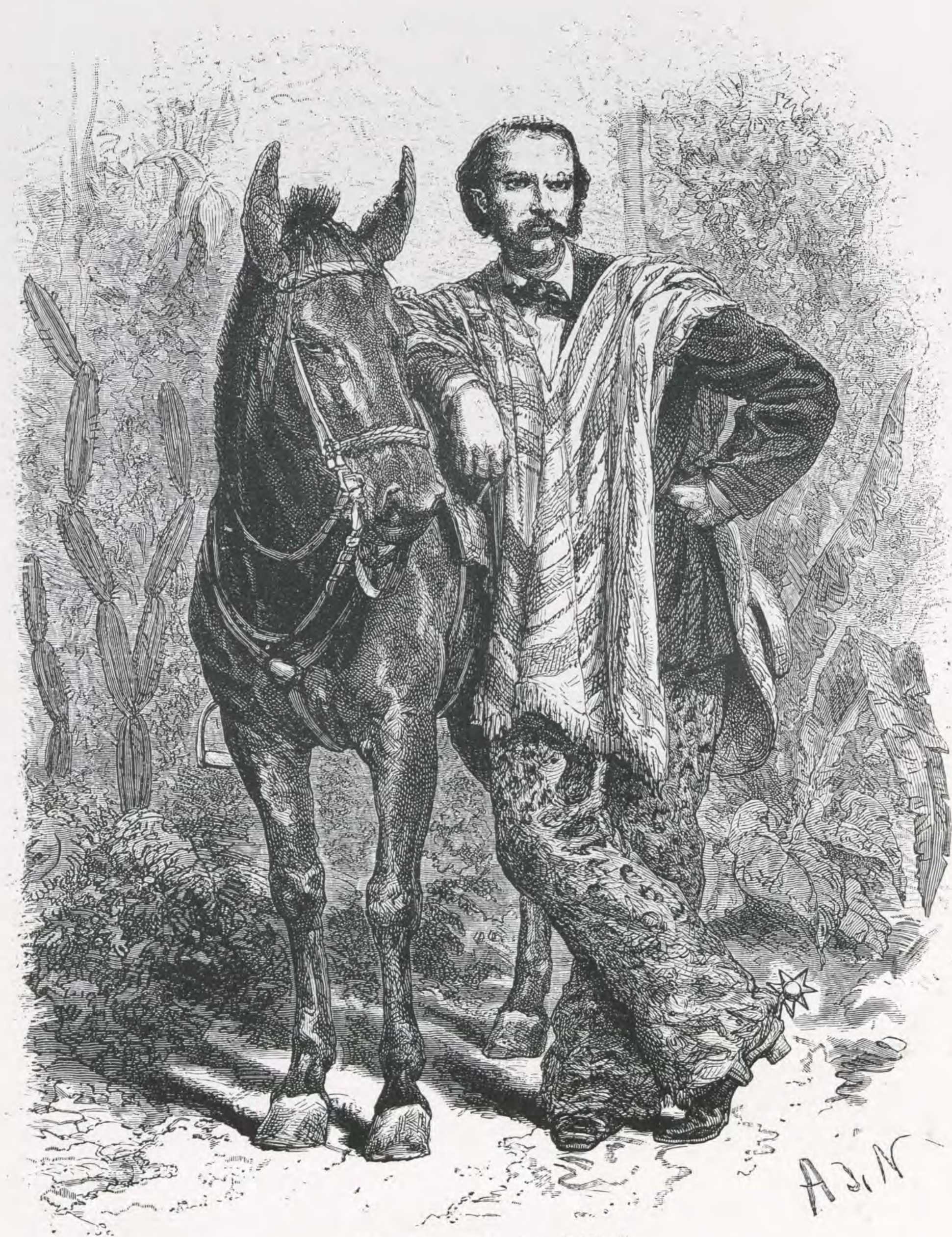
La pluma elegante del recordado historiador Eduardo Posada dejó en la REVISTA GEOGRAFICA DE COLOMBIA (Nos. 5 y 7, 1939) sendos artículos sobre los viajeros a que nos referimos; estos artículos también se reproducen por considerarlos como la mejor presentación de las obras de estos dos expedicionarios.

VIAJE A LA NUEVA GRANADA

DEL DOCTOR CHARLES SAFFRAY

EN

1869



El Dr. Saffray.—Dib. de A. de Neuville

VIAJE DEL DOCTOR SAFFRAY

POR EDUARDO POSADA

Curiosos detalles sobre nuestra geografía, nuestra historia y nuestras costumbres se encuentran en los relatos que escribiera un médico francés, el doctor Saffray, de su viaje por tierras colombianas, a mediados del siglo pasado. No fija él las fechas de su llegada, ni de los episodios de su correría, ni de su regreso al viejo mundo, pero por la narración que hace de algunos acontecimientos se comprende que fue durante la revolución de 1860. Tampoco explica claramente el objeto de su viaje; tal vez en busca de minas o quizás por afición a los estudios botánicos, pues una y otra cosa parecen desprenderse en vagos lineamientos de su escrito.

En casi todas sus observaciones es galante y benévolo con nuestro país. Se complace en pintar las bellezas del territorio y cuida al tratar de los usos y modo de ser de las gentes, de no dar pinceladas de burla o desprecio. Si algo desdorado resulta en los hechos que refiere relativos a las revoluciones, eso viene naturalmente de la simple información, sin que él les ponga epítetos fuertes o los exagere o los exhiba por los lados más repugnantes. Por el contrario, trata como de callarlos o de mitigar sus detalles grotescos o brutales.

Empieza refiriendo su llegada a Santa Marta, cuyo aspecto encuentra pintoresco: las arcadas de la aduana, las torres de las iglesias, los jardines y los boscajes de palmeras le dan la apariencia de una ciudad oriental. El mestizo que lo condujo a tierra en una piragua hablaba el papiamento, especie de lengua francesa, mezcla bárbara de inglés, de francés, de holandés, de español y de lengua indígena. Algunos monumentos que conservaba aquella ciudad de alguna grandeza fueron derribados en 1825 con el temblor de tierra que rompió el monte Horqueta. Los indios del contorno le parecen de una bella raza, cuyo tipo se acerca al del Kamuk, del cual tienen aproximadamente el color y la estatura.

Toca luego en Cartagena, que fue, dice, la reina de las Indias; cuya rada es una de las más bellas del mundo y donde todas las flotas de Europa podrían estar reunidas.

“Lo que deslumbra desde el primer momento llegando a Cartagena, agrega, son las fortificaciones que defienden la ciudad del lado del océano: una alta muralla en plataforma que recuerda esos muros de Babilonia, donde seis carretas podrían correr de frente, bastiones, casamatas y al pie un foso profundo cubierto por el mar. El conjunto es grandioso por sus proporciones y su armonía. Se transporta uno sin pensarlo a esos tiempos caballerescos en que la reina de las indias altivamente sentada sobre su archipiélago de coral, depósito del comercio de las Filipinas, del Perú, de Colombia y de la América Central, guardaba sus tesoros a la sombra del poderoso pabellón español y lanzaba sobre el océano sus flotillas armadas para dar cacería a los piratas bretones y a los audaces nanteses, cuyos finos veleros hacían correrías sobre toda la costa del mar Caribe”. Luego señala su estado de decadencia en esos días de su llegada, en que humildes pi-

raguas reemplazaban los buques de alto bordo y los grandes tres mástiles de otras épocas.

Acompaña a la relación un bello grabado de la ciudad, que tiene valor histórico, pues es tomado de una fotografía. Visita la catedral, la casa episcopal, la capilla de La Popa y el mercado, del cual enumera algunos artículos que le llamaron la atención por ser cosas especiales de la comarca.

Pasó después a Turbaco donde conoció a un viejo indio llamado Fachimachi, descendiente auténtico de los caciques de aquella comarca, quien le hizo interesantes relaciones históricas.

El nombre indígena del lugar era Yurmaco; en los volcanes había un templo consagrado a Cemi o espíritu de las curaciones; sus doce prelados llevaban como insignia una larga cintura de oro, una diadema del mismo metal y medias lunas de filigrana pendientes de la nariz; en torno se hallaban cabañas, donde se recibían los enfermos que venían en peregrinación, quienes eran conducidos a los montones de lava que formaban las erupciones volcánicas donde se les sumergía, no dejando sino la cabeza afuera, en tanto que uno de aquellos sacerdotes pronunciaba palabras rituales que atraen los favores del espíritu.

Consigna también la leyenda de que aquellos volcanes, dos siglos antes, arrojaban llamas, porque Satán respiraba por sus cráteres, mas un cura de la aldea fue en gran pompa el día del Corpus, los roció con agua bendita, pronunciando fórmulas de exorcismo y se extinguieron uno tras otro.

Por la vía del Dique, de la cual dice que es uno de los sitios más bellos que se puede contemplar, llega a Calamar, donde permaneció varios días esperando el paso de un vapor.

Todos los paisajes subiendo el Magdalena los encuentra magníficos y hace de ellos hermosísima pintura. Ahí se ve una vez más el gran amor de Saffray por la naturaleza y su benevolencia con las peripecias del viaje. No da una queja por las plagas ni por las incomodidades en esa navegación, que entonces, unas y otras, debían ser enormes. Habla especialmente de una isla llamada Margarita, verdadera perla que se destaca entre todas las riquezas de esta pródiga naturaleza, y que se diría un jardín creado bajo la inspiración de un poeta, y describe con bellos colores su maravillosa vegetación.

En el puerto de Nare hizo su desembarco del vapor y tomó una barqueta para subir el río de este nombre; nos habla del remolino que en él existe y que es el terror de los bogas, y de su llegada a la bodega de San Cristóbal, término de esa segunda navegación. De allí sigue en mula hacia Medellín, donde llega tras largo y penoso camino y después de pasar por Marinilla y Rionegro.

Bien interesante es el relato que hace de las costumbres de Medellín en ese tiempo, de su vida sedentaria, monótona y sencilla. Menciona su catedral y la fuente que existía en la plaza mayor, llevada con grandes gastos de

Europa. Entre sus ilustraciones de esta ciudad están la plaza mayor y la de San Roque y el paseo de la Quebrada.

Tomó rumbo después para la ciudad de Antioquia a donde llegó por difíciles rutas. En esa ciudad tuvo magnífica acogida; todos sus vecinos se esmeraron en llenarlo de atenciones y al salir de ella dice: que alejándose, no sin tristeza, de esa hospitalaria ciudad, pensaba en su prosperidad futura cuando un camino la comunique por la región de Urrao al río Chaquenendo o Bebará, tributario del tranquilo Atrato, que sigue su curso hasta el Atlántico, en medio de las más ricas florestas del nuevo mundo.

Uno de sus proyectos en esta ciudad era el de obtener indicaciones precisas sobre las tribus indígenas circunvecinas; quería conocerlas de cerca y estudiar en medio de ellas su vida y sus costumbres. Esperaba igualmente aprender allí las propiedades de un gran número de plantas. Después de siete días de marcha, algunos de ellos a pie, llegó con su guía a una aldea indiana, donde estaba el cacique Fichihuacu con quien pudo entenderse, pues hablaba algunas palabras de español y el compañero de Saffray comprendía un poco el dialecto indígena. Entre esa tribu vivió algunos días estudiando sus costumbres, asistió a un matrimonio y a pescas en el río Verde en compañía de algunos indios. Después regresó a Medellín.

Allí encontró el país en plena revolución. El general Mosquera acababa de derribar el gobierno del señor Ospina y había reconstruido el país bajo el nombre de Estados Unidos de Colombia. Estos acontecimientos, dice, no le permitieron continuar sus proyectos, sin expresar cuáles eran éstos, y resolvió seguir a Guayaquil, por el valle del Cauca y las cordilleras de Pasto y Quito. Tomó entonces camino por Sonsón y Manizales, y al llegar a esta última ciudad hizo una atrevida excursión al nevado del Ruiz. En esos lugares se representaban escenas de la guerra que él las señala así: "Las tropas del gobierno ocupaban a Manizales y los partidarios de Mosquera, dueños del valle del Cauca, se avanzaban hasta la aldea de María, distante una legua de aquella ciudad. El general Henao comandaba la plaza esperando proteger el territorio de Antioquia y aún retirar del Cauca las bandas numerosas, pero mal organizadas, del general Payán, ex-abogado, que se improvisó jefe del ejército".

Con dificultad logró conseguir pasaporte para trasladarse a Cartago, ciudad que le pareció bella con sus jardines, sus calles aseadas y bien alineadas, sus habitaciones de aspecto decente y bien confortables, y sus alrededores bastante pintorescos. "En este país favorecido, añade, la tierra es, me atrevo a decirlo, demasiado generosa, pues su fecundidad retarda el progreso. Aquí el cultivo inteligente y laborioso impuesto a Europa no es necesario: un suelo rico y un clima bienhechor, no exigen del hombre sino pocos días de trabajo para la subsistencia de un año. Pone luego datos sobre el Valle del Cauca, del cual hace su debido elogio, que para no extendernos no copiamos, bien que con todas sus líneas nos provocaría hacerlo.

Por invitación que le hicieron varios amigos, pasó a Roldanillo, cuyo clima halló delicioso, con un aire sano y con alrededores llenos de escenas alpestres o tropicales. "No he visto, dice, lugar más propio para el retiro de un filósofo o de un artista. Durante la revolución varias de las familias más distinguidas del Cauca, lo habían

escogido para residencia. Por todas estas razones, mi permanencia que debía ser de una o dos semanas, se prolongó durante varios meses".

De Cali, donde estuvo luego, anota que es una de las más hermosas ciudades de la Nueva Granada; que su posición en medio del valle del Cauca le promete un brillante porvenir, cuando por un buen camino se ponga en comunicación con el océano; que sus calles son amplias, sus casas bien construidas y rodeadas de jardines; que la abundancia de aguas conserva el aseó y la frescura y que el clima, aunque cálido, es sano y agradable.

Había mucho movimiento de tropas y menciona a una mujer llamada Dolores, que conoció, la cual, llevada por una vocación extraña, se había enganchado desde el principio de la guerra y obtenido por su bravura el grado de sargento; en las listas de tropa figuraba bajo su nombre femenino y el regimiento estaba orgulloso de ella. Aprovechó la salida de unas tropas para seguir con éstas hasta Quinamayo, donde estaba el Jefe don Julio Arboleda. Gastaron en llegar cinco días, no obstante ser corta la distancia. En ese lugar le aconteció un caso curioso: El médico del ejército de este distinguido caudillo había caído prisionero y entonces Arboleda le propuso al doctor Saffray que reemplazara él a aquel facultativo. Rehusó éste al principio, pero al cabo de algunos días cedió a las instancias que se le hicieron, mas con la condición de no comprometerse por un tiempo determinado. Así a poco tiempo presentó su renuncia que logró se le aceptara, y fue triste el adiós que se dieron al separarse el médico y el militar. Cuenta Saffray que Arboleda le dijo: "Yo no volveré a ver, como usted, la Francia, donde he dejado mi familia y mis más caras afecciones. Sacrificándome a mi país hubiera querido que mi muerte le fuese útil, pero los tiempos no han llegado aún. Deséole buena suerte, sin atreverme a decirle hasta luego". Seis meses más tarde había de saber nuestro viajero en Panamá, según refiere, que el célebre colombiano había sido asesinado. En Popayán hace elogio de los trabajos de Caldas, de sus estudios de física, de botánica y de astronomía, y de su descubrimiento sobre la relación que existe entre la temperatura en ebullición del agua y la altura barométrica. Era entonces la época de la exportación de la quina y por consiguiente consagra un capítulo al estudio de las de Pitayó y Almaguer y el modo de recoger este producto en los bosques. Menciona también las investigaciones de Mutis y las obras por él publicadas, así como los trabajos de Miguel Santiesteban y de José Triana.

Resolvió luego desistir de su proyectado viaje a Quito y venirse a nuestra capital. Retrocedió a Cartago y por la tremenda vía del Quindío llegó al fin a Bogotá.

Curioso es el grabado que representa la primera calle real. Los balcones santafereños, amplios y pesados, que servían para acomodo de las familias que iban a contemplar las procesiones, y los faroles del alumbrado, a base de petróleo, suspendidos de unas altas cuerdas. Poquísimos transeúntes y ningún asomo de locomoción por ruedas. Los neogranadinos, dice, están orgullosos de su capital y para los que no han viajado, es la primera ciudad del mundo. Su bella situación al pie de los cerros, vista desde la sabana, con sus campanarios, le pareció como una bella ciudad europea, pero al llegar encontró que las calles eran estrechas y de una limpieza dudosa. Habla de que hay treinta y cuatro iglesias o capillas, ocho conven-

tos y dos hospicios, todo de construcción antigua y que las más notables de aquéllas son la de los dominicos y la de San Juan de Dios. De la catedral nos dice que aspira al estilo corintio, que fue construída según los planos de un arquitecto del país y sobre el mismo lugar del templo de madera cubierto de paja que había levantado Quesada. "Un ciudadano, agrega, me mostraba con orgullo ese templo, diciéndome: qué hermoso es, pero lo mejor es que fue hecho aquí. Candidez excusable cuando se sabe cuántas dificultades de todas clases presentan en este país los trabajos más sencillos". Anota que el altar mayor es muy rico, que la estatua de la Virgen tiene 358 diamantes, 1.295 esmeraldas, 372 perlas y 59 topacios y amatistas. Menciona también la biblioteca pública, el colegio nacional, la casa arzobispal, el observatorio y el edificio municipal. Entre sus ilustraciones aparece la plaza de Bolívar con los antiguos portales o galerías del costado occidental que destruyó el incendio de 1900 y el mercado que aún se verifica en torno de la estatua del Libertador.

Le da a Bogotá 50.000 habitantes, lo cual le parece exacto en vista de la calma y la soledad de todas sus calles. De éstas, apunta, la más animada es la Real, donde se encuentran los principales almacenes, que no son sino pequeños bazares universales que contienen telas y bujías, vinos y calzado, quincallería y agua de colonia, y son asiento de una tertulia (pone la palabra en español), o sea pequeño círculo de amigos y de ociosos que tratan de política, comentan a los paseantes y murmuran del prójimo. Le parecen los habitantes cultos, sociables y que, aunque amando su campanario, se interesan por lo que pasa en los países lejanos. A las damas las encuentra encantadoras y que llevan con una gracia igual, ya la mantilla negra de blondas o ya el lujoso traje de baile, y que todas tienen los cabellos negros y magníficos y unos ojos que recuerdan los versos de Longfellow: "Ella tiene dos pupilas tan dulces y tan negras, desconfía; ella arroja una mirada de lado y baja los ojos, ten cuidado, ten cuidado".

Dice que la industria es casi nula y aún los artículos que serían más fáciles de fabricar en el país, como el papel, el jabón, las bujías, son traídos a grandes gastos del extranjero. Los artesanos imitan bien pero no saben crear, no han recibido educación profesional y sus herramientas son insuficientes y capaces de llegar a ser hábiles con una buena dirección. Habla del Tequendama, del cual trae una imagen un tanto defectuosa; de los huesos antediluvianos de Soacha y de artefactos indígenas hallados en distintos lugares del país. Es raro que no mencione ninguna persona del gobierno ni hable del cuerpo legislativo o de nuestras instituciones administrativas; tampoco escribe nada sobre los hombres públicos, ni sobre los acontecimientos de esos días en la capital, que fueron de palpitante interés.

Para regresar a Europa resolvió tomar la vía del Pacífico, pues ya conocía la del Magdalena, y había, además, dejado en Cali la mayor parte de su equipaje. Deseaba también conocer el Chocó, del cual no había recogido sino indicaciones incompletas. En mula siguió por La Mesa, Juntas de Apulo y Guataquí, donde pasó el Magdalena, de cuyas riberas hace la más entusiasta y vívida alabanza; y volvió a cruzar el horrible sendero del Quindío.

En Cali halló que la casa en donde había dejado sus baúles con ricas colecciones, fue saqueada durante su ausencia, bajo la dirección de alguna autoridad a la cual había sido denunciado como partidario de Arboleda. Se le redujo además a prisión, pero logró, por empeño de amigos que allí tenía y tras largas diligencias y mediante el pago de \$ 6.000 se le pusiera en libertad. Trepó luego la cordillera para luego descender a la unión del Dagua y del Pepita, donde dos bogas se obligaron a conducirlo sano y salvo hasta Buenaventura. Pinta en seguida la navegación de aquel río tan difícil y peligrosa, tanto que un amigo que lo seguía a poquísima distancia pereció en uno de esos tremendos remolinos.

En Buenaventura resolvió seguir a Nóvita, mas no buscando las bocas del San Juan, lo que exigía un vapor de mar, sino ganando la desembocadura del San Joaquín, para lo cual bastaba una simple piragua y así lo hizo y por esa corriente subió durante un día para después seguir por tierra, a pie, hasta el río Guineo donde tomó de nuevo una piragua y en ella bajó hasta el Calima por el cual siguió hasta el San Francisco. Ascendió este río lentamente para estudiar su fauna y su flora, de las cuales nos da interesantes apuntes, y nos habla también de los indios del Chocó, cuyo tipo le recuerda el de los tártaros, y de sus vestidos, sus alimentos y sus costumbres y explica el modo como preparan un terrible veneno extraído de los batracios. Pasó por Nóvita y llegó a las colinas que separan el Valle del San Juan de la hoya espléndida del Atrato. Las atravesó en cinco horas y en el río Quito tomó una nueva barqueta para llegar dos días después a Citará. Ahí estudia a los indios Cunas y Caimanes, las únicas tribus, dice, de esta región que los españoles no pudieron someter y que conservan aún su completa independencia. Hablan la lengua cueva, que es el idioma más extendido de Veraguas a Guayaquil, se pintan de rojo y viven de la pesca y la caza.

En Quindío tuvo relaciones con un indio anciano llamado Comagre, descendiente de aquel cacique del mismo nombre que comandaba en tiempo de la conquista una tribu numerosa y rica en el istmo del Darién, y a quien se menciona en nuestros manuales de historia. Ese indio había recibido intacta de su padre la tradición transmitida de generación en generación sobre los acontecimientos memorables que pasaron en esa comarca hacía más de cuatro siglos. Y aunque mezclado ese indígena a la vida civilizada, había permanecido su alma leal a su raza y así en su entusiasta crónica se sentía vívido el recuerdo del pasado, al par que mal cubiertos pesares.

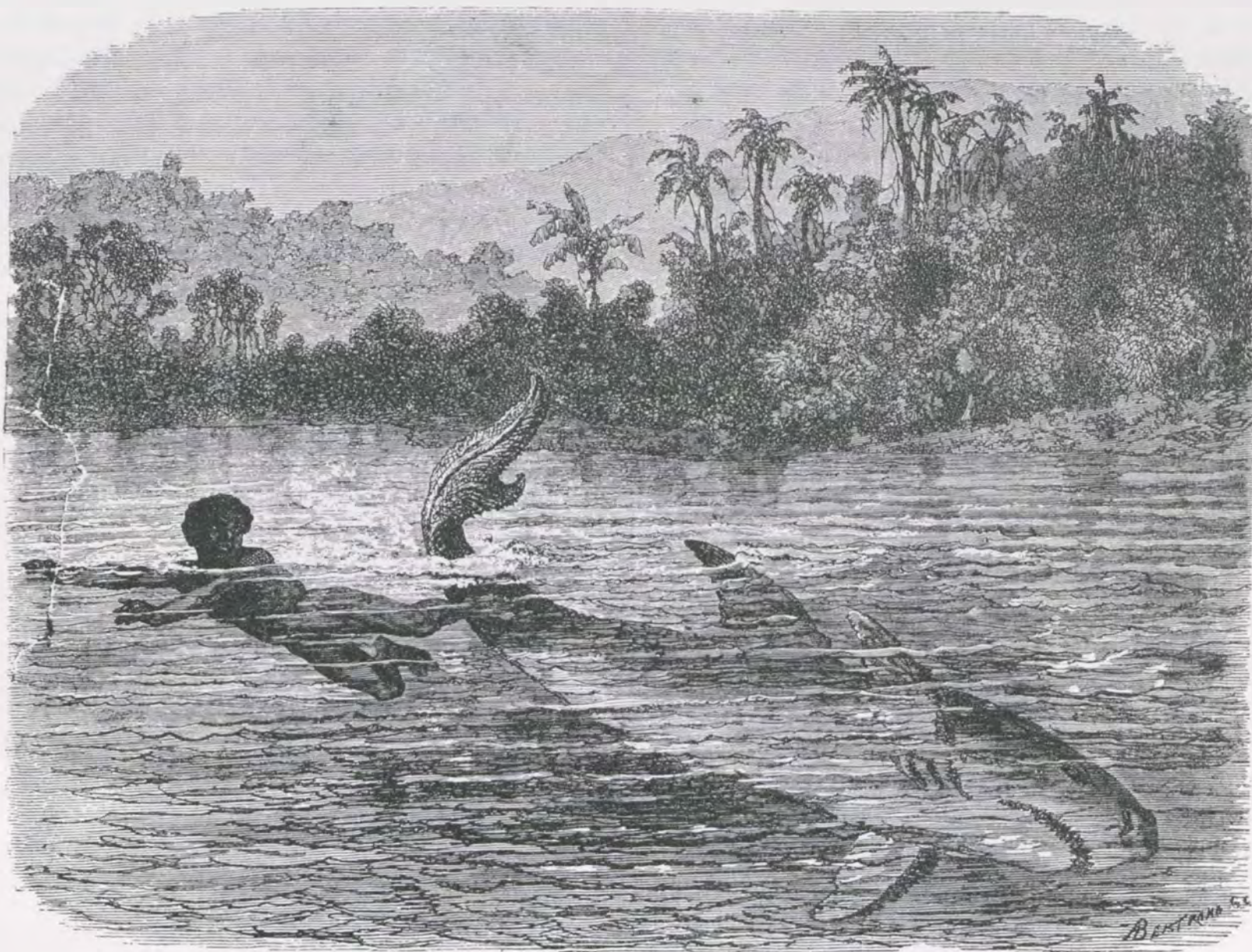
Aquel vástago de la aborígen dinastía le refirió la fundación de Santa María la Antigua, primera de nuestras ciudades; la marcha de Núñez de Balboa hacia el poniente a descubrir otras tierras; el encuentro de éste con el cacique Careta que vivía en guerra con el cacique Pucha; y su llegada al reino de Comagre, que le ofreció la paz y la amistad por medio de su hijo Panquiaco, y le reveló la existencia del Océano Pacífico y de las ricas comarcas que había por esas riberas. Tal amigo de nuestro viajero, según dice, tenía la palabra llena de imágenes como los relatores árabes y sus relatos a veces le recordaban a Homero, a veces los cantos de los bardos. Consagra luego Saffray algunos párrafos a las minas de oro y platino, a las producciones vegetales y a la pesca de perlas. Interesantes son sus conceptos sobre los varios proyec-

tos que entonces se debatían, sobre unión de los dos mares ya el de Tehuantepec, ya el de Nicaragua, ya el del Darién y ya también el de subir el Atrato, y pasar a la bahía de Cupica. Cree practicable la idea de unir el río Noanamá, afluente del San Juan, y el río Quito, tributario del Atrato, para lo cual bastaría romper los barrancos de la Raspadura en una extensión tan sólo de quinientos metros, y recuerda el hecho de que un cura de aldea, cerca a Nóvita, en una ocasión unió los dos torrentes por medio de una excavación. Esto, opina, demandaría trabajos gigantescos y debería buscarse la vía entre Panamá y Chagres. Acertado y aún profético estuvo Saffray en tal opinión, pues fué ahí el lugar por donde al fin se hizo el Bósforo americano y también será probablemente por el Atrato y por el San Juan por donde se trazará el nuevo canal que ya está pidiendo el comercio del mundo. El empeño que se ha visto en la gran nación americana de conseguir alguna prelación sobre tal proyecto, cuando se ha parlamentado con ella en diversas ocasiones, respecto de cuestiones internacionales, revela que conoce bien las posibilidades de su realización.

El último capítulo del viaje de que nos ocupamos es relativo a la política española en el nuevo mundo, a su gran Concejo de Indias y a sus audiencias reales, así como sobre la guerra de la independencia y las revoluciones, que vinieron en pos de ella, esas encanalladas revoluciones, como las llamó Rubén Darío. La administración pública dice que deja mucho que desear bajo el punto de vista de las aptitudes y a menudo mismo de la integridad; que la política, el favoritismo y los intereses

personales, hacen mover todos los rodajes del gobierno; que la justicia no es siempre bastante independiente y somete los litigios a inútiles lentitudes; pero que la nación posee, por otro lado, todos los elementos de prosperidad; una vasta extensión de costas sobre los dos océanos, grandes ríos navegables, con muchísimos afluentes, un clima generalmente salubre y un suelo fértil donde según la altura nacen espontáneamente o se pueden cultivar todas las familias vegetales. Y después de enumerar éstas, anota que lo que le falta al país son vías de comunicación: que es necesario abrir un camino carretero de Honda a Bogotá; hacer navegable el Magdalena, a lo menos por pequeñas embarcaciones hasta el valle de Neiva; establecer un camino del Magdalena al Atrato por Medellín y Antioquia; poner a Cali y Popayán en comunicación con el Pacífico, y cortar el istmo de Panamá para la navegación del mundo. Entonces tendrán desarrollo inmenso el comercio, la agricultura y las industrias. "En este vasto campo, son sus palabras finales, donde cada uno podrá emplearse útilmente, no habrá lugar para las rivalidades mezquinas que dividen y atormentan el país desde hace cincuenta años. Por su posición geográfica, por sus recursos de toda especie, por sus instituciones y por las cualidades de sus habitantes, la Nueva Granada está llamada a ser la primera de las naciones de la América Meridional. Que esté próximo este tiempo feliz es el voto que formo al partir de esta tierra privilegiada donde he dejado verdaderos amigos y cuyo recuerdo me será siempre querido".

VIAJE DEL DOCTOR SAFFRAY



Patada a un tiburón.—Dib. de A. de Neuville

VIAJE A LA NUEVA GRANADA

POR EL DOCTOR SAFFRAY. 1869.

I

DE SANTA MARTA A TURBACO

Introducción Geográfica.—A la vista de Santa Marta.—Descripción de la ciudad.—*El tasajo*.—La patada al tiburón.—La Virgen de Riohacha.—Ojeada retrospectiva sobre Santa Marta.—Los indios de la Sierra Nevada.—*La bodoquera*.—Noticia sobre el *Erythroxylon coca*.

Eran las tres de la madrugada cuando oímos resonar en el buque la ansiada palabra “¡tierra!”. Casi todos los pasajeros del Salvador se agruparon sobre cubierta para contemplar cómo se destacaban las costas, débilmente iluminadas por los primeros albores de la aurora; los vientos alíseos hinchaban las velas; la proa del buque cortando las olas, trazaba un profundo surco que se cubría de blanquísima espuma; y la ancha estela dejaba en el mar, a gran distancia, como un rastro de fulgores fosforescentes.

Ni una sola nube empañaba el cielo; sobre un fondo azul oscuro despedían las estrellas un brillo desconocido en Europa, cuatro veces más vivo, según dice Humboldt, que el que nosotros estamos acostumbrados a ver

En el zenit desarrollaba la vía láctea su faja luminosa; por el sur se entreveían las nubes magallánicas, vagas claridades de las que cada átomo es un mundo; mientras que el cono obtuso de la luz zodiacal aparecía en el occidente.

Fue necesario esperar tres horas: cerca del ecuador no media sino un corto intervalo entre la aurora y el pleno día; el sol apareció como un globo de fuego, y vino a dar vida a un panorama espléndido.

Las costas están limitadas al este por escarpadas y áridas montañas; las unas descienden hacia el mar, formando rápida pendiente; y otras se elevan como una muralla cortada a pico: son los últimos promontorios de Sierra Nevada, cuyas gradas gigantescas se destacan des-

de las playas marinas hasta las cúspides cubiertas por las nieves eternas. Desde el trópico al polo abárcase el conjunto al golpe de vista: en la región inferior los bosques impenetrables, los frutos deliciosos, las asombrosas plantas; en la superior, sobre una faja de nubes flotantes, extiéndese los desiertos donde el suelo avaro no produce sino líquenes; y en la cima se ven las nieves perpetuas.

La tierra que teníamos a la vista era Nueva Andalucía, descrita por el cronista Herrera, el viajero Oviedo,

y su contemporáneo Castellanos, cuyos poemas llevan el sello del espíritu supersticioso del siglo diez y seis.

El aspecto de Santa Marta es por demás pintoresco, los arcos de la aduana, las torres de las iglesias, los jardines y los grupos de palmeras le comunican cierta semejanza con una ciudad oriental.

Mientras se practicaba la maniobra a bordo, trasladéme a tierra en una piragua: el mestizo que la conducía hablaba en papiamento, especie de lengua franca,



Indígenas del Magdalena.—Dib. de A. de Neuville

mezcla bárbara de inglés, de francés, de holandés y de español. Después de haberse desembarcado en la arenosa playa, trató por todos los medios posibles de inducirme a que le aceptase como cicerone; pero se cansó inútilmente, pues no quería yo que un segundo me distrajesen en mis impresiones.

La bahía de Santa Marta es pequeña, bastante cómoda para los buques de poco calado; pero los grandes deben permanecer a cierta distancia, quedando expuestos al viento del nordeste.

El interior de la ciudad no corresponde a la idea que se forma desde lejos: las casas son todas de planta baja, con las ventanas enredadas, los tejados son ordinarios y el conjunto me pareció mezquino. En los arra-

bales no hay más que miserables cabañas; las calles carecen de empedrado, y como el viento acumula en ellas las arenas de la playa, ofrecen cierto aspecto de desolación.

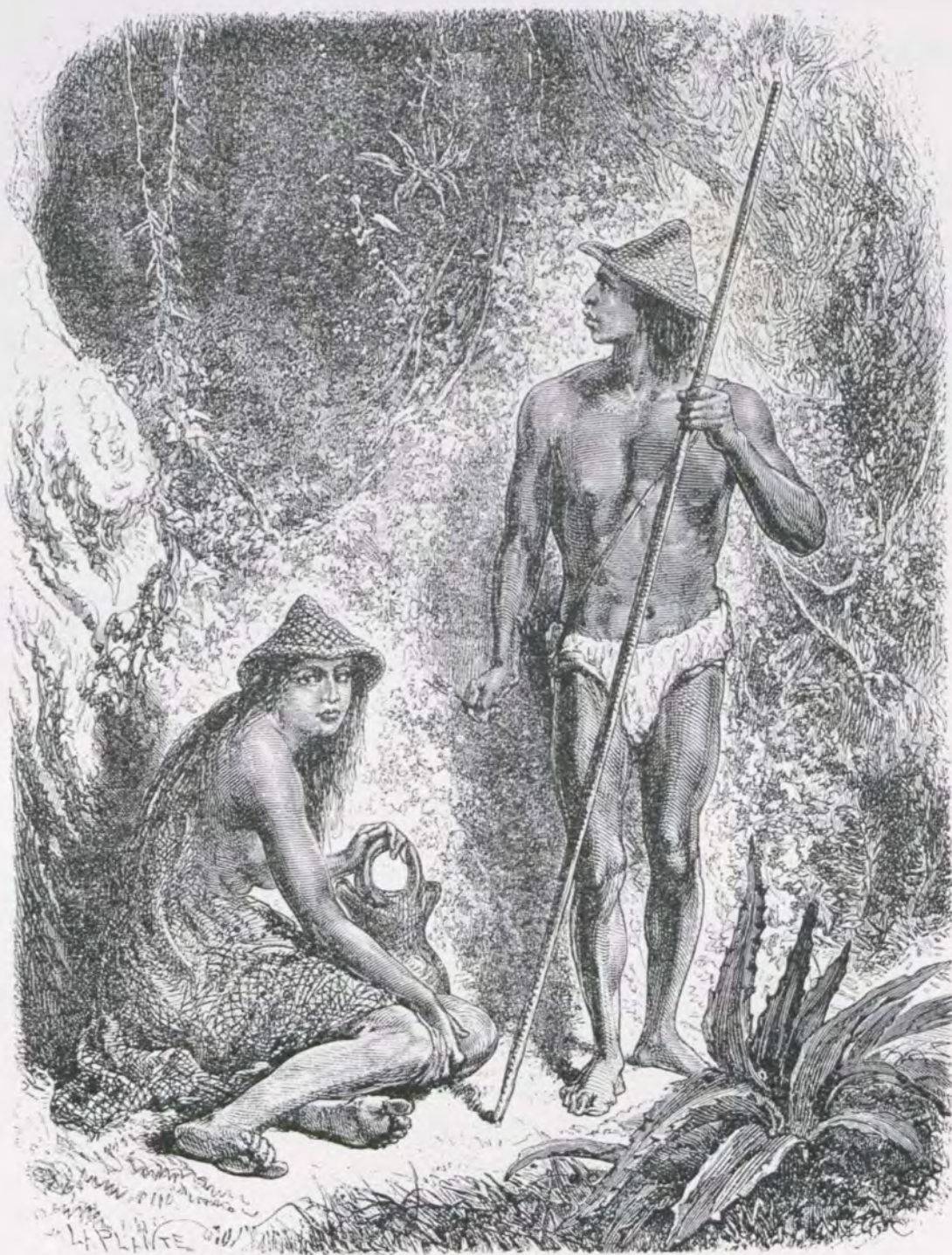
Algunos monumentos, erigidos por orden del virrey y por los religiosos, permitieron que la ciudad conservase hasta principios de este siglo cierto carácter de grandeza; pero el terremoto que en 1825 agitó el monte Horqueta, derribó iglesias, conventos y fuertes. Hoy día, los cactus espinosos y algunas raquíticas mimosas crecen en medio de las ruinas, donde el líquen microscópico se prende por todas partes: las serpientes, los camaleones y los escorpiones buscan allí un refugio. Santa Marta sobrevive; pero de aquí a mucho tiempo no parece que me-

jorará su situación.

En medio del día, cuando el ardiente calor invita a los habitantes a su acostumbrada siesta, no se ve un solo ser viviente en las calles o en la plaza y se creería estar en alguna necrópolis, pero por la mañana reina un poco de animación en el puerto y en los alrededores del mercado. Este último se halla establecido en las ruinas de un fuerte; y a él llevan los indios todos los días el maíz de las montañas, la banana, la yuca y la arracacha, que

con el tasajo y el tocino constituyen la base de la alimentación.

El tasajo merece que diga sobre él dos palabras. Aquí no se compra la carne al peso, sino por brazas; se corta en delgadas tiras, que se ponen a secar al sol después de haberla salado y enciérrase luego en petacas, especie de cajas de cuero en bruto, donde se conserva durante varios meses. La preparación culinaria es de las más primitivas: se tritura el tasajo entre dos piedras hasta reducirle a un



Indios de la Sierra Nevada.—Dib. de A. de Neuville

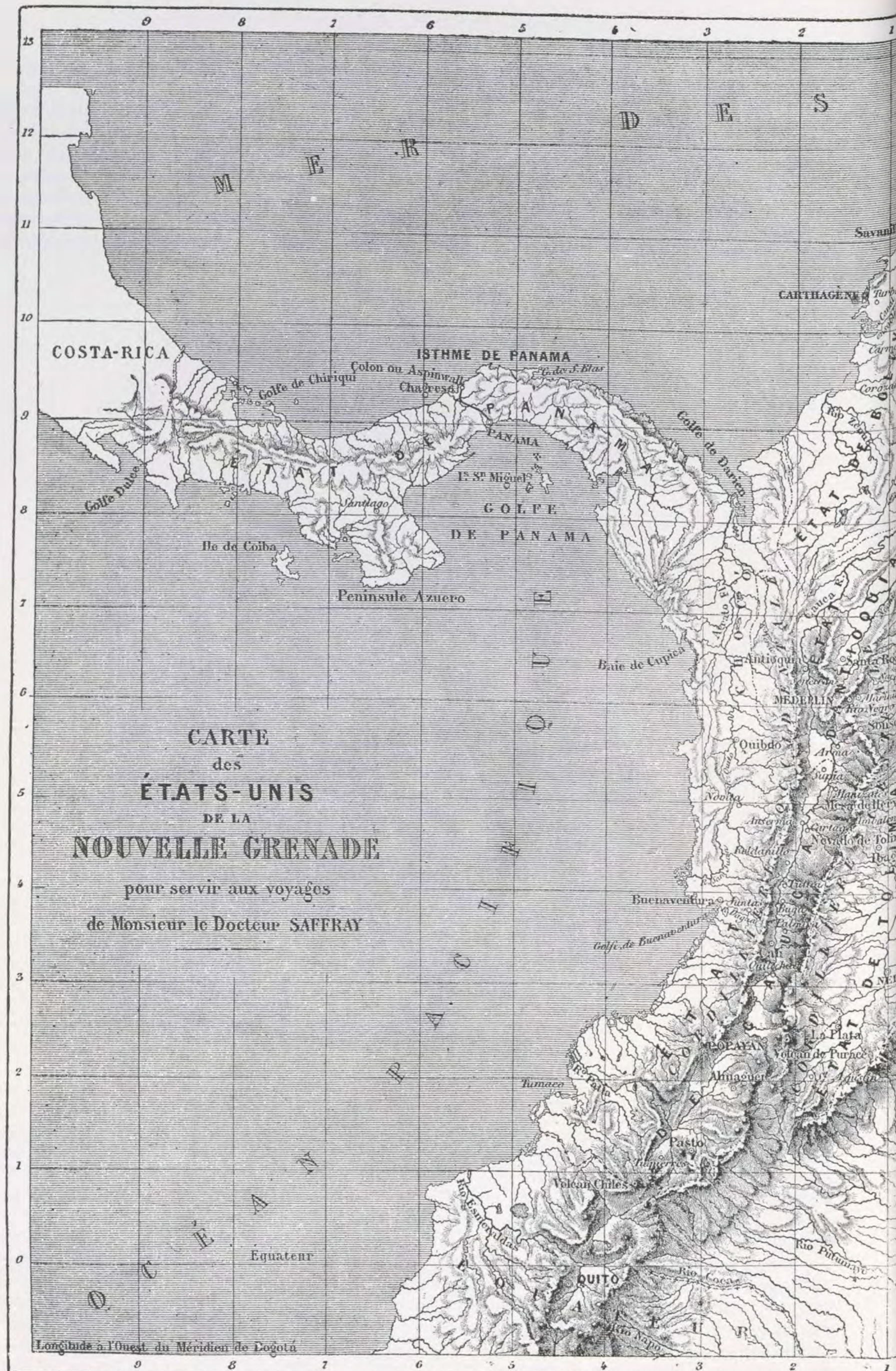
grueso polvo, que se fríe en seguida, constituyendo un manjar muy poco delicado, con frecuencia de un olor excesivamente fuerte, pero que llena las dos principales condiciones para el país cuales son la baratura y la rapidez con que se prepara.

Los carniceros tienen sus establecimientos en los arrabales: para la matanza acostumbran a sangrar a los bueyes en el cuello: extienden la piel en tierra, fijándola con estacas de madera; recogen cuidadosamente el sebo, cortan las partes carnosas en tiras, y el resto se tira a la calle. Bandadas de buitres, que se anuncian por su ronco grito y su olor fétido, se disputan todos los días aquellos restos repugnantes.

Cuando estaba yo examinando los grupos, cerca del mar, oí de pronto gritar: “Blanco, mi blanco”, y al punto vi que llegaba una multitud de pilletes desnudos, negros o morenos. “Yo doy una patada al tiburón, por una peseta”, me gritó un negrillo que podría tener doce años. Yo creí al pronto que aquello era una broma; pero como insistiese, prometí la recompensa en medio de las salvajes aclamaciones de sus compañeros.

Todo el mundo ha visto dar latigazos a los leones domesticados; pero ¿cómo suponer que un niño osara burlarse del monstruo más terrible del Océano?

Llegado a un sitio donde el agua era tranquila y muy profunda, zambullóse el negrillo, reapareció a los



Mapa utilizado por



Doctor Saffray en sus viajes.

pocos instantes y dió principio a varias evoluciones que le hubiera podido envidiar cualquiera de los habitantes de las aguas. Poco después sacó la cabeza y me gritó en criollo: ¡Li venir! Al mismo tiempo nadaba hacia la orilla, dirigiéndose al pie de una roca, y yo le distinguía perfectamente. Pasados algunos momentos, vi como una masa que se movía en las aguas, avanzando rápidamente: era un tiburón. El pillete volvió a zambullirse, dió un rodeo, y descargó en el costado del monstruo tan fuerte patada que le hizo emprender la fuga.

“Me tiene miedo”, gritaba el negrillo alegremente, saltando de roca en roca. El muchacho decía verdad: el tiburón, como todos los animales llamados feroces, huye del hombre por instinto, y no le acomete sino cuando le

aguijonea el hambre. Ahora bien, en la bahía de Santa Marta tienen siempre los tiburones a su disposición miles de doradas y otros peces que viven reunidos en gran número y así es que los negrillos se divierten impunemente con el tiburón.

Fui a visitar la iglesia principal, donde el bedel me hizo el obsequio, mediante pago, de enseñarme una imagen milagrosa, la de la Santísima Virgen de los Milagros; es una estatua de madera que tiene la cara y las manos pintadas con bermellón, viste una falda de raso que fue blanca en otro tiempo, sembrada de grandes estrellas; un manto de terciopelo azul, cuyo color ha palidecido por la acción del tiempo, pende airosamente de sus hombros; calza unos zapatos de raso blanco, y del cuello pende un



Mercado de Cartagena.—Dib. de A. de Neuville

gran corazón de oro por medio de una cadena de cuentas de filigrana, mezcladas con esmeraldas. En otro tiempo ostentaba en la cabeza una pesada cadena de oro esmaltada con piedras preciosas; pero cierto guardián se encaprichó con ella, y entonces fue reemplazada por una tiara de cobre.

Esta Virgen, según me han dicho, fue traída de Riohacha. Los piratas que infestaban aquellas aguas se presentaron un día ante la ciudad, a la cual habían saqueado varias veces; toda la población acudió a la playa, precedida de la estatua de la Virgen y cantando las letanías; los conductores penetraron en el agua hasta la cintura; y como la multitud suplicase a su Patrona que hiciera un milagro para expulsar a los piratas, la Virgen se quitó la corona de oro y la tiró al mar. Las olas del Océano se desviaron repentinamente como en otro tiempo las del Mar Rojo, y prodújose en ellas tal agitación que todas las naves naufragaron.

Tal es la leyenda; pero el origen de la estatua que me enseñaron me parece muy dudoso, porque los habi-

tantes de Riohacha aseguran que aún conservan en su poder la verdadera imagen milagrosa.

Santa Marta es el más antiguo de los establecimientos españoles en Costa Firme, territorio que se extiende desde el cabo de la Vela hasta las desembocaduras de la Magdalena. La colonia de San Sebastián, en el golfo de Urabá (golfo de Darién), había sido destruída por los indios, y era urgente ya establecerse de una manera definitiva en los países de la costa nuevamente descubiertos.

En 1521, Rodrigo Bastidas, célebre ya por sus expediciones, fue el encargado de fundar en Costa Firme una ciudad y una fortaleza capaces de servir de base de operación para las expediciones al interior. En 1525 desembarcó cerca del pueblo indio de Gaira, precisamente el día de Santa Marta, en una bahía que había visitado ya en su primer viaje de reconocimiento y allí fue donde fundó la ciudad que ha conservado este nombre.

Fiel a su política, trató de conciliarse la amistad de los indios Gairas y Tagangas; pero su moderación no se

avenía con la rapacidad de sus compañeros, quienes acabaron por asesinarle. Las Casas, tan severo con los que trataban mal a los americanos, hace completa justicia a la conducta excepcional, y casi única del fundador de Santa Marta, expresándose en estos términos: "Siempre le vi dando prueba de caridad a los indios y encolerizado contra aquellos que les trataban mal".

Los indios de los alrededores de Santa Marta son de una hermosa raza; su tipo se asemeja al del kalmuco, al que se parecen también por el color y la estatura. Descienden de los invencibles Taironas, que podían poner en pie de guerra cincuenta mil combatientes, y que cultivaban la sierra en la parte templada de sus vertientes. Los hombres llevan por única ropa un pañuelo de algodón atado a la cintura, y se cubren la cabeza con un sombrero cónico formado de hojas de hiliconia. Las mujeres llevan en casa el mismo traje que el marido; pero cuando van a la ciudad se cubren los hombros y una parte del pecho con un pedazo de tela de lana o de algodón, fijándose otra en las caderas.

Los descendientes de los Taironas cultivan el maíz y algunas raíces. Buenos cazadores, rehusan servirse de las armas de fuego, que espantan a los animales, y sólo emplean la bodoquera, larga cerbatana de unos ocho pies.

Para fabricar esta arma, el indio necesita en el más alto grado esa cualidad que le distingue por todas partes, es decir, la paciencia. Elige una palmera macana, de tronco delgado, de fibras negras y duras; introduce, en línea recta, a cortas distancias, unos pedazos de sílex en forma de moneda; golpea sucesivamente en cada piedra, y acaba por hacer saltar el tallo en toda su longitud. Hecho esto, y valiéndose de un sílex cortado en bisel, desprende poco a poco las fibras centrales, hasta que practica en toda la extensión de la macana un canal estrecho y uniforme. Con una piedra redondeada y arena húmeda, modela este canal, practicando un corte; las dos piezas unidas ofrecen entonces en su centro un tubo perfecto, y sólo falta ya modelar la parte externa, enlazando en forma de espiral continua las dos secciones, por medio de una liana, llenando después los intersticios con cera.

No se lleva a cabo esta obra en menos de un mes de constante trabajo. Los indios un poco civilizados que hay en la ciudad de Santa Marta no construyen las bodoqueras por sí mismos, sino que las compran a otras tribus más salvajes; las del Orinoco emplean como cerbatanas unas arundíneas cuyos intersticios tienen de quince a diez y seis pies, encontrando así sus armas hechas.

Si el indio quiere coger viva un ave de mediana talla, usa como proyectil una bolita de arcilla seca, apunta con cuidado, sopla vigorosamente, y el animal, tocado en la cabeza, cae aturdido; pero si se trata de un cervatillo, de un tapir o de un tigre, coloca en la bodoquera una pequeña flecha de bambú, cuya punta, endurecida al fuego, está impregnada de curare, mientras la otra extremidad se halla guarnecida de algodón.

El indio no caza los grandes animales sino al acecho; conoce los sitios donde tienen la costumbre de beber; y les espera oculto en el ramaje de un árbol o detrás de una roca. La menor picadura de una flecha impregnada en curare ocasiona la muerte al animal más robusto; pero no cae desde luego, y es preciso seguir su pista: un tigre tarda ocho o diez minutos en morir.

Yo he visto curare en Santa Marta; pero las indicaciones que me dieron sobre su composición demostraba que se ignoraba completamente cuáles son las plantas empleadas en confeccionarlo. Algún tiempo después, cuando fuí a Río Verde, tuve ocasión de ver cómo se preparaba esta temible sustancia, de la que hablaré luego detalladamente.

Los Taironas de Santa Marta constituían un pueblo agricultor, industrial, rico, y notable por su bravura, pues nunca consiguieron los españoles someterlos, por lo cual escribió Castellanos en su obra:

Y es hasta hoy allí cosa notoria,
que ningún español contó victoria.

La palabra tairo en el lenguaje de aquellos naturales, significaba fundición; y en efecto, no lejos de Santa Marta tenían un establecimiento considerable, donde se trabajaba el oro de las minas del país. Los españoles se apoderaron en aquel punto de un considerable botín, empleando las riquezas para la expedición durante la cual se fundó a Cartagena.

Los Taironas no comerciaban sólo en gran escala con el oro y las piedras preciosas, sino que cambiaban por telas de algodón, procedentes del interior, las hojas de una planta llamada hayo, conocida en el Perú con el de coca.

La coca (*Erythoxylon coca*) es un arbusto que apenas alcanza tres metros de altura; sus hojas, tan grandes como las de los árboles del té, son lisas, puntiagudas y de color verde oscuro. Los indios de los Andes las masticaban con una pequeña cantidad de cal, de ocre o de ceniza, según las localidades, y como la coca no prosperaba sino en algunas regiones de la cordillera, era objeto de un comercio muy considerable.

Acosta dice en su "Historia del Perú", que en el año de 1590 se vendieron en el solo mercado de Potosí, noventa y cinco mil cestillos de coca, a razón de cuatro o seis escudos cada uno, y que se utilizaba como moneda para los cambios.

Los indios habían reconocido en esta planta principios nutritivos y tónicos, y gracias a su uso podían soportar las fatigas del trabajo en las minas y la abstinencia forzosa durante sus largos viajes.

En un extracto de coca preparado cuidadosamente, he reconocido la presencia de clorofila, de goma, cera, y un alcaloide especial, la cocaína, que he podido combinar con cal, aislándola después en forma de cristales en agujas. Administrada esta sustancia en grandes dosis a los animales, produce una excitación de la sensibilidad, seguida de profundo abatimiento y de fenómenos tetánicos: mucho siento no haber tenido ocasión de hacer en el hombre repetidos experimentos.

Ante nosotros la isla baja de Tierra Bomba, toda cubierta de nogales, de bambúes y de cañas; detrás de aquel muro de verdura se elevan, en segundo término, dos altas torres agrisadas; es Cartagena, la Reina de las Indias, que se extiende detrás de aquella punta.

En otro tiempo penetraban los buques en línea recta, para llegar a la rada, por el ancho canal llamado de Boca Grande; pero en 1741, España, que estaba en guerra con los ingleses, mandó obstruir el paso, formando un istmo artificial entre la isla y el continente. He aquí por qué es preciso dar la vuelta a este largo promontorio para in-

troducirse en el estrecho y tortuoso canal de Boca-Chica, bordeado a izquierda y derecha por rompientes y rocas a flor de agua.

Tres fuertes, reducidos hoy a un montón de ruinas, que invaden los zarzales, constituían en otro tiempo la primera línea defensiva de la ciudad.

La rada es una de las más hermosas del mundo, pues en ella podrían reunirse todas las flotas de Europa. Hacia la punta oriental de Tierra Bomba, a la izquierda, dejamos la ciudad del oro, habitada únicamente por leprosos, y poco después anclábamos cerca de las murallas.

En 1501 fue cuando Rodrigo Bastidas descubrió la ciudad india de Calamari, a la cual dio el nombre de Cartagena, porque su puerto se parecía de un modo singular al que llaman así en España; pero antes de esto hubo de sostener encarnizado combate contra los indios.

Sin embargo, la fundación de la ciudad actual no data sino desde 1533, y se debe a los esfuerzos de Alonso de Ojeda, cuya expedición se componía de los veteranos de la isla española de Santo Domingo y de intérpretes indios.

Lo que más llama la atención al llegar a Cartagena son las fortificaciones que defienden la ciudad por la parte del Océano: hay una elevada muralla de plataformas, que recuerda aquellos muros de Babilonia, donde podían correr seis carros de frente, casamatas, y un profundo foso completamente lleno por las aguas del mar. El conjunto es notable e imponente por las proporciones y armonía, de tal modo que se cree uno transportado a las épocas caballerescas en que la Reina de las Indias, orgullosamente sentada sobre su archipiélago de coral, foco del comercio de las Filipinas, del Perú, de Colombia y del Centro de América, guardaba sus tesoros a la sombra de la poderosa bandera española, lanzando al Océano flotillas armadas para dar caza a los piratas bretones, a los audaces anteses, cuyos veleros barcos recorrían toda la costa del mar de los Caribes.

Una masa de inundo ceno ha invadido el puerto, casi desierto ahora; miseras piraguas sustituyen a los buques de alto bordo y a los navíos de tres palos de otra época; los musgos y los líquenes cubren con su vegetación los abandonados muros; las plantas saxatiles introducen sus raíces entre las piedras, hasta desunirlas; mimosas de gruesos nudos invaden los revestimientos, y las plantas trepadoras tapizan enormes lienzos de pared medio caídos, cual si quisieran acabar de sepultarlos. Más abajo, en el foso cubierto de limo, pululan inmundos reptiles y hediondos caimanes, la iguana, la serpiente, el murciélago y el buho tienen su guarida en los huecos de las paredes.

No teniendo tesoros que guardar y demasiado débil a la vez para excitar la envidia y defenderse, Cartagena vendió por último sus cañones a la gran República americana, y por ciento veinte mil piastras firmó la declaración en que reconocía haber llegado al último límite de su decadencia.

La mayor parte de las casas antiguas están construídas con caliza conchífera o con rocas madreporicas; las de reciente construcción son de ladrillo; en la plaza y en las calles principales tienen un piso con balcón abierto; las de los bajos se hallan protegidas por un enrejado de madera que forma saliente: es el mirador, desde el cual

pueden las mujeres ver a los transeúntes sin ser percibidas. De ordinario se ven entrelazadas en los enrejados hojas de cocotero, que trenzan allí artísticamente: es el ramo bendito que protege la casa, como se observa todavía en muchos de nuestros pueblos.

Las habitaciones están casi todas construídas bajo el mismo plano; un corredor da entrada al patio central, cuyo piso se compone de guijarros blancos y de conchas formando mosaicos; en el centro hay una fuente circuída de flores y de arbustos, y alrededor del patio una galería cubierta, a la que tienen salida diversos cuartos. Por el corredor de entrada se penetra en el zaguán, especie de salón o fumadero, en el cual se introduce a quien desea ver al amo de la casa. Allí recibe a sus amigos o visitantes para tratar de negocios. Para penetrar en las demás habitaciones es preciso tener intimidad con el dueño. Obsérvese aquí en las costumbres mucha semejanza con las de los moros y también cierta analogía en las habitaciones y en los monumentos.

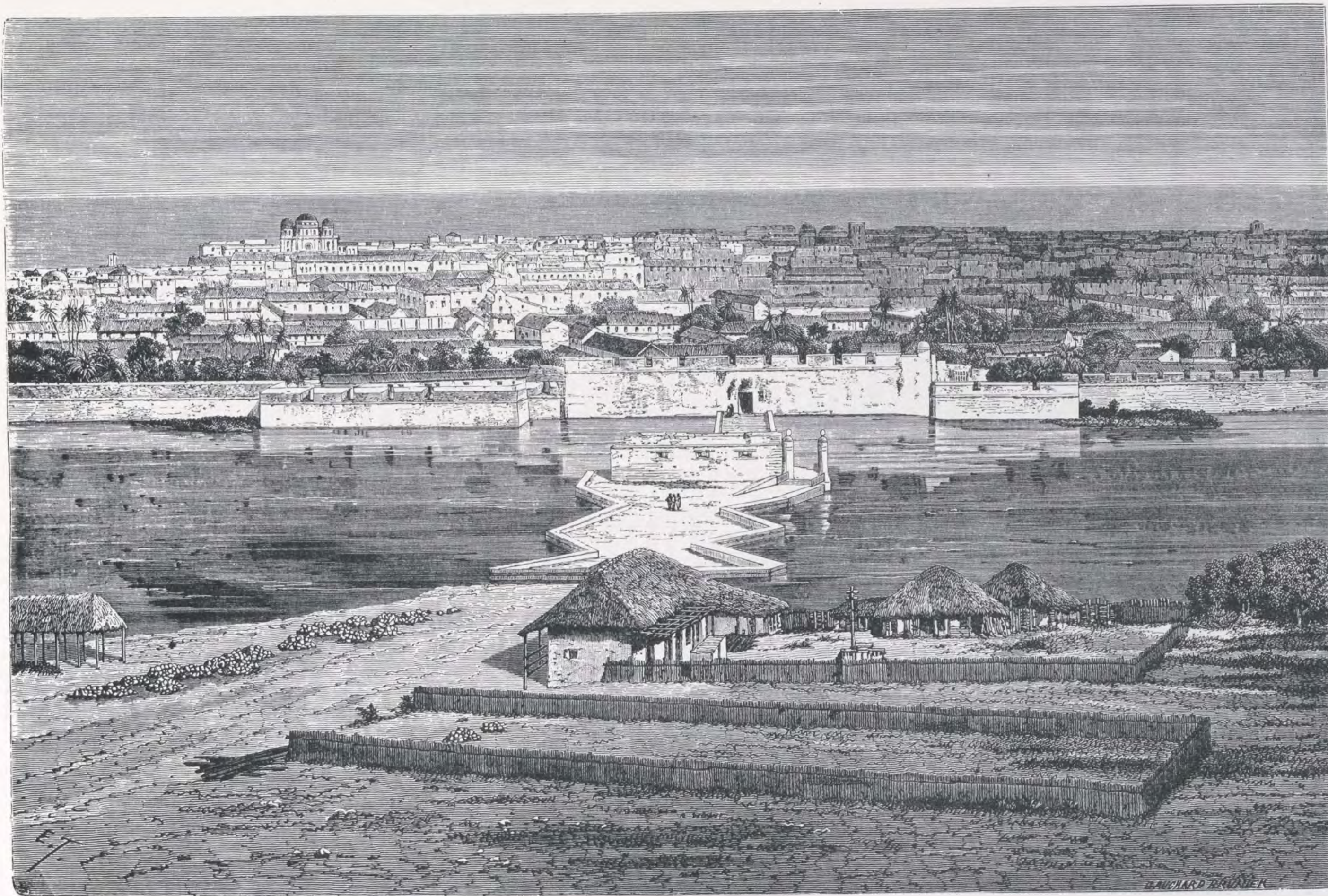
Todo caballero está obligado, por las reglas de buena política, a decir a su visitante extranjero: "Tenéis esta casa a vuestra disposición"; pero si desea dispensaros su confianza, añade: "Así como mi familia". En este último caso se os introduce en un salón cuyo suelo de baldosas suele estar esterado; varias banquetas guarnecidas de tapicería hacen las veces de divanes; las damas se sientan a la turca o a la francesa; al entrar el extranjero, adelantán un macizo sillón guarnecido de cuero de Córdoba para que descanse; las hijas, si las hay, traen al punto cigarros; y la madre invita al visitante a fumar, dándole el ejemplo. La conversación es poco animada: después de dos o tres preguntas triviales acerca de vuestro país, no se deja nunca de preguntar si sois casado; y después no se contesta apenas sino por monosílabos a todo cuanto digáis. Las primeras visitas tienen poco atractivo, aunque se haya asegurado ser soltero, pero si os mostráis asiduo, vienen luego las agradables sorpresas. Así, por ejemplo, una joven os permitirá que volváis por la noche a conversar por la reja o el mirador, os obsequiará con una graciosa canción, acompañándose con su guitarra.

Sin embargo, si sois prudente, no pasáis del zaguán, y recordando que se ha concedido la palabra al hombre para disfrazar sus pensamientos, no toméis por lo serio las fórmulas corteses con que os ofrecen la casa y cuanto contiene.

Si se pasa por las calles de Cartagena un poco después de ponerse el sol, óyese salir de cada casa un murmullo monótono: es la familia que entona las letanías de la Virgen.

Una tarde me aventuré en los arrabales de la ciudad; hacía un claro de luna espléndido; las calles irregulares, bordeadas de pequeñas cabañas de bambúes, con techos de hoja de palmera, estaban entrecortadas por jardines y graciosos grupos de árboles. el aroma del naranjo de frutos agrios y del "jarmín sambac" perfumaba el aire, donde se veían brillar miles de moscas fosforescentes.

El barrio en que me hallaba estaba habitado sólo por negros, mestizos o indios. A la puerta de casi todas las cabañas veíase reunida una familia numerosa, cuyos individuos parecían felices. El padre cantaba acompañándose con un guitarrón de madera de cedro, que producía



Vista de Cartagena.—Dib. de E. Therond

agudos sonidos; la madre llevaba el compás golpeando en el cuero que sirve de puerta, y los niños mezclaban con esta música primitiva sus gritos o carcajadas.

Al llegar a una encrucijada vi una casita algo mayor que las contiguas, iluminada en parte por velas que despedían negro humo y del interior partían un confuso ruido de voces e instrumentos. Como preguntase a un negro qué había allí, miróme con admiración, sonrió abriendo una boca enorme y me contestó con aire de importancia:

—Es un baile, blanco mío: aquí tenéis la casa del compadre Caicedo. ¿Queréis entrar?

Yo vacilé, porque a través de la puerta entornada veía una ruidosa multitud; pero el negro, sin separar de mí su mirada, permanecía descubierto, llamábame mi amo, y quería a toda costa presentarme en el baile de su compadre.

Movido en parte por la curiosidad, y acaso también porque no osaba rehusar la invitación de aquel robusto negro, que llevaba pendiente del cinto un largo machete, del cual se sirven allí para cortar la caña de azúcar, cuando no para sus pendeencias, acabé por aceptar el ofrecimiento. El negro penetró entonces en la casa, codeando a izquierda y derecha, y agitaba su sombrero a los gritos de: “¡Paso al blanco, paso al blanco!”. Así atravesamos por un compacto círculo de hombres y mujeres, que se oprimían alrededor del espacio destinado a la danza.

Varias banquetas de bambú formaban entre los bailarines y los espectadores una endeble barrera, que no por serlo dejaba de respetarse; allí estaban sentadas las jóvenes que deseaban ser invitadas a bailar; en un ángulo elevábase un estrado para la orquesta, formado con una mesa y algunos toneles, y en las paredes clavadas prestaban luz varias velas de cera de palmera, clavadas de trecho en trecho en fuertes espiras de cactus, que utilizaba también el bello sexo a guisa de alfileres.

Mi negro me hizo sentar en un buen sitio cerca de los artistas. Aquella música tenía para mí un no sé qué de extravagante; tres hombres cantaban con acompañamiento de dos guitarras y una bandurria, mientras algunas mujeres daban palmadas a compás, pero lo que más me llamó la atención fue un instrumento nuevo para mí, llamado *gauche*. Consiste sencillamente en un tronco de bambú del grueso del puño, en el que encierran bonitas semillas negras y rojas del *Abrus Precatorius*, que llamamos nosotros guisantes de América. Los que tenían la voz chillona cantaban naturalmente en tercera y en octava, las viejas marcaban el compás con energía, las guitarras hacían un acompañamiento de bajo, dominado por los agudos sonidos de la bandurria, y el *gauche*, manejado por un indio de pura raza, completaba el conjunto con su ruido estridente, del cual darían apenas una idea las castañuelas del tirolés.

El traje de las mujeres del pueblo, en Cartagena, consiste en un jubón corto de sarga, de indiana o de muselina, ajustado por un cinturón de lana de vivos colores; el busto no está cubierto más que por la camisa, muy escotada y guarnecida de encaje, y los brazos se dejan desnudos. Para salir a la calle se ponen un pequeño chal de algodón, de lana o de seda, el cual cruzan sobre el pecho, dejando las extremidades pendientes a la espalda. Adórnanse con collares de oro, de coral o de cuen-

tas de vidrio, enormes anillos o pendientes, prolongan en extremo sus orejas, y abusan de las sortijas; su peinado consiste en una especie de rodete, sostenido por grandes peinetas de concha o de metal dorado, los zapatos son desconocidos, pero las elegantes llevan una especie de zapatillas de lana, cuyas suelas se confeccionan con fibras de Fourcroya.

Un pantalón de cuti, una camisa cuyas mangas presentan numerosos pliegues simétricos y el característico poncho, de vistosos colores, constituyen el traje de los hombres, traje cómodo a la vez que gracioso.

Aquí no se conoce más que un baile, que es el bambuco. Mezcla de tradiciones coreográficas del indio Chibcha y del negro del Congo, sirve de introducción una marcha general; los jóvenes eligen sus parejas, y se da varias veces la vuelta por la sala, ejecutando un paso muy sencillo, con balanceos de todo el cuerpo, a una señal o dos en el espacio ocupado antes por todos; entonces cambia el ritmo y comienza el bambuco. El hombre ejecuta pasos muy complicados que recuerdan un poco el jig irlandés; da saltos, patalea y agita los brazos para dar más expresión a su mímica; la mujer permanece entretanto con los brazos cruzados y por un movimiento muy rápido del talón, y después del pie, deslízase hasta tocar el suelo, describiendo zig-zag y círculos, acércase a su pareja con cierta coquetería, le vuelve la espalda, dirigiéndole una mirada expresiva, huye de él y se aproxima sucesivamente. Este es un baile a la vez gracioso e ingenuo, cuya mímica me pareció muy apasionada. En cuanto a las coplas que se cantan durante el baile, suelen ser improvisación de algún poeta de cabello crespo.

La catedral es el más hermoso monumento de Cartagena y el único que tiene hoy día alguna importancia.

Fue edificada hace unos dos siglos, según el estilo indeciso de la arquitectura española de aquella época; una alta torre se eleva sobre la puerta de entrada, a la cual se llega subiendo varios escalones; las paredes y la fachada están blanqueadas con cal; el interior, sombrío y triste, se halla siempre muy sucio; en algunos sitios hay pintura de Quito, ingenua y tosca imitación de los cuadros religiosos del siglo décimo sexto. Las telarañas, cubiertas de polvo, ocupan todas las cornisas, y entre las piedras tumulares desunidas se deslizan a cada momento los escorpiones: la lámpara de plata que se ve delante del santuario está ennegrecida por la acción del tiempo y del humo.

En las capillas vi una curiosa colección de estatuas de madera, pintadas, doradas, vestidas con telas comunes, cargadas de escapularios, de corazones de plata, de cruces y de otras ofrendas. El altar mayor ostenta un número excesivo de ornamentos de madera que fue en otro tiempo dorada, entre las cuales se ven espejos muy pequeños, flores marchitas, encajes que han perdido su color, y diversos objetos de vidrio, formando el todo un conjunto confuso, digno de la prendería de un pueblecito. Al ver aquellos oropeles se siente el observador inclinado a deplorar que los que van a entregarse a sus oraciones en la casa del Señor sean tan ignorantes y toscos que se necesita cautivar sus sentidos, como hacen en los templos de la India o en las pagodas chinas. Sin embargo, en medio de aquel mal gusto, he visto un objeto de arte precioso, obra maestra de algún oscuro artista florentino del

siglo XVI: es el púlpito, ornato de esculturas y de pequeñas estatuas de marfil.

En la iglesia no hay asientos; cuando las señoras van a misa, vestidas de negro y cubierta la cabeza con su mantilla, las sigue siempre una negra, que lleva un tapiz para que se arrodillen o se sienten. Las mujeres del pueblo no usan ésto, se arrodillan sobre el duro suelo.

La obispalía, contigua a la catedral, no ofrece nada notable, pero evoca en el viajero el recuerdo del tribunal de la Inquisición, que celebraba allí sus terribles sesiones.

Entre los antiguos monumentos de Cartagena, uno de los mejor conservados es el convento de los jacobitas.

En la cima del monte Popa, cuyas pendientes áridas presentan sólo una triste vegetación de cactus y de mimosas, se ven las ruinas de una capilla dedicada a la Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de la Popa; a un lado existía en otro tiempo una ermita, y más abajo estaba el fuerte San Lázaro.

En uno de mis paseos por la montaña, el negro que me proporcionaron para criado me indicó una planta trepadora a la cual daba el nombre de contra (alexipharmaque) asegurándome que era un remedio infalible para las mordeduras de las serpientes, y que él mismo había podido apreciar sus virtudes maravillosas. Reconocí que era la *Aristolochia anguicida*, indicada, según creo, por Kunth, como perteneciente a esta región.

No lejos de la iglesia, en una plaza enarenada, vi varios vehículos de alquiler, que ostentaban el pomposo nombre de volantas: son una especie de calesas antiguas, que van tiradas por escuálidas mulas, con los arneses enrojecidos por el tiempo. El cochero, o más bien el zagal, negro mulato, agita repetidas veces el látigo cuando se acerca alguno a pedir sus servicios, y clavando la espuela en los ijares de su montura, parte con una celeridad de legua y media por hora.

Yo alquilé una de estas volantas para todo un día, rogando políticamente al cochero que me condujera donde se le antojara, con tal que pudiese ver alguna cosa interesante; y añadí que deseaba caminar despacio, recomendación que pareció causar a mi automedonte tanta sorpresa como placer. Ya sabía yo, por otra parte, que se obtiene cuanto se quiere de los negros si se halaga su amor propio, dándoles además de vez en cuando una copita de ron. Por eso mi cochero me cobró afecto muy pronto: condújome primero a la Manga, paseo bastante frecuentado por la tarde; después fuimos a las inmediaciones del cementerio, a la playa, a las principales calles y al mercado.

En este último punto nos detuvimos largo tiempo, pues todo era nuevo e interesante para mí.

Pablito, así se llamaba mi cochero, parecía estar muy al corriente acerca de los artículos de venta y su valor. Díjome que los huevos de tortuga se pagaban a un medio la docena (cinco sueldos); y que la panela o azúcar en bruto estaba a siete, es decir, que daban siete libras por veinte sueldos. Por todas partes llegaban indios, mestizos y negros, conduciendo mulas y asnos cargados de maíz, azúcar, bananas, cacao, yucas, cocos, naranjas, ananas y otros frutos, los más de los cuales no conocía yo sino de nombre.

Allí pude ver el mamey, el níspero, la pomarosa, que exhala un delicioso perfume semejante al de esta flor;



Diadema de cocuyos.—Dib. de A. de Neuville

la chirimoya, que contiene una pulpa azucarada y ácida, el madroño, cuya corteza amarilla, erizada como la de la castaña, encierra una gelatina refrescante; el marañón, empleado por las mujeres para perfumar sus ropas, pero cuya semilla es venenosa; y por último, los guaras, que parecen habichuelas verdes, y miden cuatro pies de longitud.

Un indio se acerca para ofrecernos bálsamo María; una anciana quiere que le compre manteca, extraída de las almendras de la palmera de corozo, y conservada en un nudo de bambú; más allá me llaman para elogiarme la yesca de maguey, hecha con la medula agave vivíparo, cuyas hojas carnosas producen la cabuya, magnífica hilaza blanca de sedosas fibras, con las cuales se fabrican sacos, redes, cuerdas y suelas de alpargata.

En otro sitio me enseñan unas ligeras cajas trenzadas con los peciolos hendidos y aplanados de nacuma (*Carludovica palmata*), cuyas hojas, recogidas antes de su desarrollo, dan la paja para fabricar los sombreros llamados de Panamá.

Pablito me hizo admirar colecciones de totumas o calabazas, que reemplazan aquí, para el pueblo, a todos los artículos de alfarería, haciéndose con ellos muchos utensilios. Las más pequeñas, cortadas por la mitad, sirven de tazas, de platos o de cazuelas; también las comunican la forma de cucharas, y sin más instrumento que la punta de un cuchillo adornan todos estos objetos de dibujos en relieve, verdaderas obras maestras por la ejecución y la paciencia. Algunos indios, casi desnudos, me presentan ollas de barro pésimamente fabricadas; más lejos, una negra despedaza una enorme tortuga y arroja los res-

tos a los chiquillos que la rodean.

Pablito se afanaba por enseñármelo todo si bien parecía en extremo sorprendido de mis preguntas, pues no podía imaginar que hubiera un país bastante atrasado, o tan poco favorecido de la Providencia, que no le fuese posible disfrutar de todo cuanto me parecía tan nuevo como interesante.

"Cocuyos, cocuyos, señoras", gritaba un negrillo. Acerqueme y vi que la mercancía consistía sólo en cuatro o cinco troncos de caña de azúcar.

"¿Dónde están los cocuyos?", pregunté al muchacho.

Miróme el negrillo con asombro; pero comprendiendo que yo era un inglés (a todos los extranjeros los consideraban aquí como hijos de la Gran Bretaña), y sin duda con la esperanza de hacer un buen negocio, recogió del suelo uno de los nudos amarillos de la caña, indicome que estaba hueco, e hizo salir con precaución dos insectos muy curiosos, que yo compré para recompensar la complacencia del muchacho.

El cocuyo (*Lampyris cocuyo*) es un escarabajo de unos tres centímetros de longitud, cuyos ojos, muy grandes y algo prominentes, despiden una luz fosfórica en la oscuridad. Las damas de Cartagena, así como las de Cuba adornan a menudo su cabello con estos insectos, encerrados en pequeñas jaulas de gasa; y cuando pasean al oscurecer en los jardines diríase que son los genios de la noche ornados con una diadema de brillantes estrellas.

Se ha dicho y escrito a menudo que tres o cuatro de estos lampiris puestos en un frasco, daban bastante luz o claridad para que se pudiese leer; pero no se debe exigir tanto a estos insectos sin exponerse a quedar chasqueado. Nunca iluminaron más que las láminas de capricho; si bien es cierto que podrían despedir un reflejo semejante al de la luz muy débil de una lamparilla. Para conservarlos vivos se les encierra durante el día en un tronco de caña de azúcar, y allí devoran filosóficamente las paredes de su prisión.

Las larvas de los cocuyos son unos gusanos blancos, que se alimentan de la medula de las cañas o de las palmeras. Los negros de algunos cantones comen con mucho gusto estos insectos; pero a los europeos les inspira repugnancia semejante manjar, que sería delicioso para un chino.

Como el agua escasea un poco en Cartagena, el comercio que se hace con ella es bastante lucrativo; pero en un país donde se considera la fatiga como el mayor de los males, los buenos negros que se dedican al oficio de aguador, hallan siempre medio de aligerar considerablemente su trabajo. Todos tienen una mula o un asno; llenan de agua cuatro troncos de bambú, de unos tres pies de largo; los enlazan de dos en dos por medio de una correa; montan en la grupa del cuadrúpedo y van paseando perezosamente su mercancía. Cuando han ganado una peseta creen haber hecho lo suficiente; gastan un real en ron y lo demás para su alimento; en cuanto al burro o a la mula, debe ir a buscar lo suyo donde pueda, en las calles o el mercado, contribuyendo así a la limpieza de la ciudad.

El comercio de Cartagena tiene poca importancia, siendo causa de ello la apatía de los neogranadinos. En otro tiempo, un brazo del Magdalena, canalizado por los españoles, y que conserva todavía el nombre de dique o

de canal, ponía en comunicación el puerto con el gran río, cerca de la ciudad de Calamar, distante cincuenta kilómetros; y gracias a este canal, Cartagena era el emporio de todo el comercio interior.

Allí fluían el tabaco de Ambalema, las quininas de Pitayo y de Almaguer, el cacao de Ocaña, tan bueno como el mejor de Caracas; el oro, los cueros de Antioquia, el platino del Chocó. Los negros y los indios llevaban por sí mismos, o en sus ligeras embarcaciones, los apreciables productos de los bosques, de los ríos y del mar; el caucho que se desprende del ficus elliptica; la vainilla; los bálsamos de Tolú y de Copaiba; el Ayra, que se exuda del himenaca courbaril; la cera vegetal, producida por el *ceroxylum* de los Andes y el myrica; el dividivi, cuya aplicación para curtir conocen muy bien los indios chibchas; la zarzaparrilla, rival de la de Honduras; el marfil vegetal, fruto de una especie de palmera; los dientes de caimán; las conchas de color de rosa para camafeos, y, por último, la ostra perlera, abundante en todas las costas de Nueva Granada.

Por desgracia para la ciudad, se ha dejado que la arena invada poco a poco el canal; de modo que la gran arteria ha quedado completamente cerrada. Hoy día no se exportan sino pequeñas cantidades de caucho, inferior al de Pará, pero mejor que el de la América Central; tabaco, de buena calidad, y un poco de concha.

Este último producto es el único que allí se trabaja; se fabrican muy buenos peines, agujas para el cabello, cajas, y sobre todo bastones, sumamente apreciados en el país y en Europa. Los que se dedican a esta industria venden también caparazones enteros de tortuga, pulimentos y con adornos de plata.

La más rica y grandiosa obra de concha que se conoce es el revestimiento que adorna la Capilla del Sagrario, contigua a la Catedral de Bogotá. Las paredes están cubiertas de concha hasta la cornisa de la cúpula; los ocho altares, las columnas y los capiteles están revestidos del mismo adorno, perfectamente trabajado, lo cual constituye a la vez una curiosidad y un objeto de arte.

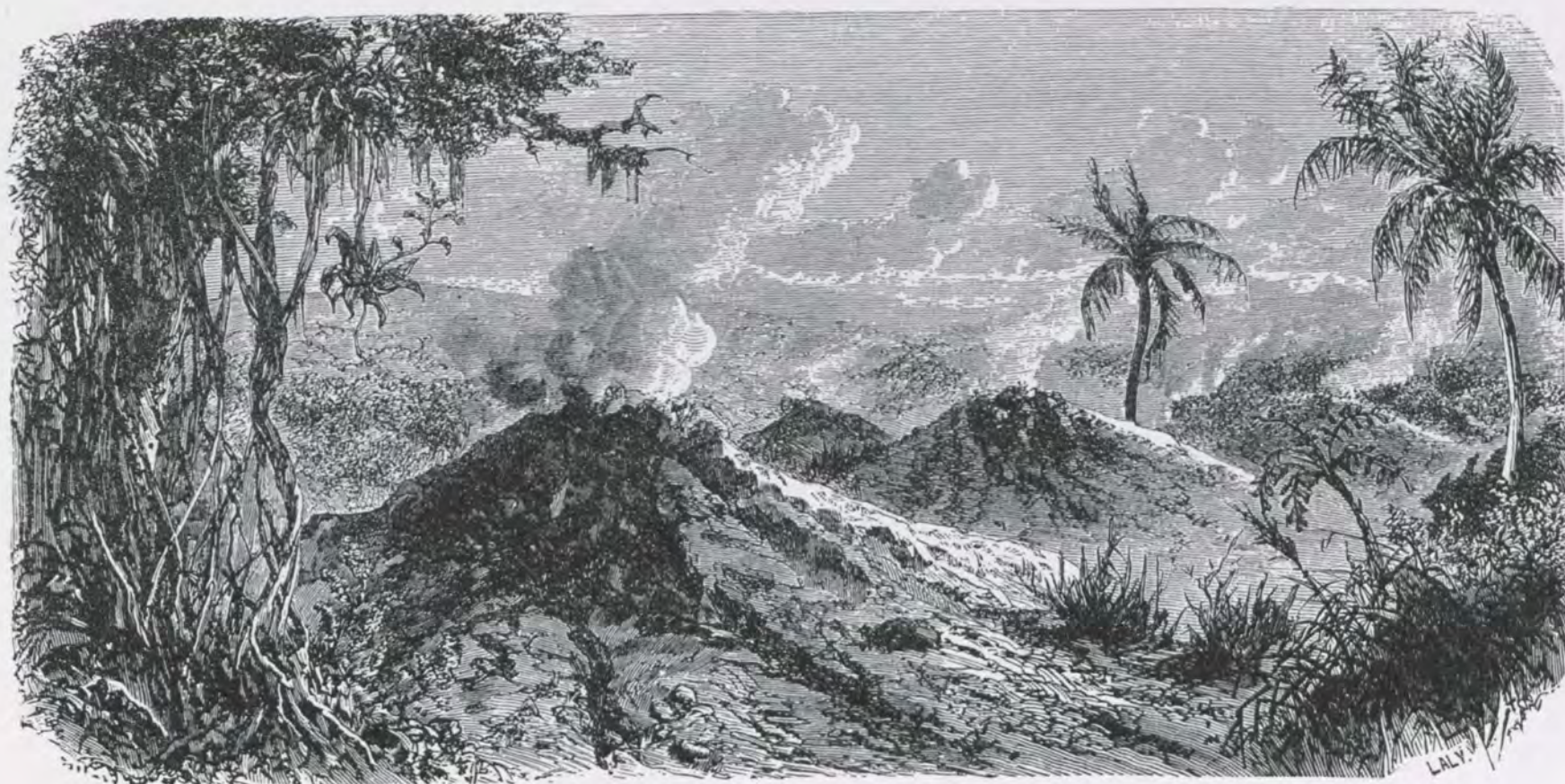
Los puertos de Barranquilla y Sabanilla, en la desembocadura del Magdalena, han reemplazado a Cartagena como depósitos comerciales de la mayor parte de la república; pero atendido que distan mucho de ofrecer a los buques iguales ventajas, hay razón para creer que la antigua reina de las Indias mandará abrir de nuevo su canal, a fin de adquirir poco a poco su perdida importancia. Sin embargo, para ello sería indispensable que el país estuviese en paz y renunciara a su manía, o mejor dicho, a su afición a los pronunciamentos.

Un arriero o muletero llamado Cañas, juntamente con su hijo, que tenía por nombre Cañitas, accediendo a mis instancias y a las del propietario de la fonda donde me hospedaba, comprometieron a trasladarme a la ciudad de Calamar, en el Magdalena.

A las seis de la mañana, padre e hijo entraban en el patio de la fonda, conduciendo para mí un caballo ensillado que no tenía muy mala traza, pero en cambio, las mulas destinadas a llevar los bagajes ofrecían un aspecto lastimoso. Los preparativos se hicieron con mucha lentitud.

El camino de Cartagena a Turbaco está apenas abierto a través del bosque; es un sendero sinuoso, lleno de ba-

VIAJE DEL DOCTOR SAFFRAY



Volcanes de Turbaco.—Dib. de A. de Neuville

rrero, cortado por barrancos y charcas llenas de agua, obstruidos por raíces y troncos de árboles, y donde se enseñorean los vástagos de bambúes y los cactus.

Cuando ha caído un árbol centenario, corroído por los parásitos y agobiado por el peso de las plantas trepadoras, que forman en su ramaje como una corona ficticia, el arriero, sin dar importancia al obstáculo que le intercepta el paso, desenvaina su machete y abre camino muy pronto. En otros casos avanza por el lecho de un torrente, sobre cantos rodados y pelados peñascos; la marcha es entonces lenta y penosa, y es preciso recordar a menudo las palabras del conductor: "Tenga usted paciencia".

Hacia medio día llegamos a las inmediaciones de un estanque, donde mandé hacer alto, colocando al punto mi hamaca entre dos árboles.

Aquello era una playa de formación reciente, la yerba presentada tintes amarillentos muy agradables a la vista; varias aves chillonas volaban acá y allá y algunas hermosas garzas a las cuales no atemorizó nuestra presencia, sondeaban con su largo pico el pantanoso suelo de las orillas.

Pero mientras me balanceaba en mi hamaca, entregándome a una profunda meditación, espesas nubes de mosquitos, pequeños y grandes, me declararon de pronto tan encarnizada guerra, que me pareció prudente pronunciarme en retirada.

Cerca de aquel estanque observé un árbol de aspecto extraño, que los indios llaman mocundo (*Pourretia platanifolia*), y cuyo follaje ofrece bastante semejanza con el de nuestro plátano. De la extremidad de las ramas penden cápsulas provistas de cinco grandes alas membranosas, delgadas y sonoras como el pergamino, y que a cierta distancia parecen farolillos de papel aceitoso.

También tuve ocasión de ver y estudiar, no lejos de Cartagena, un árbol que llaman palo de vaca, o árbol de la leche, respecto al cual se han complacido los viajeros, y sobre todo los que exploran sin salir de su gabinete, en referir cosas por demás interesantes, pero embellecidas

siempre por una fantástica imaginación.

El árbol de la leche (*Galactodendrum utile*), no se cultiva en ninguna parte, ni lo merece tampoco. En las regiones donde crece espontáneamente, sólo en el caso de necesidad mayor, de falta de comestibles, o por puro capricho, se recurre a él; mas para que su jugo se pueda beber, es preciso mezclarse con una gran cantidad de líquido caliente, como por ejemplo café o té.

A causa de las dificultades que presenta el camino llamado allí real, no llegamos hasta por la noche a Turbaco, y sólo habíamos recorrido un espacio de cuatro leguas.

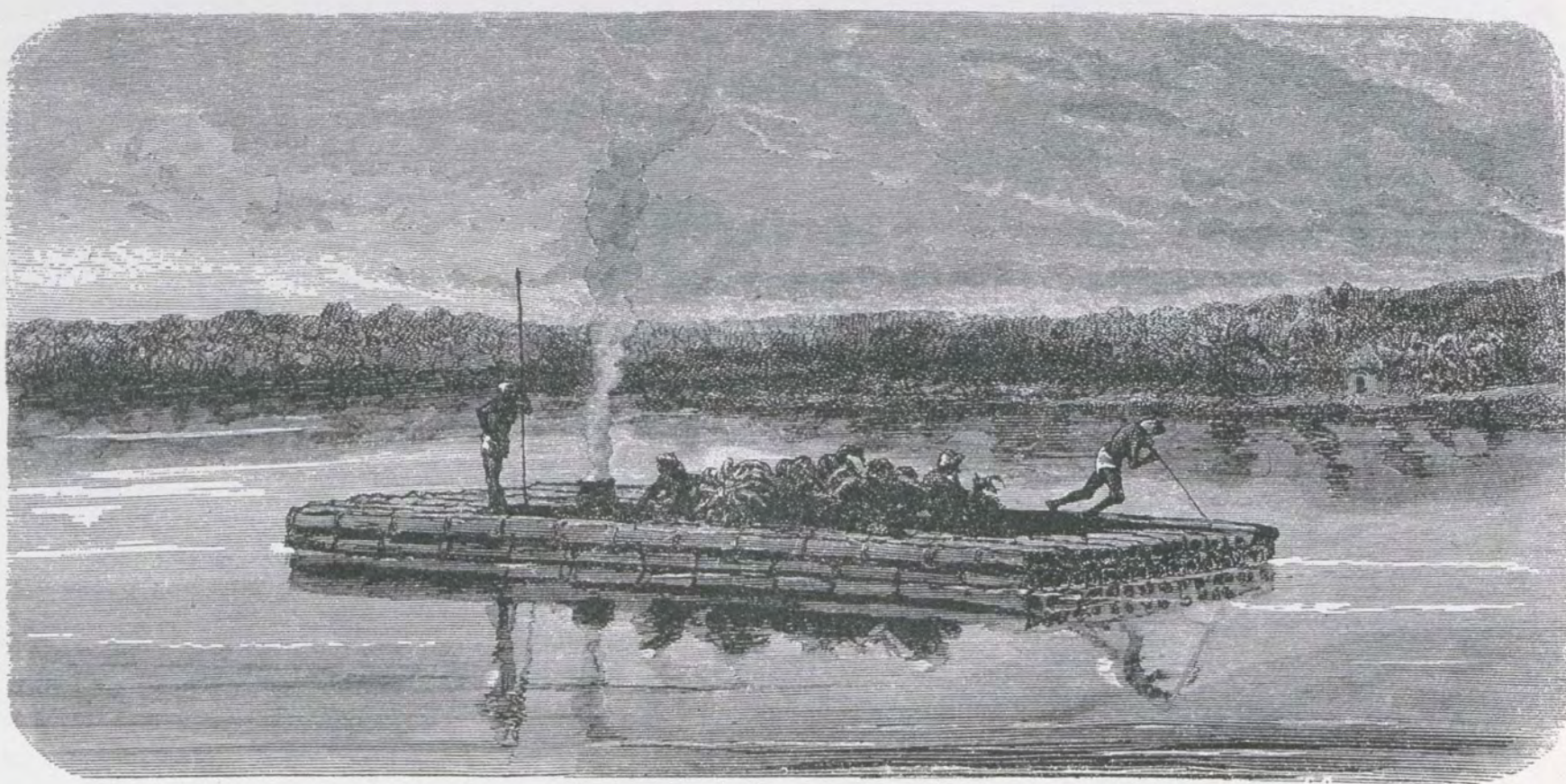
El pueblo está situado casi en el emplazamiento de una antigua ciudad india, que debió su importancia a la vecindad de un templo erigido a dos leguas de allí, cerca de los volcanes de aire y de barro, que son célebres como curiosidad geológica, pero cuyas tradiciones históricas no han sido citadas por los viajeros.

Merced a las indicaciones de Cañas, trabé conocimiento con un anciano indio llamado Fachimachi, descendiente auténtico de los caciques de Turbaco; pude granjearme su amistad por medio de algunos regalitos, y he aquí lo que me refirió:

El nombre indio del lugar era Yurmaco: el templo de los volcanes estaba consagrado a Cemi, el Espíritu de las curas, sus doce sacerdotes llevaban como insignia un ancho cinturón de oro y una diadema del mismo metal, pendían de sus narices unas medias lunas de filigrana y del cuello unas placas de oro que representaban una especie de rana de relieve.

Alrededor de la eminencia que forman las bocas de los volcanes se habían construido varias chozas, donde eran recibidos los enfermos que iban en peregrinación al templo. Se les conducía a un montón de barro, producido por los desprendimientos volcánicos, sepultábanlos allí, dejando solamente la cabeza fuera; y el sacerdote pronunciaba entonces las sagradas palabras para invocar la protección del Espíritu.

Los volcanes de Turbaco tienen su leyenda: refiérese



Balsa de guaduas.—Dib. de A. de Neuville

que hace dos siglos lanzaban llamas, porque Satán respiraba por sus bocas, pero el cura del pueblo se dirigió un día al sitio con gran pompa, hizo aspersiones con agua bendita, pronunciando la fórmula del exorcismo, y los volcanes se apagaron uno después de otro como por arte de encantamiento.

Lo cierto es que los gases que se escapan contienen mucho ázoe, y una parte muy pequeña de oxígeno, explicándose así la incombustibilidad.

En la casa del cura del pueblo he visto objetos preciosos sacados de las tumbas indias de los alrededores: había allí una colección de vasijas de barro de curiosas formas, un cinturón de oro de unas tres pulgadas de ancho, trabajado con todo gusto como arte; dos placas o medallas del mismo metal precioso, muy tenues, de unas cuatro pulgadas de diámetro, y con una tosca imagen

que representaba una rana; una media luna de oro para adornar las narices, y una especie de cetro hueco, maravillosamente trabajado.

Antes de la conquista, los indios de Nueva Andalucía y de Castilla de Oro eran muy hábiles en la confección de vasijas de arcilla, las cuales adornaban con figuras pintadas, cubriéndolas de un barniz casi indestructible. Sus trabajos en oro y en la aleación de éste con cobre, que llamaban guanín, eran tan notables, que el historiador Oviedo escribía lo siguiente: "Sus vasos preciosos, formados con frutos de higuera, con asas de oro, son tan bonitos que podrían servir de copa para el más poderoso rey".

DR. SAFFRAY



Paso en el canal del Dique.—Dib. de A. de Neuville



—Desembocadura del río Cauca.—Dib. de A. de Neuville



Balsa en el río Cauca.—Dib. de A. de Neuville



Baile en el río Verde.—Dib. de A. de Neuville



Navegación en el río Dagua.—Dib. de A. de Neuville



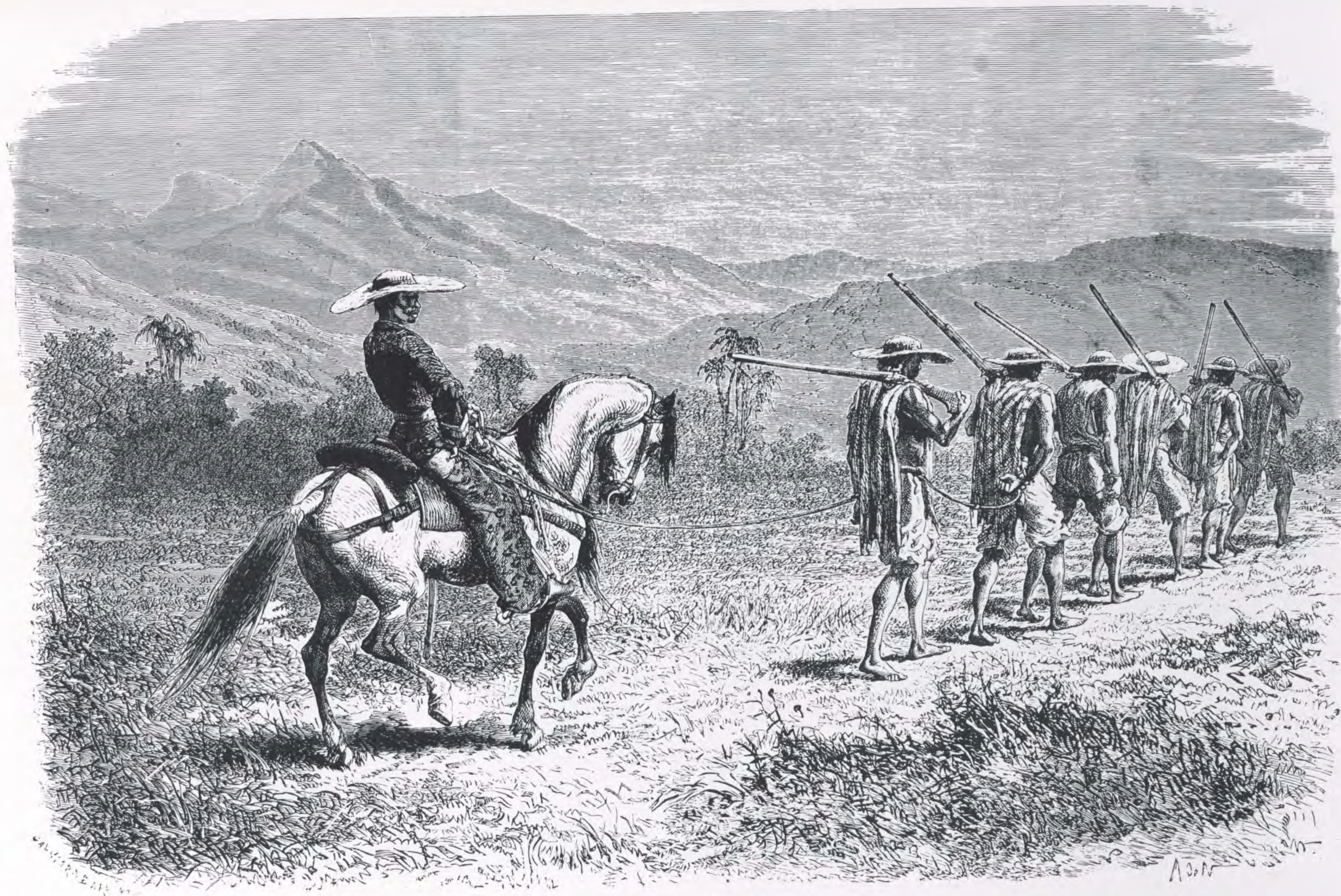
Un paradero a orillas del San Juan.—Dib. de Riou



Tormenta en el río Verde.—Dib. de A. de Neuville



La enlazada en el valle del Cauca.—Dib. de A. de Neuville

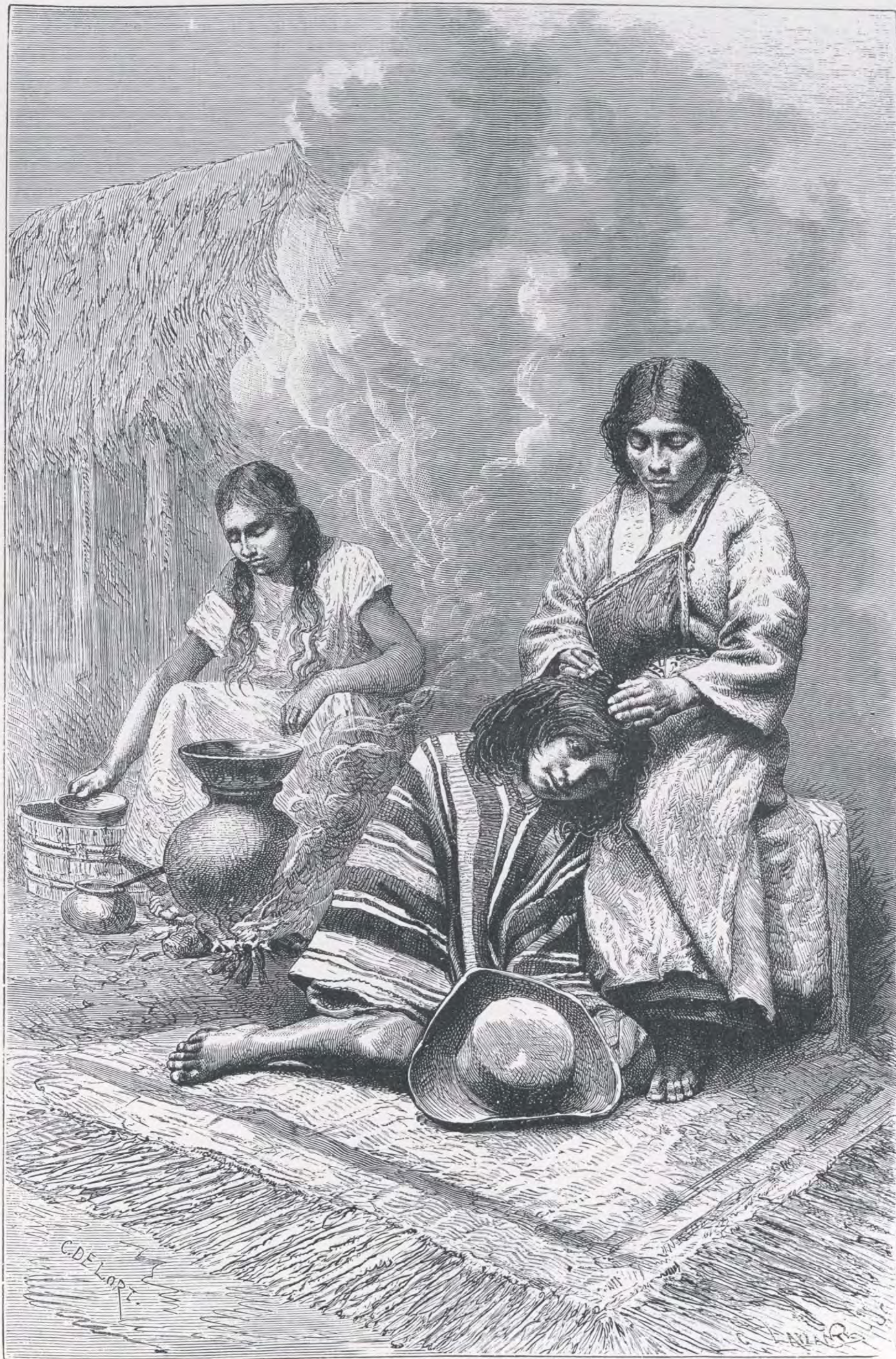


Los voluntarios.—Dib. de A. de Neuville

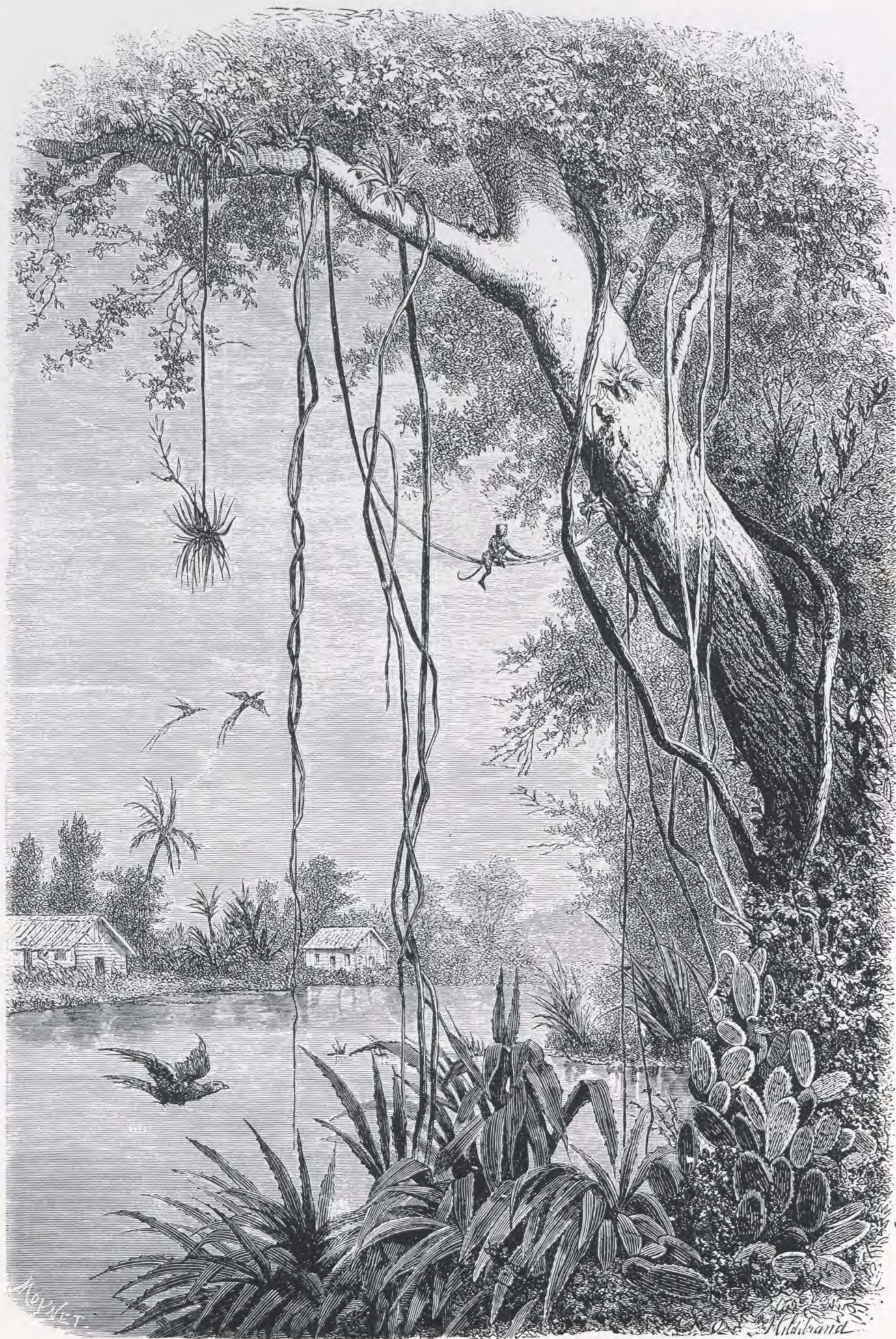


Deporte de pueblo.—Dib. de A. de Neuville

H. FOURNIER.



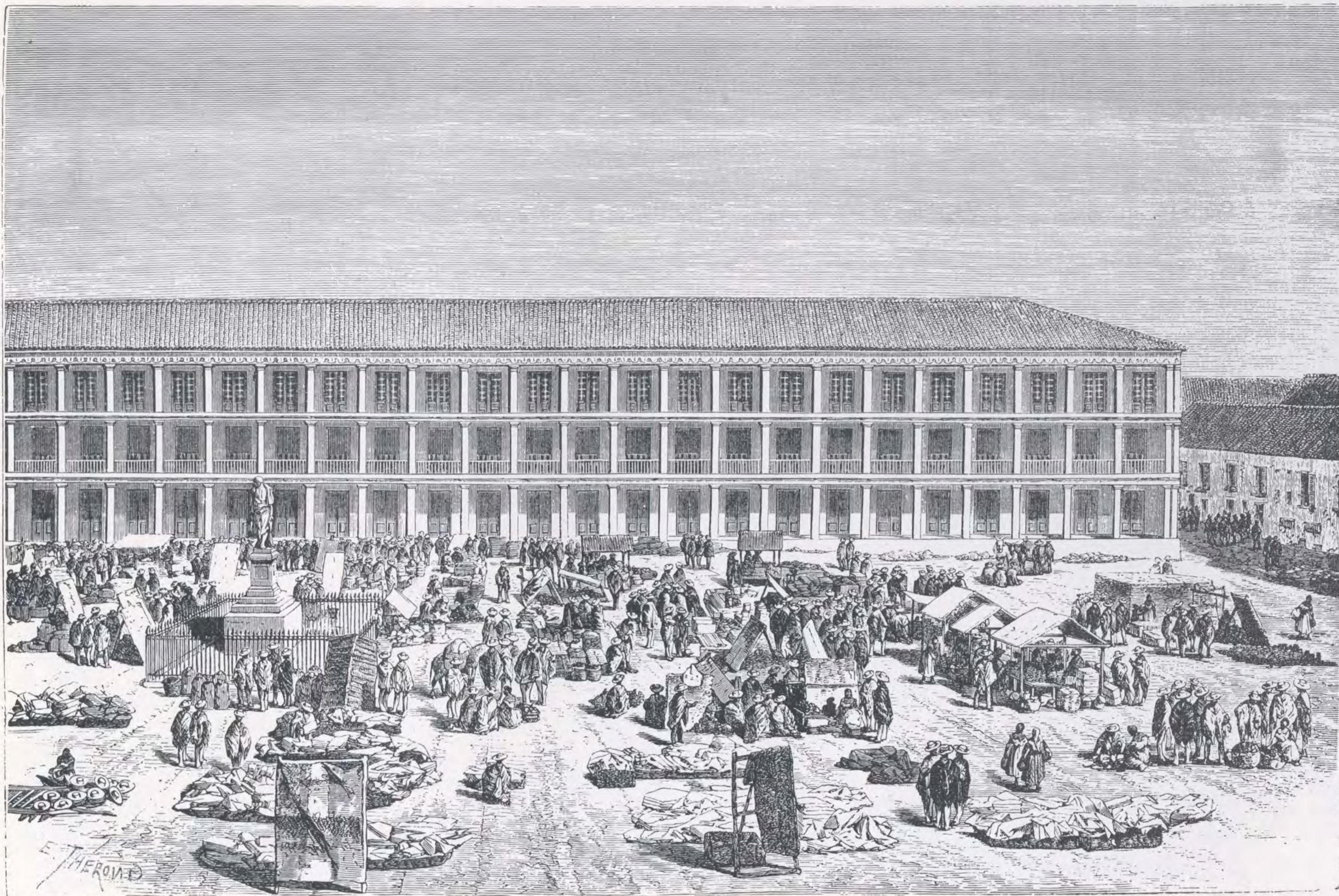
Cuidados maternos y elaboración de guarapo. — Dib. de Ch. Delort.



Vista del río Cauca cerca de Cartago.—Dib. de Moynet



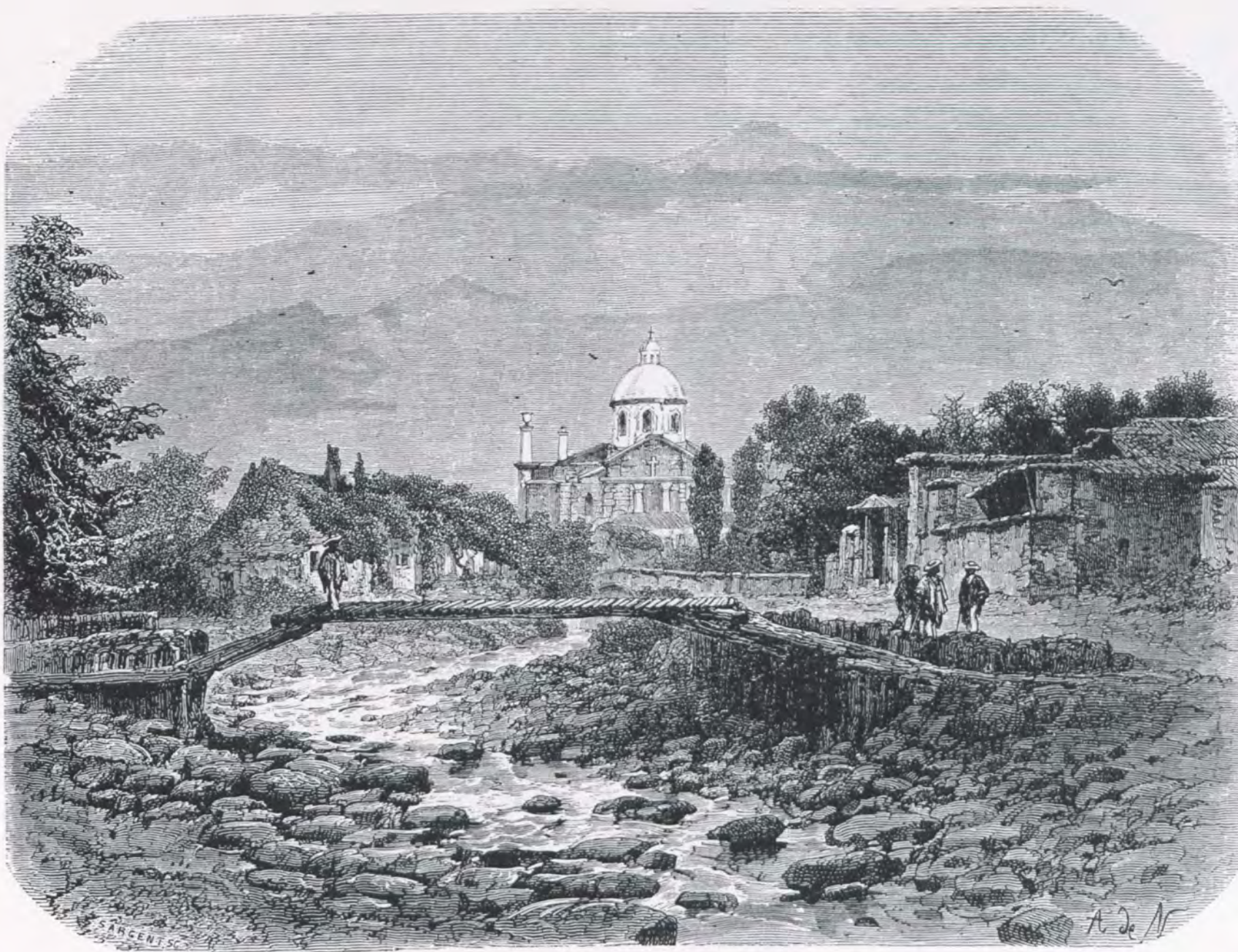
La selva virgen.—Dib. de Riou



Edificio de la Alcaldía en Bogotá.—Dib. de Therond



La Calle Real en Bogotá.—Dib. de Therond



28.—Paseo de la Quebrada en Medellín.—Dib. de A. de Neuville



Vista de Popayán.—Dib. de Delauney



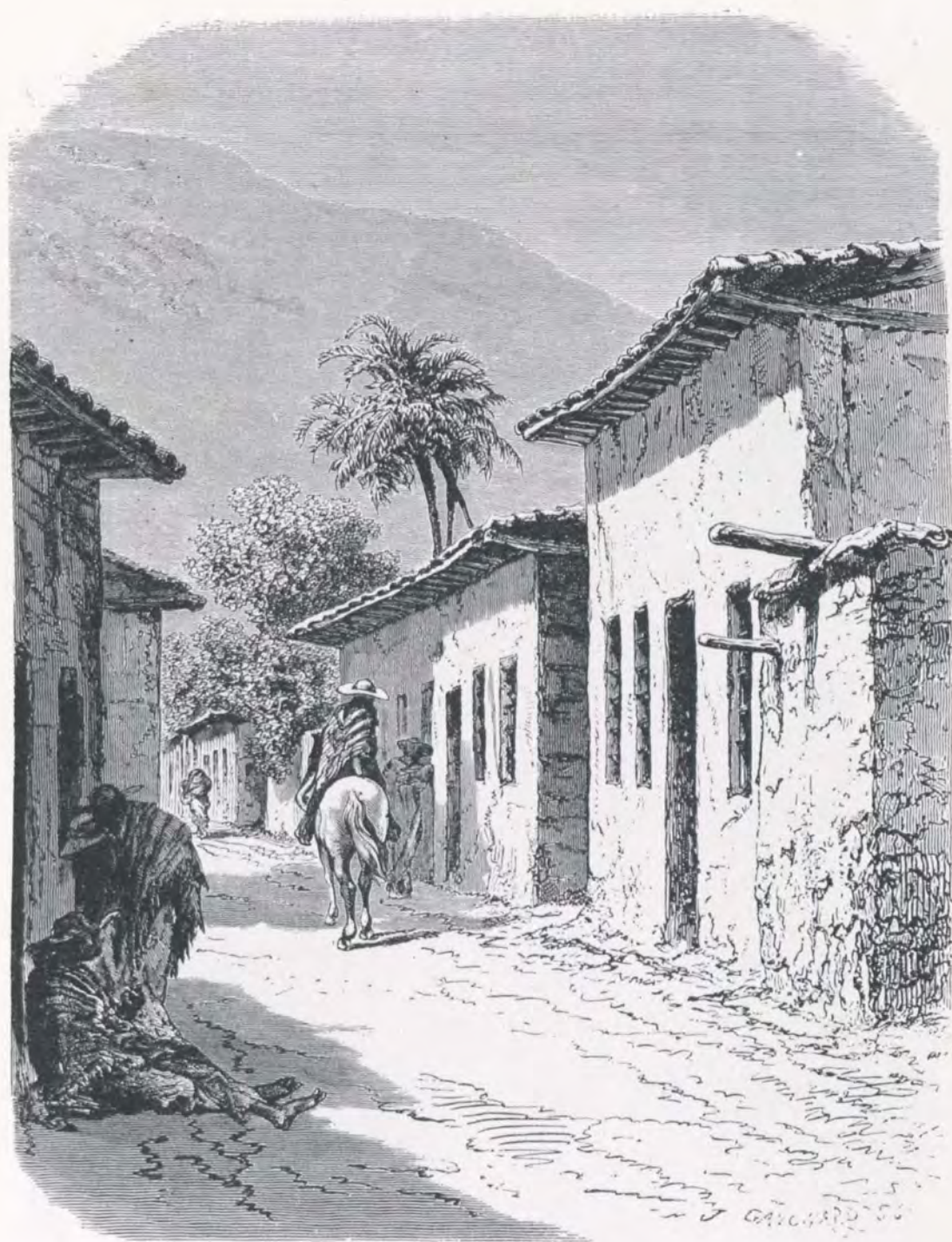
Plaza de San Roque (Antioquia).—Dib. de A. de Neuville



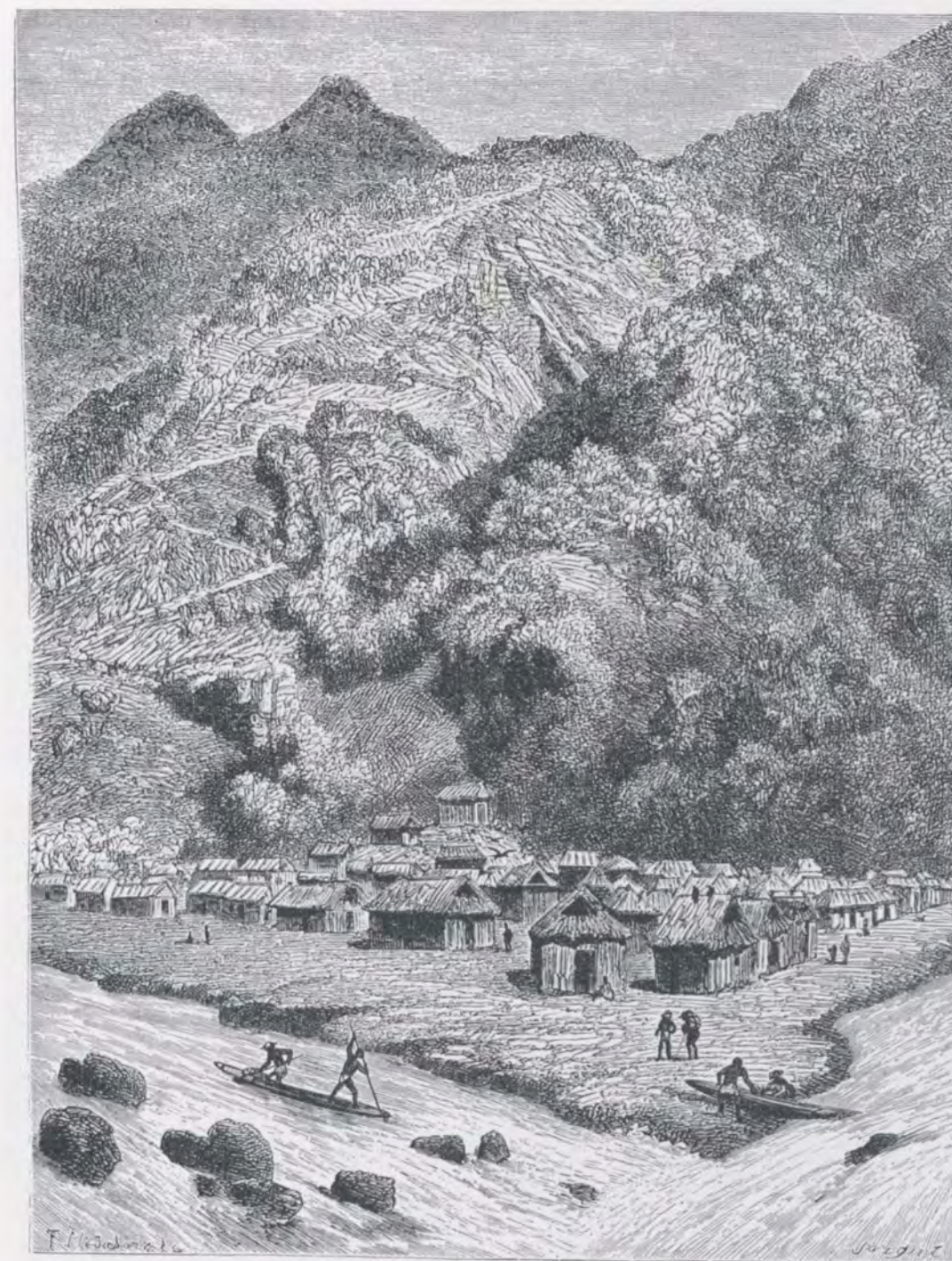
Una finca en tierra caliente.—Dib. de E. Bayard



El valle de Medellín.—Dib. de A. de Neuville



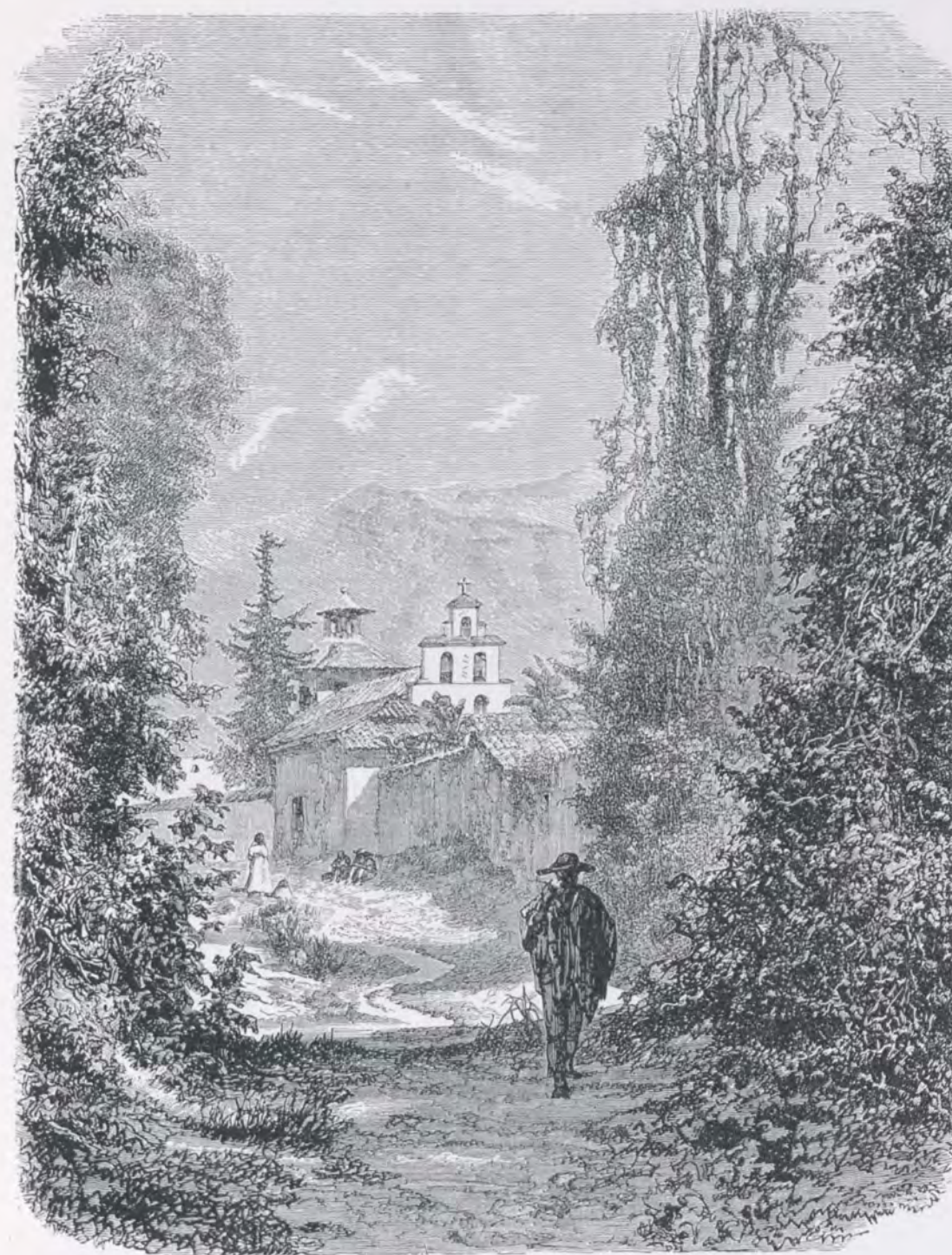
Una calle de Antioquia.—Dib. de A. de Neuville



Vista de Las Juntas.—Dib. de Niederhausern



Montaña del Quindío.—Dib. de A. de Neuville



El camino del río.—Dib. de A. de Neuville



Salto del río Vinagre.—Dib. de A. de Neuville



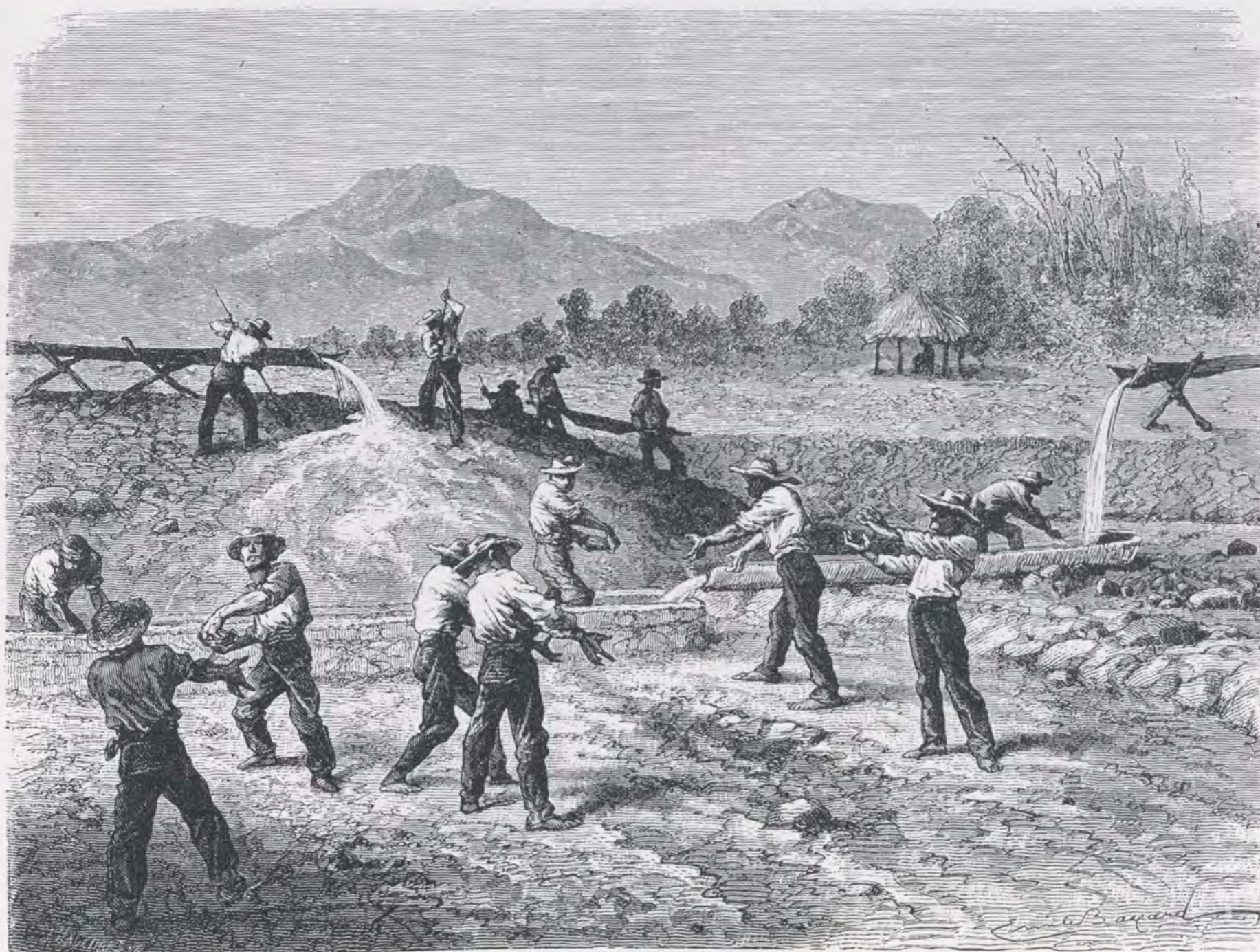
La palma de cera.—Dib. de Riou



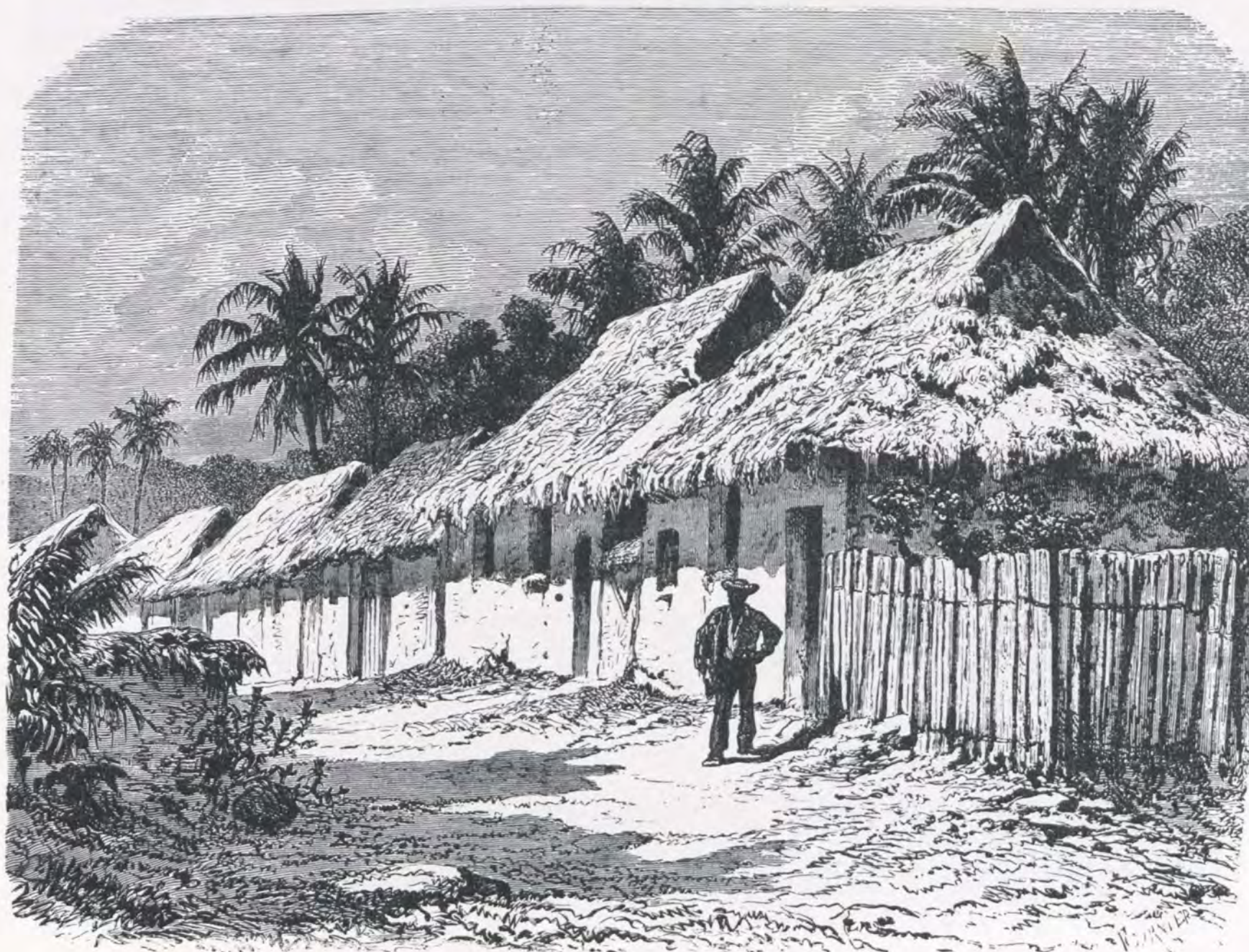
El banano (*Musa Paradisiaca*).—Dib. de A. de Neuville



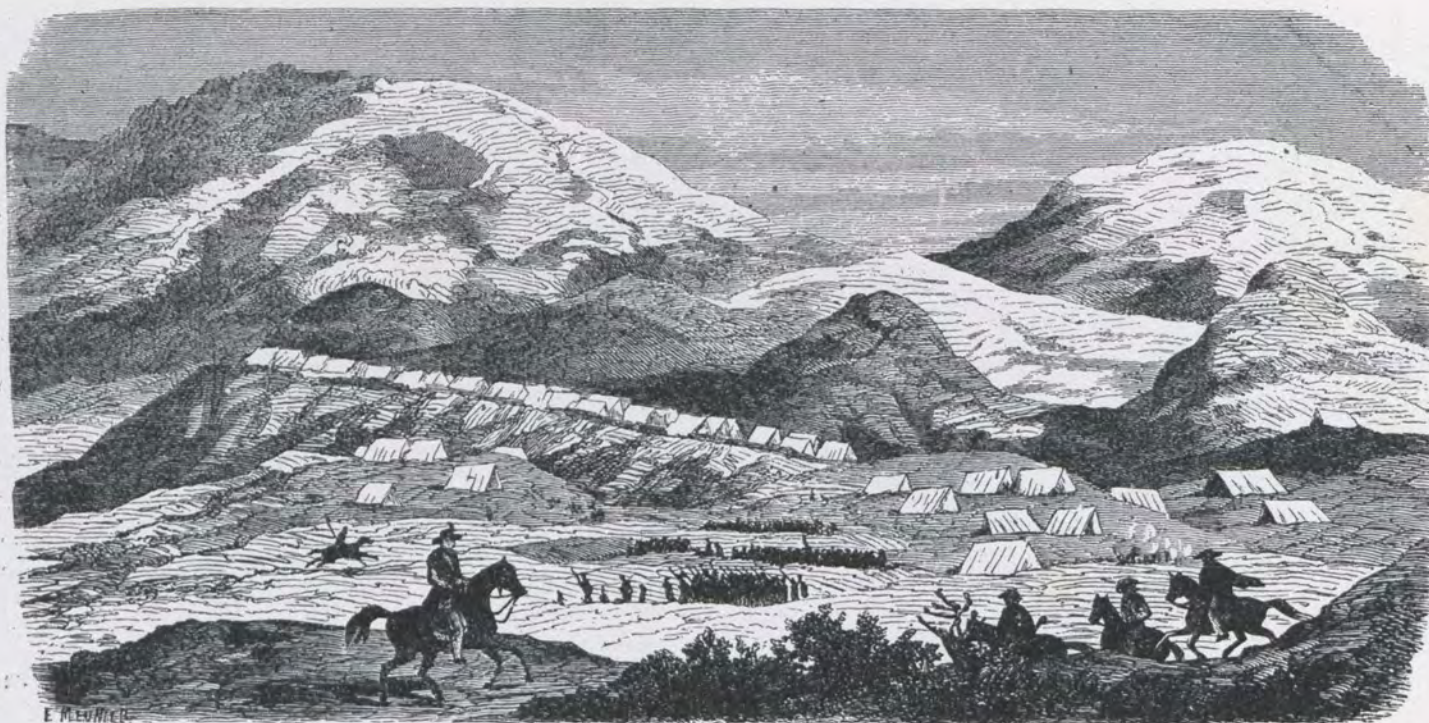
Vendedor de caña de azúcar.—Dib. de A. de Neuville



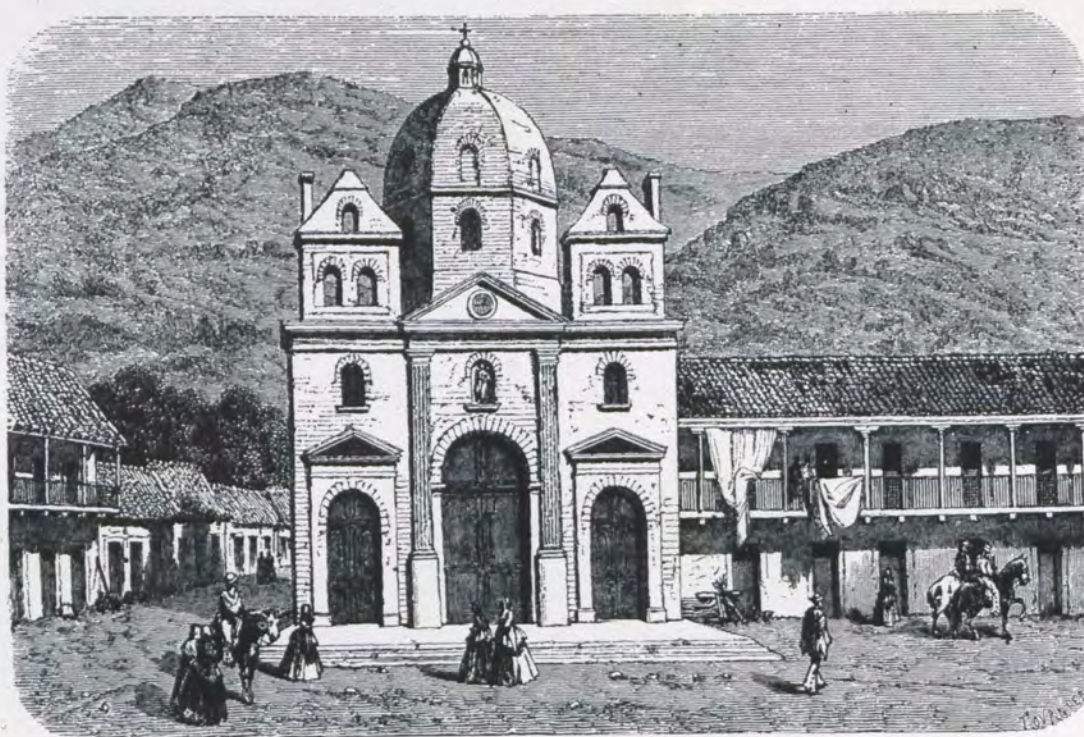
Mina de aluvión.—Dib. de E. Bayard.



Un arrabal de Antioquia.—Dib. de A. de Neuville.



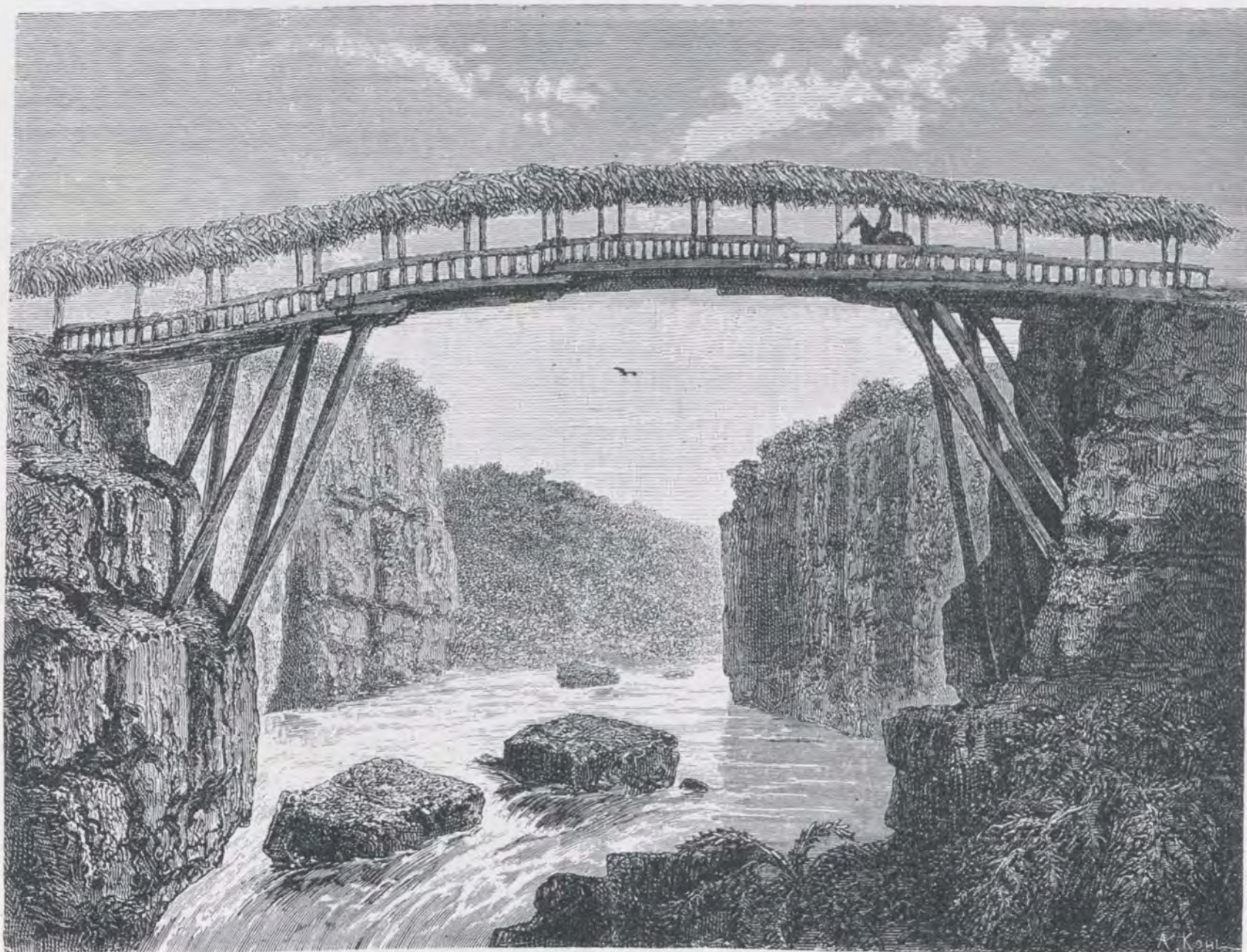
Campo de Quinamayó.—Dib. de Niederhausern



Catedral de Medellín.—Dib. de Therond



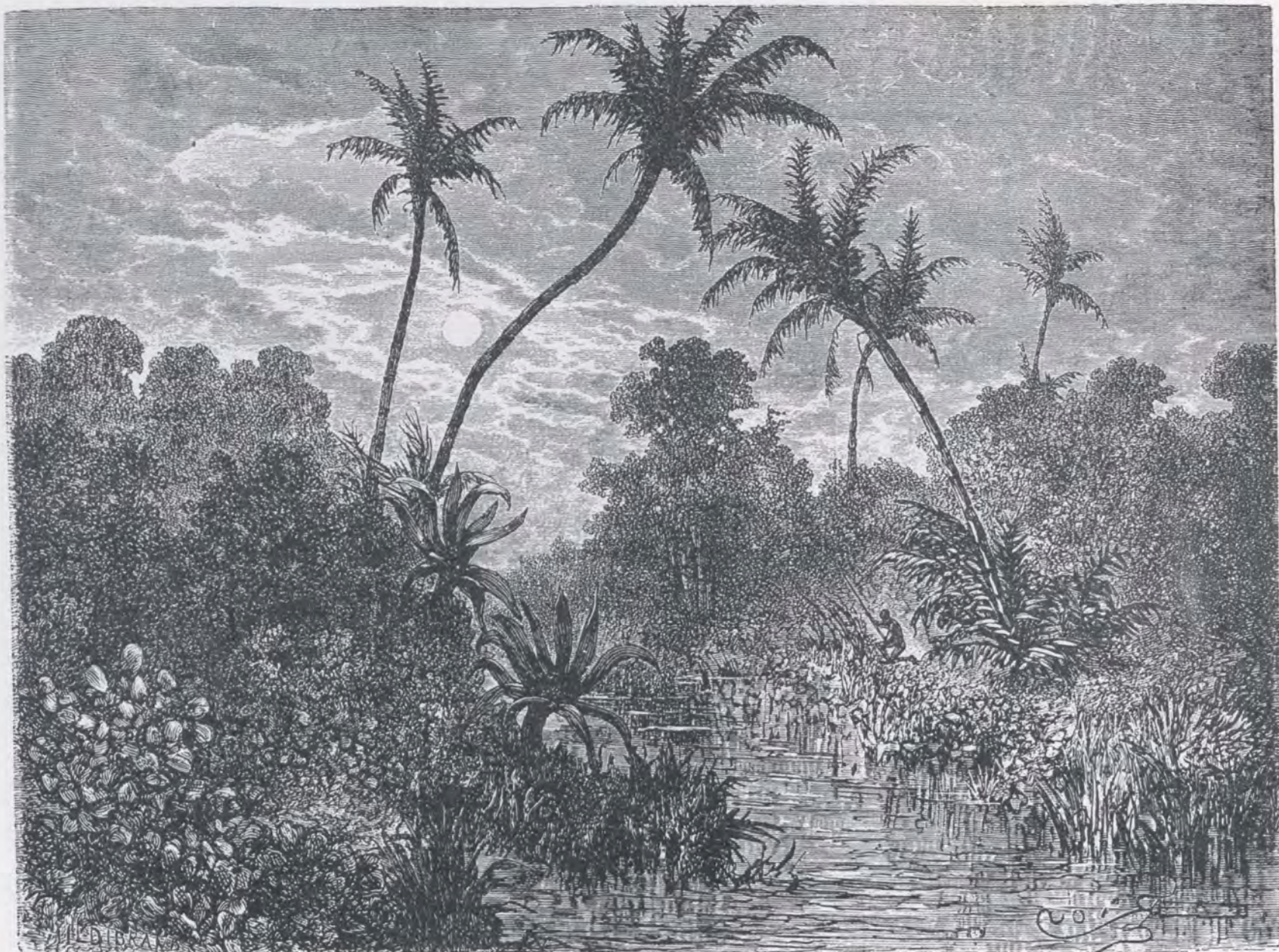
Vista de Cali.—Dib. de Delauney



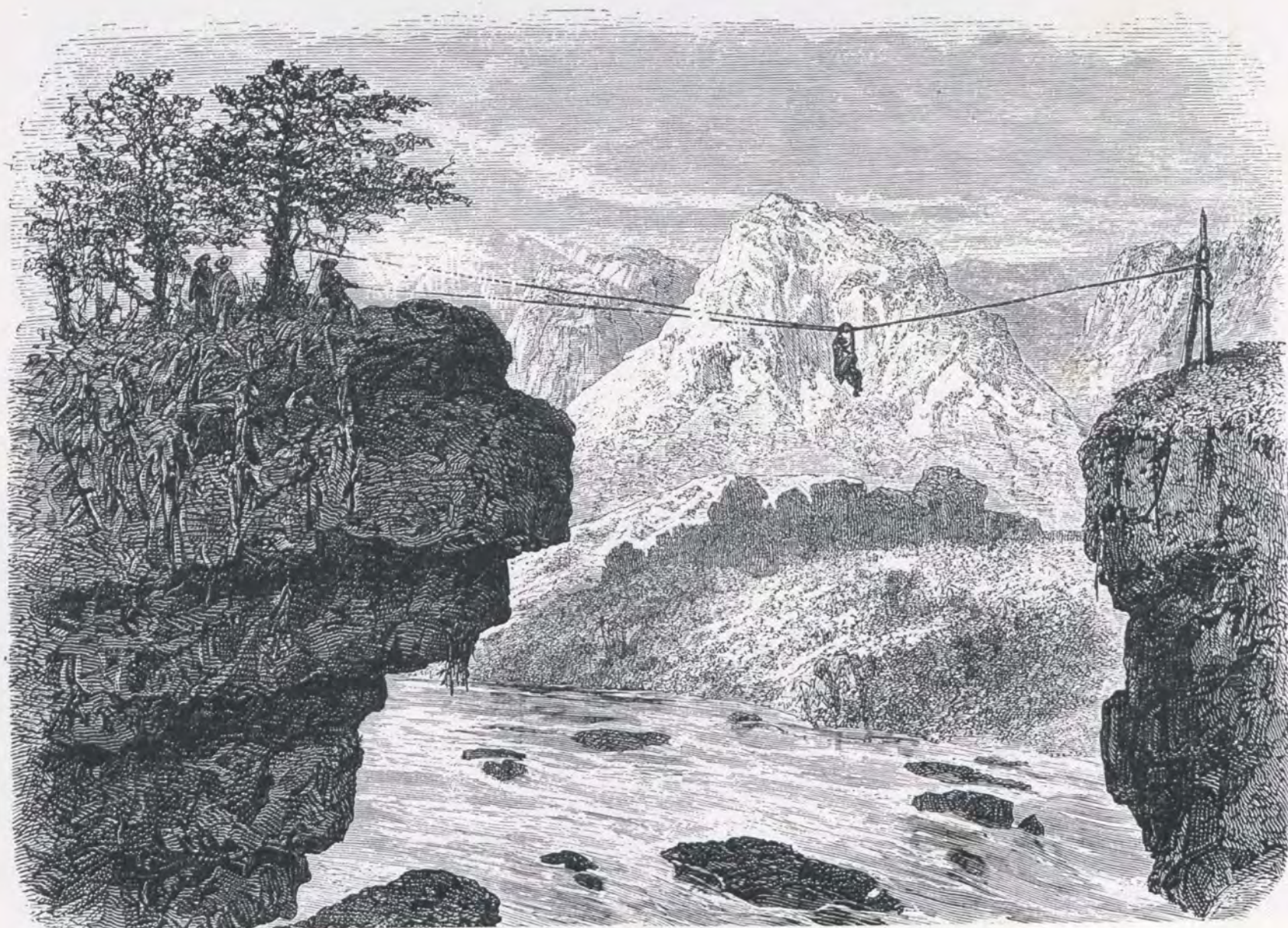
Puente sobre el río Otún.—Dib. de A. de Neuville



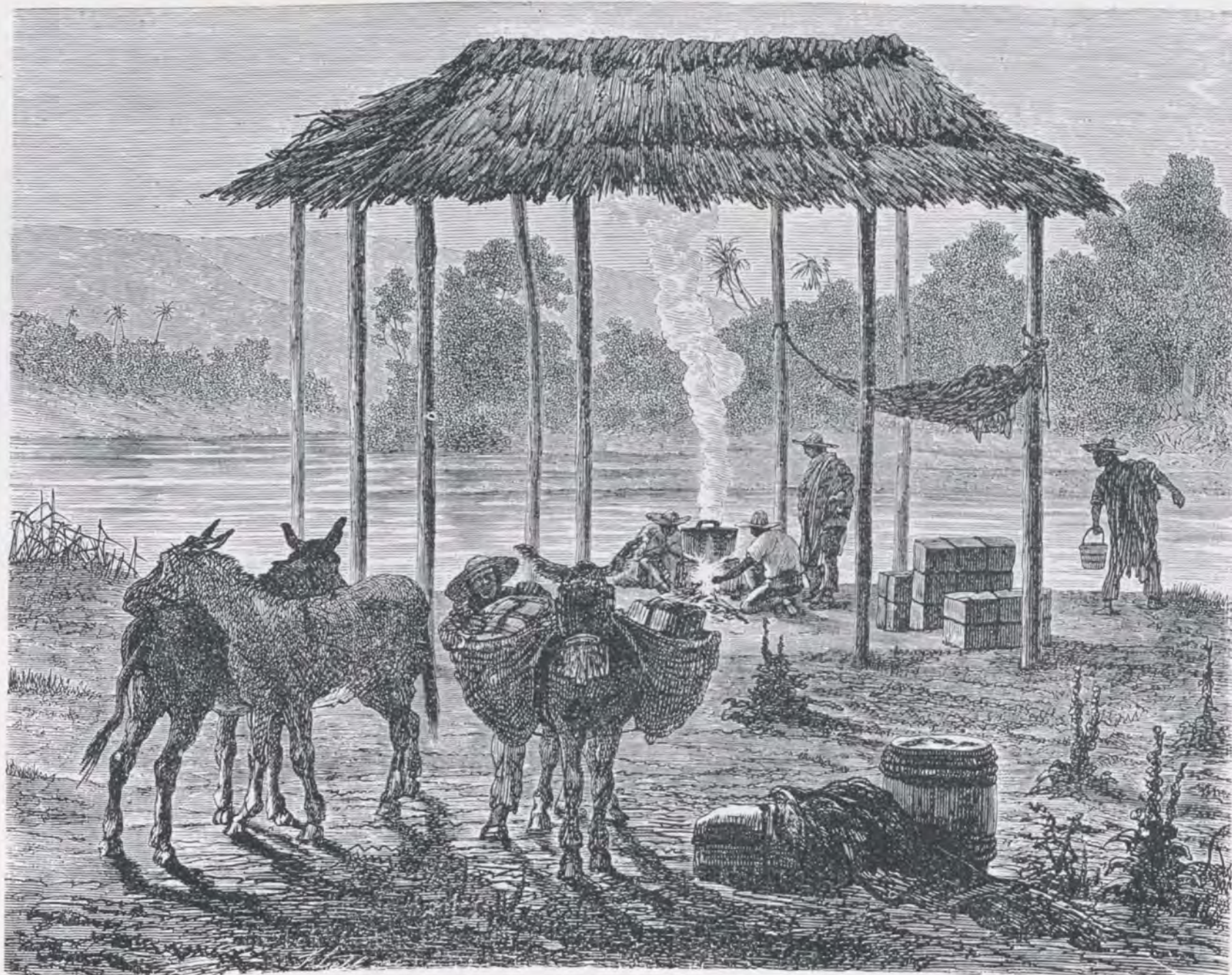
Puerto y bahía de Buenaventura.—Dib. de Niederhausern



Acecho a la luz de la luna.—Dib. de Riou



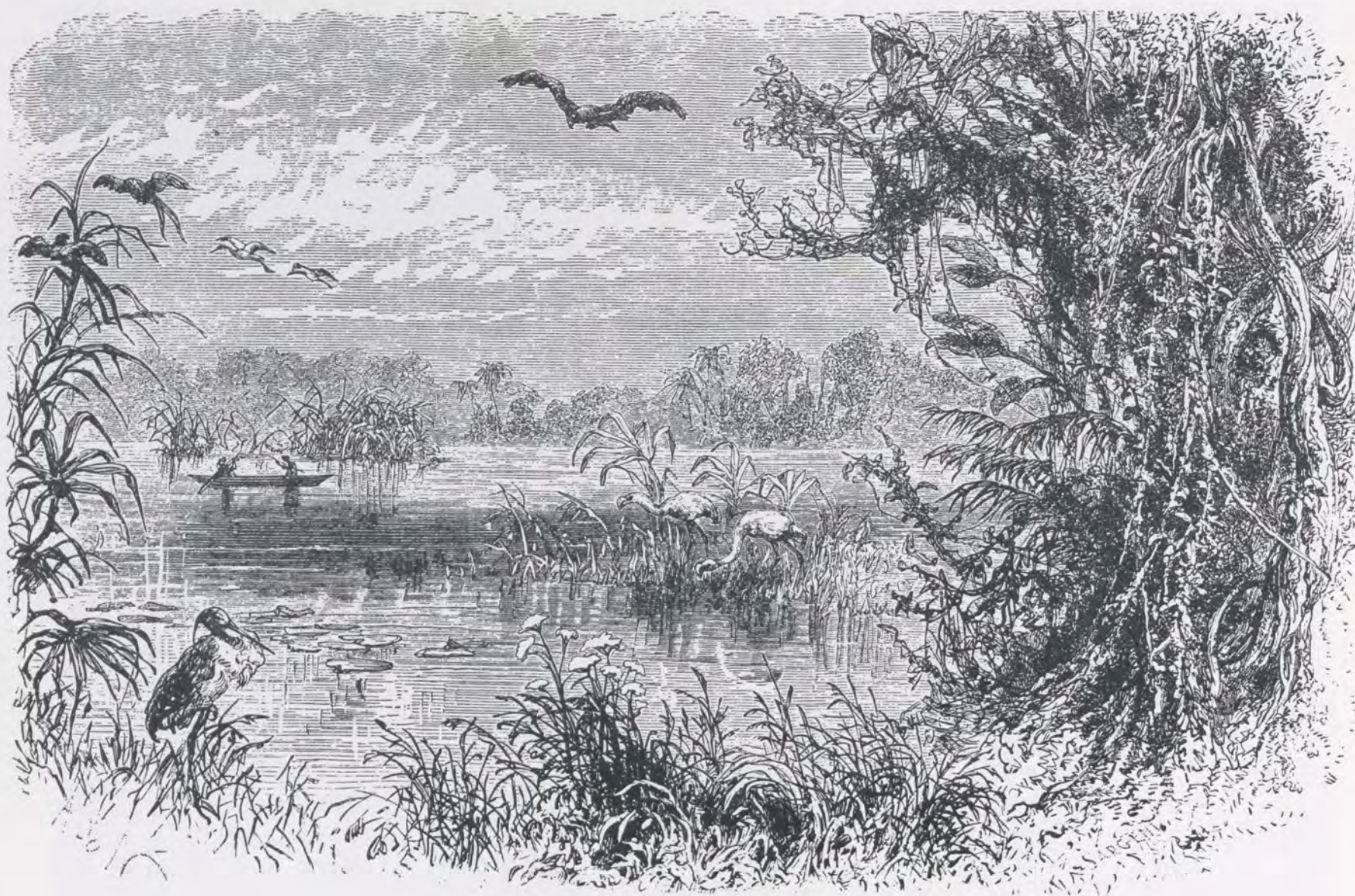
La tarabita.—Dib. de A. de Neuville



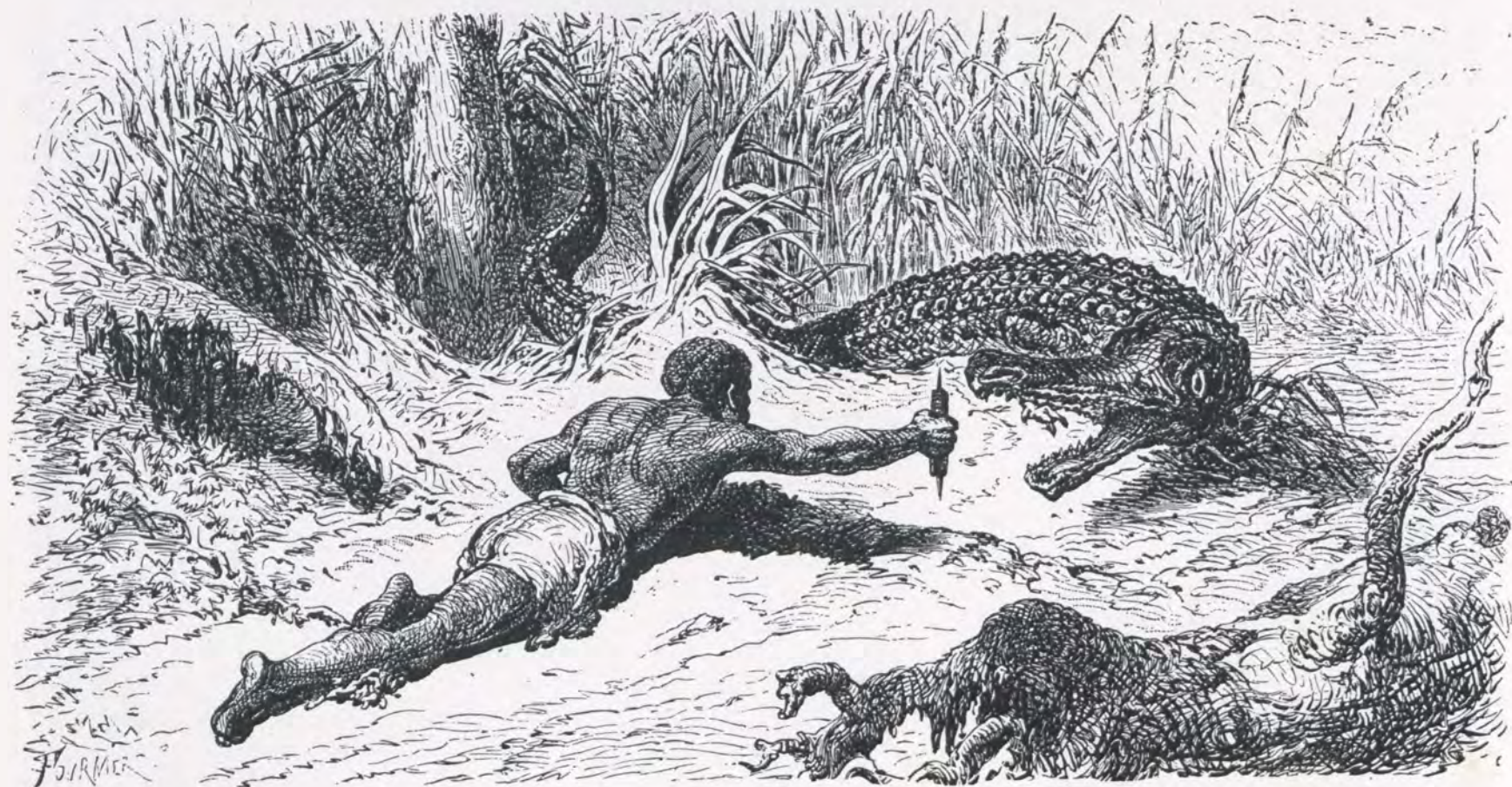
Un tambo.—Dib. de A. de Neuville



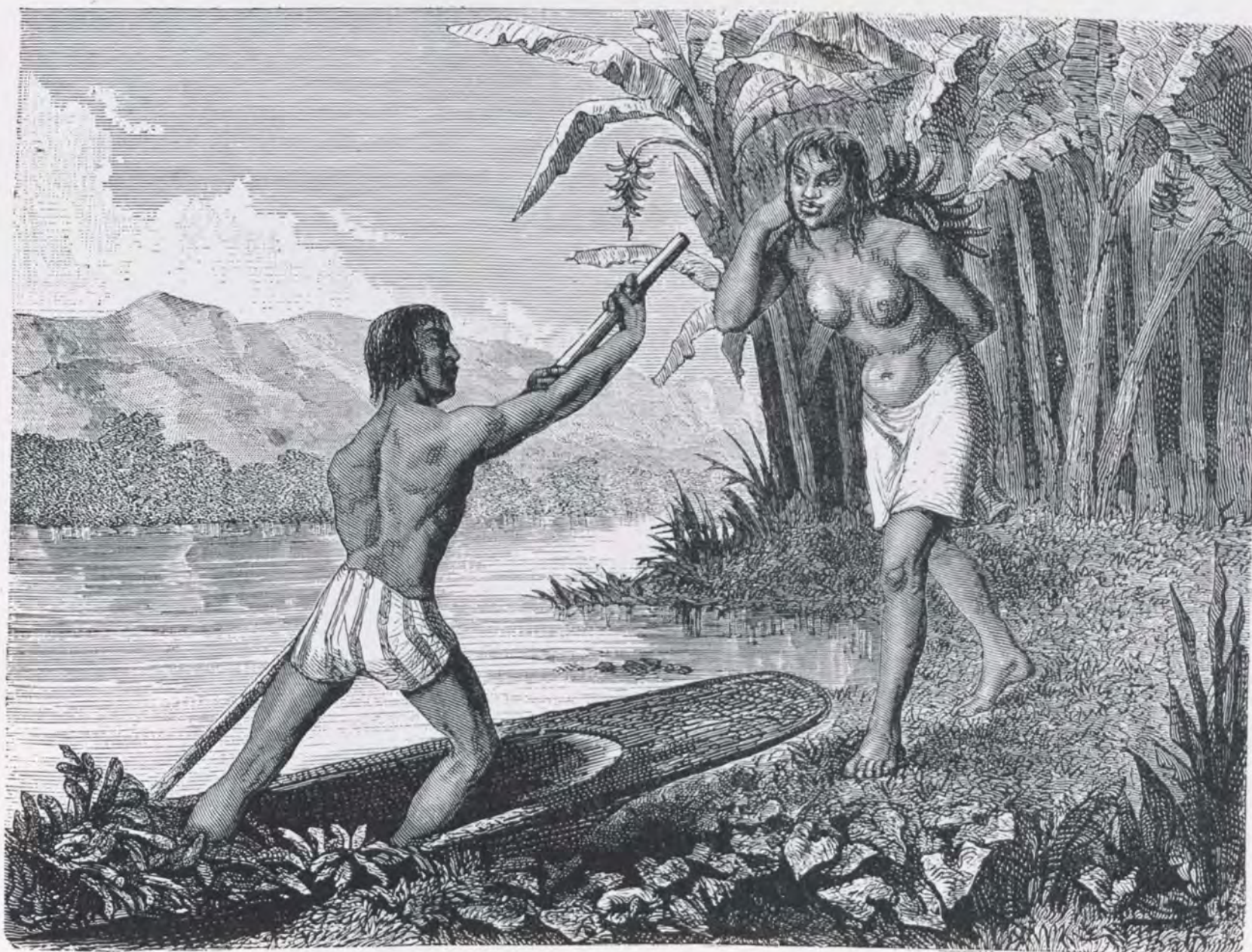
Una finca en tierra fría.—Dib. de A. de Neuville



Islas en el río Magdalena.—Dib. de A. de Neuville



Cacería de caimán.—Dib. de A. de Neuville



Indios del San Juan.—Dib. de Rixens



Tipos del ejército del Cauca.—Dib. de A. de Neuville



Combate de un jaguar y una serpiente.—Dib. de Riou



Migración de una boa en el río Verde.—Dib. de A. de Neuville



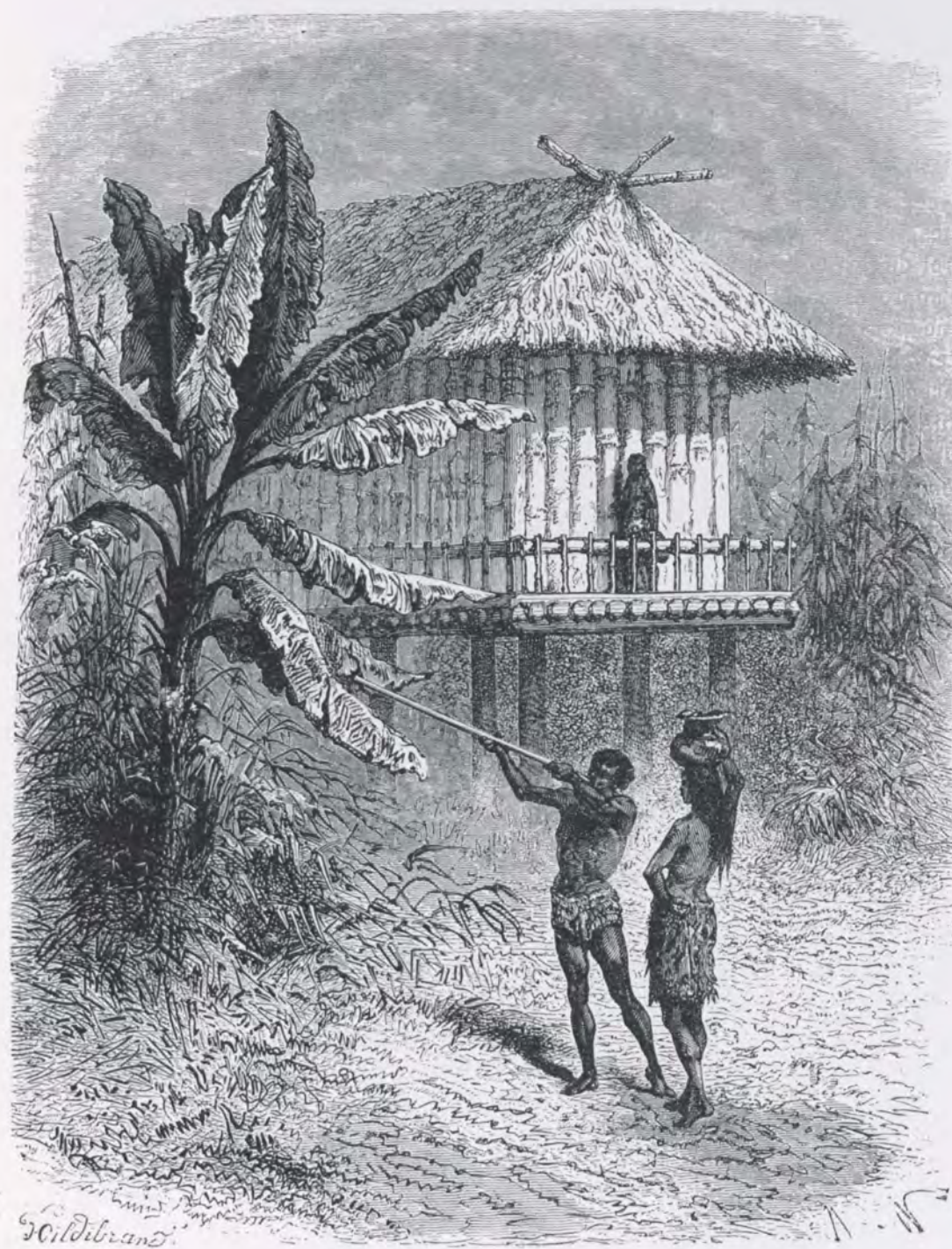
Elaboración del pan de maíz.—Dib. de A. de Neuville



Ñapangas (jóvenes del valle del Cauca). — Dib. de A. de Neuville



Puente de guaduas.—Dib. de A. de Neuville



Habitación en el río Verde.—Dib. de A. de Neuville



Campesinos del valle de Medellín.—Dib. de A. de Neuville



Carguero del Quindío.—Dib. de A. de Neuville



Vendedor de agua en Cartagena.—Dib. de A. de Neuville



Juana.—Dib. de A. de Neuville



Indio del río Verde.—Dib. de A. de Neuville.



India del río Verde.—Dib. de A. de Neuville.



Indios del Chocó.—Dib. de A. de Neuville.



India cargadora de leña.—Dib. de A. de Neuville.



Orquídeas de la provincia de Antioquia.—Dib. de Faguet



Aristolochia rigens.—Dib. de Faguet



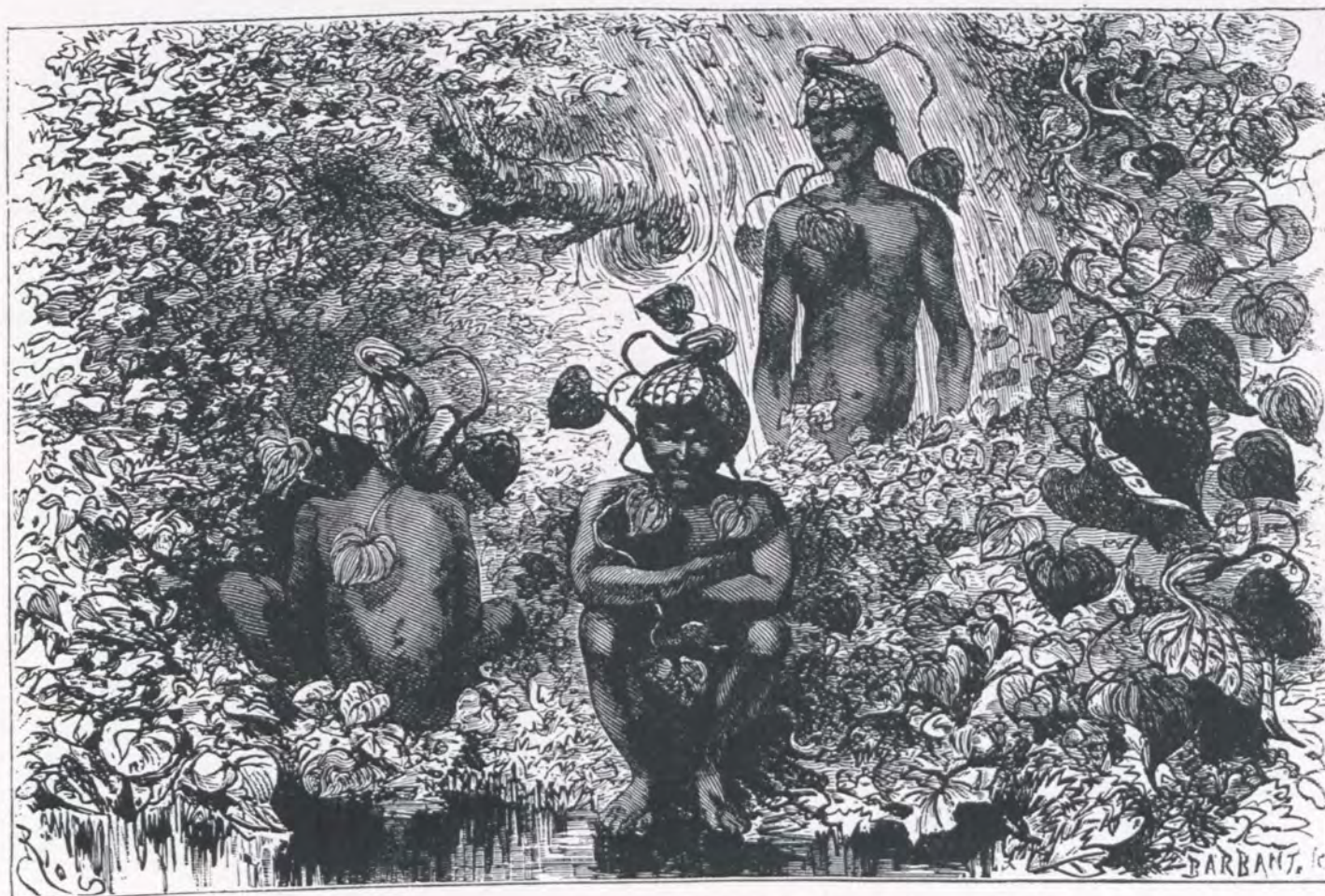
Insectos del Chocó: 1. *Fulgore Laternaria*; 2. *Polistes Media*; 3. *Cicada Timpanum*.—Dib. de Faguet.



1. *Passiflora*; 2. *Pepsis*; 3. *Pavonia*.—Dib. de Faguet



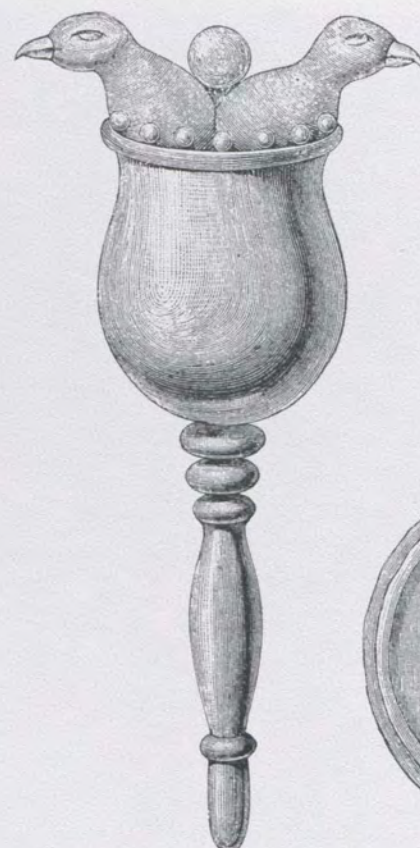
Choza y habitantes del bajo Magdalena.—Dib. de Riou.



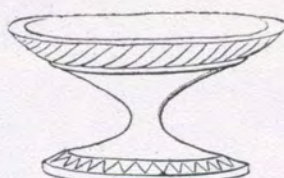
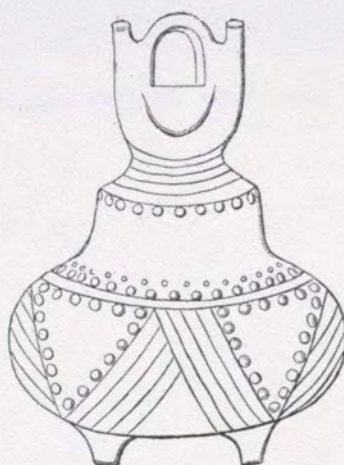
Niños cubiertos con la planta "Aristoloches".—Dib. de Riou.



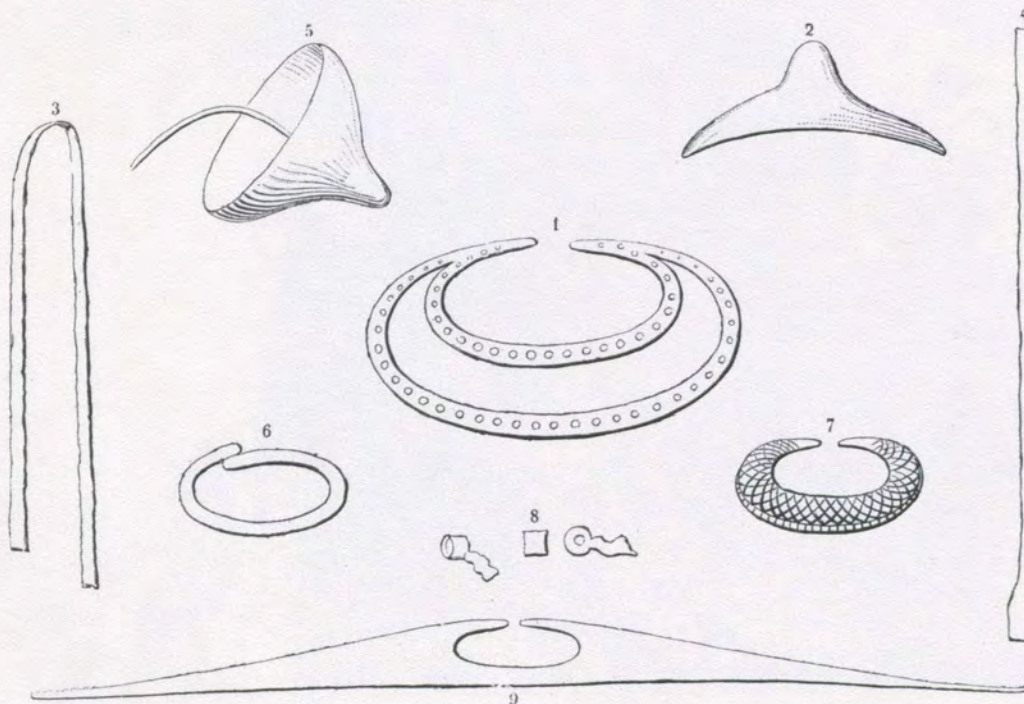
Antigüedades indígenas.—Dib. de A. Mesnil.



Objetos encontrados en las tumbas de Turbaco. —
—Dib. de Bonnafoux.



Antigüedades indígenas. Objetos de barro cocido.—Dib. de A. Mesnil.

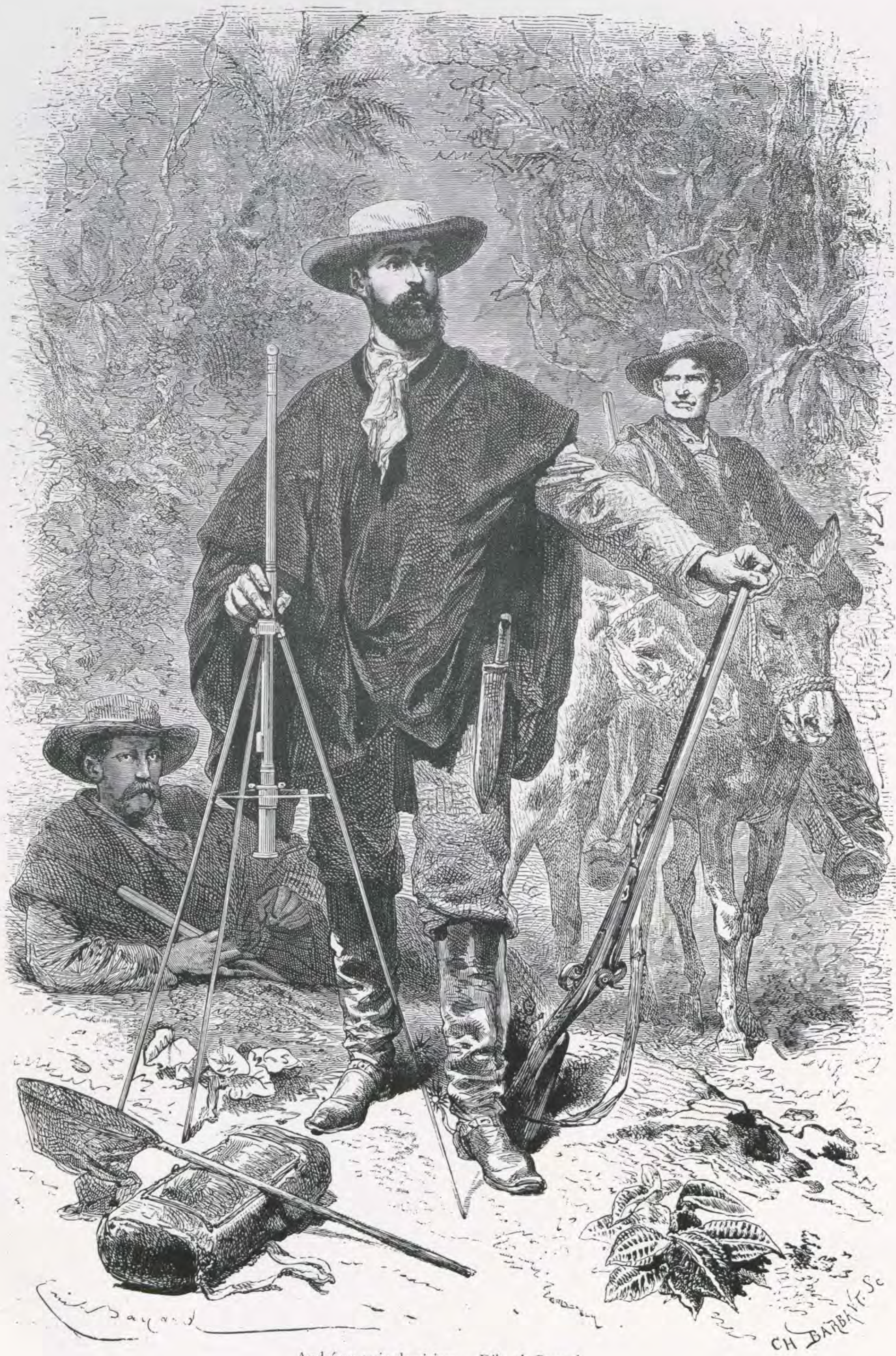


Antigüedades indígenas. Objetos encontrados en las tumbas.
Dibujo de A. Mesnil.—1 y 7: narigueras. 2: adorno para
el pecho. 3: horquilla para el cabello. 4: buril. 5 y 8: ?
6: anillo. 9: adorno para el cuello.



Antigüedades indígenas.—Dib. de A. Mesnil.

VIAJE DE
EDOUARD ANDRÉ
EN
1875 - 1876



André en traje de viajero.—Dib. de Bayard

EL VIAJE DE EDOUARD ANDRÉ

POR EDUARDO POSADA

El viaje en nuestro país del señor André, a fines del siglo pasado, fue hecho, según dice él, con el vivo deseo de contemplar la naturaleza intertropical, hacia la cual lo llamaban antiguos estudios como botánico y redactor de un diario científico. El ministro de instrucción pública de Francia le dió entonces la misión de explorar algunas comarcas imperfectamente conocidas de la Nueva Granada, del Ecuador y del Perú, y de contribuir al adelanto de la ciencia en lo concerniente a tales regiones.

Después de haber hecho escala en las Antillas Francesas y en la costa venezolana, desembarca en nuestro puerto marítimo llamado Salgar, pues Sabanilla ya no prestaba servicio y aún no se había habilitado Puerto Colombia. Salgar era sólo una playa de arena con algunas cabañas y en medio de ellas la aduana y el telégrafo. Tras breve detención en Barranquilla se embarca para subir el Magdalena en el vapor "Simón Bolívar", de una compañía americana. Su capitán le dijo a André, al verlo temeroso de los peligros de la navegación: "Mi buque se llama "Simón Bolívar" y él, como aquél cuyo nombre lleva, pasará por todas partes". Describe, durante la travesía a bordo, los grandes paisajes del río, sus caimanes y sus plagas de insectos; menciona prolijamente sus afluentes y las poblaciones de sus orillas. Como botánico, no deja de estudiar y clasificar las riquezas de su flora y pone muchas de ellas como ilustraciones de su relato. Hace una pintura de la pobreza y desamparo de las cabañas y de la opulencia de la naturaleza que las rodea, donde abundan los platanales, los árboles frutales, el café, la caña de azúcar.

"Y bien todas estas riquezas, exclama, duermen en torno de los tristes habitantes de estas comarcas fértiles, sanas y vírgenes. Los niños comen tierra y muestran, completamente desnudos, un abdomen desfigurado: hombres y mujeres, sin otro trabajo que esperar el pasaje del vapor para vender algunos atados de leña, que se hacen pagar en aguardiente y se emborrachan hasta el próximo buque. Apenas recogen de tiempo en tiempo algunos sacos de tagua o marfil vegetal para comprar los vestidos indispensables. De cultura y de industria ninguna señal. Y esto sobre la gran ruta hacia la capital de Colombia, y en una vía fluvial magnífica, recorrida desde hace veinticinco años por buques de vapor, y a menos de un mes de Europa. Este valle, agrega, se ha calculado que podría mantener cincuenta millones de habitantes".

Interesante es el pasaje por uno de los puntos donde la corriente es impetuosa ya cerca de Honda. De los vapores de la compañía, uno solo, con el cual se habían cruzado en Nare, había podido hasta ese día remontar el terrible raudal. Dice nuestro viajero que se creyó en el famoso pasaje de puertas de hierro sobre el Danubio. Un consejo se reúne y se resuelve intentar la aventura; todos los pasajeros están sobre la cubierta con ansiedad y miedo; el fuego es aumentado, el vapor silba, y la rueda bate con fuerza, pero la máquina rehusa y el barco retrocede.

"Ocurre entonces, agrega, una escena curiosa que yo no olvidaré en mi vida. El ingeniero mecánico, un cojo,

de mirada enérgica, viene a preguntar al capitán si es necesario batirse en retirada, y arrojar el ancla, para subir a Honda en canoas.

—Jamás, exclamó Duncan. El pasaje quiere pasar, y yo también.

—Mi capitán, puede que encallemos.

—Esto no me importa; yo he estallado dos veces, qué importa una tercera. Toma un trago y carga la caldera con ciento ochenta libras.

El vapor vuelve a tomar su ímpetu, se pasa el primer límite, el vapor acomete con furor en los cilindros y comienza a difundirse bajo los pistones. La rueda torna con frenesí, la armazón del buque tiembla en todo su conjunto como un árbol que se sacude. Avanzamos, pero no hemos aún franqueado la fatal pendiente. Un momento volvemos a descender algunos metros. Cerrad las válvulas, grita el salvaje yanqui, y Go ahead; estallamos más bien; no se diga que el "Simón Bolívar" ha retrocedido.

La orden se ejecutaba; algunos pasajeros se ponen muy pálidos, y el buque parece recogerse sobre sí mismo, como un tigre presto a asaltar; olas de agua se elevan bajo la rueda... hemos pasado.

¡Hurra Colombia! gritan los tripulantes, la bandera nacional se enarbola a proa y aquéllos se entregan a una danza desordenada, con vivas frenéticos, de los cuales los pasajeros se hacen voluntariamente el eco. Minutos después, terminado el día, anclamos en Caracolí, lugar entonces del desembarque para entrar a Honda".

Hace ahí una brillante descripción de las florestas del río, de su fauna y de su flora. Habla también de las plagas que persiguen a los hombres, a las bestias y a las plantas, y cree que a pesar de los inconvenientes que presenta aquella región, ella es una de las partes del globo más bellas y más propias para traer la colonización europea. "Cuando el gobierno colombiano se siente al fin sobre sus bases sólidas, saliendo de las luchas fratricidas que lo debilitan sin cesar, y se tenga bastante confianza de que vengan hombres de labor y de empresa, pocos países sobre la tierra podrán luchar con éste en riquezas y ventajas naturales. También podrá llevar a justo título el nombre de "El Dorado", que los primeros conquistadores le dieron, y se encaminará hacia los más brillantes destinos".

El viaje de Bogotá lo hizo por la vía de Guaduas. Refiere los inconvenientes de conseguir cabalgaduras para él y para sus cargas, y hace algunas descripciones del escabroso sendero. En Guaduas conoció al padre del célebre historiador y geógrafo don Joaquín Acosta, y consagra a éste unas líneas de elogio.

En lo Alto de Petaquero se cruza con un viajero inglés, Mr. Carder, colector de plantas, quien llevaba varias cajas de ellas con destino a Inglaterra.

Llega al fin a Facatativá, y contempla la Sabana que se desarrolla hacia el oriente. Averiguó allí por los medios de transporte para llegar a Bogotá. Se le indicó que un carruaje hacía el servicio dos veces por semana. Mas cuando estaba urgido de entrar a la capital, alquiló un

carro de equipaje y resolvió con sus compañeros seguirlo a pie y reposarse en él cuando estuviesen fatigados. Como buen botánico enumera las plantas y hace de ellas científica descripción.

Entre los grabados que acompaña a su relato en esta parte del camino, está el puente de San Antonio, cerca de Fontibón, y el escudo y la inscripción en recuerdo de Solís, detalle interesante, pues ello no consta en ninguna de nuestras geografías.

A poco de su llegada a Bogotá, visitó al presidente de la República, don Santiago Pérez. "Encontré en él, dice su relación, un hombre de unos cincuenta años, pequeño, moreno y barbado, afable aunque taciturno, muy estimado en Colombia como pensador y literato y muy dispuesto para las exploraciones científicas en general y para aquella de que yo estaba encargado en particular".

El se le ofreció para ayudarlo en todo lo posible y suministrarle los medios de penetrar en regiones de difícil acceso y poco conocidas bajo el punto de vista de la historia natural. Como ilustración pone el retrato de dicho gobernante tomado de una fotografía.

Entre los progresos realizados aquellos días en la capital, anota la construcción de dos bellos puentes y la colocación de la tubería para el alumbrado de gas. Señala como paseo favorito de los bogotanos el altozano o terraplén de la catedral, donde los paseantes van y vienen sobre sus paseos envueltos en sus grandes capas a la española y cubiertos invariablemente del sombrero de copa.

El señor Pérez le indicó la conveniencia de visitar los llanos orientales y el territorio de San Martín y le ofreció ayudarlo para esa expedición. Esto lo animó para hacerla y en ella lo acompañó don Nicolás Sáenz, entonces joven y que había terminado sus estudios como profesor de historia natural. Habla con entusiasmo del lugar llamado Barranquillas, cerca de Tunjuelo, donde los torrentes que descienden de la cordillera han producido en el suelo grietas muy pintorescas, con estalagmitas y estalagmitas más bellas que las de las grutas de Han en Bélgica, o de las Demoiselles en el Herault. En Chipaque tuvo un feliz encuentro, el del doctor Bayón, distinguido botánico bogotano.

En Villavicencio se encontró con el señor Emiliano Restrepo, para quien llevaba una carta de recomendación. Este notable abogado y político le prestó las mayores atenciones y lo acompañó en sus herborizaciones. Entre las plantas que le llamaron la atención está la palmera llamada corneto. Este árbol soberbio era ya conocido de varios botánicos que habían publicado en él las descripciones más atractivas, pero ninguno había logrado introducirlo de vivo en Europa y era esa laguna la que él esperaba colmar. Visitó las salinas de Cumaral y de Upín y hace detallada relación de los indios chucones, cuyo cuartel general encontró en Maquivor y los churunes, que desde las orillas del Ariari remontan hasta el Meta. Son bien curiosos los datos sobre la fabricación del guayuco que les sirve de vestidos y de los chinchorros que les sirven de lecho. Y preciosas son todas las noticias sobre la vegetación de nuestras inmensas llanuras, de las cuales apunta curiosos datos estadísticos. Piensa que para dar idea del territorio de San Martín sería preciso escribir un volumen, lo que espera hacer algún día, pues es asunto que interesa gradualmente a la emigración eu-

ropea.

A su regreso a Bogotá tuvo nueva entrevista con el jefe de la nación, quien le pidió una relación de su viaje para hacerla insertar en el "Diario Oficial". Los días siguientes los dedicó a visitar las iglesias y algunos otros edificios y en ascensiones a Guadalupe y herborizaciones en el boquerón, donde Linde, Karsten, Triana y Lindig habían recogido curiosísimas plantas.

Como era natural, se dirigió al Tequendama y se detuvo en la hacienda de Canoas, de la cual hace el debido elogio. Su propietario le mostró un gran eucaliptus, globulus, sembrado hacía tres años solamente y que formaba ya un árbol de quince metros de altura. Seguramente, dice, el porvenir de esta mirtácea famosa será inmensa bajo el clima de Bogotá. Fueron, pues, proféticas sus palabras: pues, como es sabido, a poco tiempo se propagó en profusión este árbol que sólo entonces mostraba poquísimos ejemplares. Encuentra mágico el efecto de la cascada y que con razón es considerada como una de las más grandes maravillas de la naturaleza en la América del Sur. Enumera las medidas diversas que le han dado Mutis, Esquiaqui, Humboldt, Caldas y el barón Gros y considera la de este último, ciento cuarenta y seis metros como la más exacta. Siguió por Fusagasugá a conocer el puente de Pandi y en la población de este nombre, que dice se llama también Tumbia o Mercadillo, hizo preparativos para arriesgar, al día siguiente, en el puente, un descenso sobre el abismo.

"Hollamos, dice, con nuestros pies, ese lugar famoso que ha inspirado a M. de Humboldt una de sus descripciones pomposas; donde el barón Cros hizo estudios precisos que la geografía de Malte Brun ha popularizado". El alcalde con toda benevolencia le escogió una docena de hombres vigorosos y le hizo preparar cuerdas de cuero para el descendimiento que él intentaba.

Desgraciadamente al día siguiente tenía André un acceso de fiebre que le imposibilitaba para aquella aventura pero cedió su puesto al compañero de viaje que quiso obstinadamente hacer la aterradora aventura. Esta tuvo lugar el 8 de febrero de 1876, fecha dice la relación de viaje, que debe quedar fija en la memoria de los actores y de los espectadores que fueron un número de varias centenas.

Bien peligrosa fue la bajada; no funcionó la cuerda que había de servir para enviar señales, no pudo hacer pie sobre las rocas que encauzan el río y fue atacado por los pájaros que anidan en esas profundidades.

Varias medidas se tomaron sobre anchura, profundidad, etc. de aquella maravilla, las cuales fueron enviadas al archivo de misiones científicas de Francia. Se extendió también un acta redactada por el secretario del alcalde, sobre el papel más fino que se pudo encontrar en la región y en la cual se hizo constar que ese descenso era la primera vez que se ejecutaba. Esta pieza también fue remitida a París al señor ministro de instrucción pública.

Pasó luego a Pasca y relata que no encontrando posada se puso en busca del cura. Después de los saludos de uso, la primera pregunta del párroco fue: "¿Cómo se encuentra el papa?"

Aquello, dice, lo dejó desconcertado: "Ese bravo pastor de hombres perdido en un pueblo de la cordille-

ra oriental, abrigado con descuido en su ruana, los pies con alpargatas y el cigarro en los labios como todos sus parroquianos, se figuraba cándidamente que puesto que yo era europeo había de ver a menudo a Su Santidad y podía darle de él noticias frescas. Le respondí que desde hacía varios meses no sabía nada de Europa pero que yo había visto a Pío IX el año anterior en Roma, y le di detalles que lo pusieron en el colmo de la alegría, y fuimos en adelante un par de amigos". Cuenta después su ascensión al elevado pico de la Guacamaya y haber conocido la piedra del diablo, de la cual existe una curiosa tradición.

En Viotá, como en todo el camino, midió la altimetría, y obtuvo la altura de 618 metros, lo que se aleja, dice él, por mitad de la publicada por Codazzi, quien la pone de 300 metros.

Por Tocaima y Casas Viejas, llegó al Magdalena, el cual pasó en barqueta en Guataquí.

Por ahí en Piedras dice que vio blanquear los muros de una casa rodeada de algunos árboles donde vivía hacía algunos años un literato colombiano, quien describió el poema de don Angel Ley. Con este motivo hace un resumen de esta conocida leyenda bogotana.

De Ibagué refiere una riña de gallos y la visita que le hizo al gobernador, general Córdoba, por quien fue recibido con toda amabilidad. La simplicidad y modestia que éste tenía en su habitación le recuerda el Cincinato de los tiempos antiguos.

"El lector fiel, escribe más adelante, que haya seguido nuestra correría a través de la Nueva Granada, habrá sido sorprendido con la diversidad de climas y de producciones en esta región accidentada. Sucesivamente el valle inmenso del bajo Magdalena ha desarrollado el panorama de sus florestas vírgenes apenas encantadas por el cultivo; las pendientes de la cordillera oriental nos han hecho pasar de la comarca tórrida a la altiplanicie donde crecen el trigo y la alfalfa a dos mil seiscientos metros. Pocos días después se desarrollaba a nuestros ojos deslumbrados el océano de verdura de las llanuras del Meta que se extienden hasta el Orinoco y donde la civilización de las antiguas misiones ha ocupado el lugar de las tribus indígenas vueltas al salvajismo. En la cordillera oriental, atravesada una segunda vez por nuestra caravana se ha encontrado delante de esas dos maravillas de la América del Sur: la caída del Tequendama y el abismo de Incononzo. El Magdalena ha sido hallado otra vez en Guataquí cerca de las sabanas ardientes de Piedras y las ascensiones vuelven a recomenzar por esta famosa montaña del Quindío ilustrada con los trabajos de Humboldt y de Boussingault". Ahí en el Quindío se detuvo en la hacienda de "Las Cruces", y él, que se ha quejado a menudo de malos hospedajes y ha tenido frases amargas relativas a la desidia y pereza de algunos moradores, tributa ahí un alto elogio al propietario de aquel lugar don Ramón Cárdenas. Piel de jaguar estaban clavadas en los muros alternando con los despojos de osos, de pumas, y de otras fieras de esos desiertos y atestiguando los gustos cinegéticos del patrón, quien los invitó a una cacería de tigre para el día siguiente.

"Cárdenas me interesaba. Esa naturaleza brusca, llena de decisión y de valor, muy bien anunciada al exterior por los ojos negros penetrantes, los pómulos acentua-

dos, los cabellos agitados por el viento sobre una frente alta y amplia, el mentón enérgico y cuerpo donde los músculos de acero se dibujaban a cada movimiento, convenía bien al hombre fijado en esas soledades, no debiendo nada sino a él mismo, presto a todo, despreciando el peligro, teniendo placer en luchar contra las bestias feroces y contra todas las dificultades físicas que lo circundaban".

También le interesó de aquel hombre, su curiosa explotación agrícola de las palmeras de cera, en esa región casi impenetrable y tan accidentada que es imposible encontrar en ella un lugar horizontal tan ancho como un cobertor.

La buena acogida que tuvo en otras posadas de la ruta le hace tributar un grande elogio a la raza antioqueña.

Pasó el río de la Vieja por Piedra de Moler y llegó a Cartago, donde hizo veintiocho observaciones barométricas. Dice que la vida es fácil en esa amable comarca y que bajo la influencia de una temperatura media anual de 24 grados, las pasiones son poco violentas, y los anales judiciales registran rara vez crímenes, fuera de la política. El suelo es fértil, el clima delicioso, sano, el menor trabajo del suelo asegura la vida material y nada tienen que desear esas gentes, sobrias, contentas con poco y que han adivinado instintivamente que multiplicar los goces es aumentar las cargas.

Entre las observaciones curiosas está la del rey de los gallinazos, del cual había oído hablar y al que pudo ver cuando llegaba a un festín de los suyos. Todas las otras aves, llenas de terror, se pusieron en círculo a distancia respetuosa mientras el rey caía rápido sobre las entrañas del mortecino.

En Buga pasó el río para tocar luego en Vijes, donde resolvió trepar la cordillera para bajar luego al Dagua. Así lo hizo, pero sólo llegó hasta las Juntas, y de allí regresó por el camino de Cali.

Al lado de sus observaciones científicas suele apuntar delicadas anécdotas, que revelan emoción y bondad.

En la Cumbre, después de haber herborizado largo rato, se dirigió por pequeño sendero que conducía a una risueña casita medio perdida en el follaje; allí una bella muchacha, de dieciocho a veinte años, apareció sobre el umbral; su ademán era gracioso, sus ojos y sus cabellos negros, su piel blanca y fina y mostraba sonriente los dientes más bellos del mundo; su vestido era un largo traje de blanco lino, de un aseo irreprochable. Le pidió un vaso de leche y bizcochos, los cuales le ofreció ella con el mayor gusto, sin querer recibir ninguna retribución; le dijo que ella había reconocido que él era un extranjero, francés sin duda, y que solía leer escritos en esta lengua pero se dolía de no poder hablarla. Yo amo mucho la Francia, agregó, y cuando volváis allá recordad que Joaquina Borrero es vuestra amiga.

"Era tarde, añade André, me despedí, volví la brida, y proseguí mi ruta no sin pensar mucho tiempo en tan graciosa aparición".

En Cali visitó las iglesias y observó con detención la imagen que se venera en La Merced, la cual encontró de un trabajo exquisito y parece pertenecer al mejor tiempo del renacimiento español; menciona también los cuadros de Medoro Romano que existen en el convento de San Francisco. Hizo paseos en los alrededores de la ciu-

dad acompañado por los señores Jaime Córdoba y Francisco Valencia, de quienes hace elogio.

André había conocido en París a don José Triana, tanto por ser un botánico eminentísimo como por desempeñar el consulado de Colombia, y muy grato le fue hallar en Cali a la viuda de un hermano de éste. Ella había apreciado, y más con los relatos que le hiciera el doctor Saffray, a quien había conocido en Medellín, y Roldanillo. Recordaba con gratitud que éste había entonces salvado la vida de su hija, la cual era, cuando André llegó a Cali, una encantadora criatura de quince años, quizás, dice él, la más bella que había encontrado en todo Colombia.

Grandes penalidades tuvo en ese camino de Cali a Popayán, que recorrió en mula, y grande fue su alegría al divisar a lo lejos, a seis kilómetros entre los sauces, los edificios de Popayán. La impresión, escribe, es encantadora y persistente, es un oasis después del desierto, es el Canaan de los Andes, la tierra bendita, entrevista por Miñón de Goethe donde se desearía vivir, amar y morir. Tocóle llegar a esta ciudad en semana santa y por consiguiente ver las magníficas procesiones que allí se celebran, y hace de ellas minuciosa descripción.

Entre las personas que conoció en esta ciudad habla con elogio de don Manuel María Mosquera, quien había representado durante más de treinta años a Colombia en Europa y cuya rica biblioteca lo tenía en contacto íntimo con los grandes escritores. También conoció allí a los hermanos Reyes, uno de los cuales acababa de señalarse en esa época por la bajada en el río Putumayo que él esperaba abrir a la navegación para poner a su país en comunicación rápida y directa con el Amazonas.

Entre las ilustraciones de su ruta hacia Pasto, hay dos bien interesantes: el puente de Mayo y el puente de Juananbú, pues la primera nos enseña cómo era esa obra cuando por ahí pasó Sucre la víspera de su muerte, y en la segunda se ven los arcos, tal cual existían el día del combate de Nariño. Ninguno de los dos seguramente había experimentado cambio hasta entonces. El conocido cuadro de Espinosa sobre la acción de Juananbú, es bien semejante al grabado de nuestro viajero.

La posición de Pasto le pareció encantadora, y rectifica lo que dice Malte-Brun en su geografía, quien la pinta como desapacible y miserable. Después de copiar las líneas de aquel geógrafo, observa que todo es un tejido de errores, y que los alrededores de Pasto presentan un espectáculo risueño; que la alimentación de sus habitantes no difiere en nada de la de las ciudades de Europa.

Da minuciosos detalles sobre el lujoso barniz que allí fabrican que es una especial industria, con los cuales, dice, complementa las noticias que en 1831 había dado Boussingault sobre su composición química. Después de haber ascendido al volcán de Galeras, se dirigió a conocer la Laguna de Cocha, y para ello fue acompañado de varios caballeros de aquella ciudad, entre éstos el sacerdote doctor Lazo, y el periodista señor Santander.

A pie hicieron la ascensión por la cordillera llamada del Tábano. Después de cuatro horas de marcha, llegaron al alto de la Cruz, donde dicen se desarrolla una vista soberbia. En torno de ellos los vapores que se condensan perpetuamente sobre el páramo, se desatan en lluvia fina e irisada por los rayos del sol y le imprimen a la vegetación herbácea matices incomparables. A la izquier-

da, el volcán de Bordoncillo o Patascoy, que eleva su cono en los aires y de sus flancos, donde las materias ígneas son aún amenazantes, salen las fuentes que dan nacimiento al Putumayo. Y a sus pies, hacia el Sur, el lago se desarrolla en toda su amplitud.

Hace notar que el nombre de la Laguna Cocha es un pleonismo, puesto que Cocha significa lago en la lengua de los indígenas de todas estas regiones, y que aunque esta denominación ha prevalecido, sería preferible designar esa extensión de agua por los vocablos Laguna Corota o Cocha Corota, que es el de la isla principal que se eleva en ella. En aquellas alturas se encuentran con dos indias mocoas, que se detienen sorprendidas en presencia de los hombres blancos, que se han aventurado en su dominio. El padre Lazo, que conoce la lengua Mocoa, las interroga y sabe que ejercen el oficio de cargueras, es decir, que llevan regularmente a Pasto por esos difíciles caminos, el barniz mopa-mopa, la zarzaparrilla, las tinturas, las hamacas, etc., recogidas o fabricadas por sus compatriotas de las tierras cálidas.

Como apasionado botánico no cesa de herborizar en todas partes. Habla de la costumbre conmovedora que ha visto repetida en sus viajes de adornar con flores las cruces colocadas sobre algún punto peligroso del camino o en la cima de una penosa subida. En ese Alto de la Cruz, donde hicieron alto, estaba plantada una de éstas, y André, con ardor de coleccionista, dibuja y estudia el ramillete que manos piadosas le habían colocado.

Nos da las medidas y otros datos muy importantes sobre este lago. Dice que se le atribuyen en las antiguas crónicas un largo y ancho mucho más grande del que tiene en realidad; que el primero puede ser considerado de veinte kilómetros y el segundo de dos o tres y que la isla, que se eleva de diez a quince metros sobre el agua, tiene una superficie de doce a quince hectáreas. Los ríos y quebradas que a él caen, son en número de quince, y pone el nombre de todas ellas, lo cual entendemos no había dado ninguno de los geógrafos. Da igualmente medidas sobre su profundidad, y anota que allí no hay peces, seguramente por su origen volcánico, lo que se comprende por los hilos de agua blanca que despiden un fuerte olor de ácido sulfúrico.

En Pasto tuvo la pena de separarse de su amigo Fritz, quien había venido no como naturalista sino como turista, y que deseaba seguir para el Perú y demás repúblicas del Sur, en tanto que André debía hacer nuevas exploraciones en nuestro país. Tuvo, en cambio, la fortuna de encontrar un francés, Julio Thomas, quien hacía dieciséis años habitaba en Túquerres. Había él venido con un gran capital para comprar cortezas de quina y llevarlas a Europa, a fin de alimentar allá una fábrica de sulfato de quinina establecida en París, pero a su llegada a Buenaventura para dirigirse a Cali y de ahí a Popayán, supo que una revolución había estallado y que el puerto estaba cerrado. Fue a desembarcar en Tumaco, y por el camino de Barbacoas llegó a Túquerres, después de un viaje lleno de penosos incidentes. Trató, sin embargo, de exportar la quina, pero por varias circunstancias, fracasó en su negocio. Se casó en esta población, y se dedicó a trabajos agrícolas, en los cuales alcanzó éxito. Con él hizo el viaje por Yacoanquer, la hacienda de Tochoya y el río Guáitara, hasta Túquerres. Luego, única-

mente con su criado, tomó el camino de Barbacoas. De ese sendero tan poco conocido nos da curiosos datos de sus páramos, de sus aldeas y de sus ríos. En Piedra-Ancha, encontró un conocedor de la flora de esas selvas. Había acompañado en 1854 al doctor Karsten en sus expediciones botánicas, y le había ayudado a reunir gran número de plantas raras. El le indicó también a nuestro viajero las propiedades medicinales de muchas de éstas, y de ello hace André curiosa lista.

Al llegar a San Pablo, que era el término de su viaje a lomo de mula, tuvo que apelar, para seguir el espantoso camino que sigue a Barbacoas, a los cargueros que transportan por él las mercancías y los raros viajeros que se aventuran por esos parajes, tal como lo hacían en otro tiempo los silleros del Quindío. Esos cargueros, dice, son de una raza muy bella, imberbes, provistos de músculos de acero y de una elasticidad de pierna a toda prueba. Cargan ellos su cliente sentado, mirando hacia atrás. Transportan así a hombres de fuerte corpulencia por subidas aterradoras y bajadas vertiginosas, en medio de precipicios, entre rocas caídas, angosturas de sendero y pantanos espesos. Cuando se toma la silla entera, o sea por ascensiones y descensos, se consiguen dos cargueros, que se relevan; pero la media silla no comprende sino uno, que lleva al viajero en las subidas, pues las bajadas tienen lugar a pie y no tratan de explotar al viajero.

Por allá en las vegas del río Guavo conoció a los indios cuaiqueres, que usan un tatuaje rojo y azul en el rostro, para el que emplean la planta llamada bija, y el añil. De esos indígenas da otros detalles bastante preciosos para el estudio de nuestra etnografía.

Poco antes de llegar a Barbacoas resolvió regresar hacia Túquerres una vez que su excursión tenía simplemente por objeto explorar botánicamente la región que acababa de recorrer. Además las plantas vivas que quería despachar para Europa exigían su regreso a las altas planicies en donde debía proseguir su viaje hacia el Ecuador.

Tocó luego en Ipiales, donde el jefe municipal lo recibió cordialmente y organizó una excursión al Santuario de la Virgen de la Laja. Dice que la pintura es verdaderamente notable, que procede de la escuela del pintor quiteño Miguel de Santiago, y que la figura de la Virgen tiene la expresión de las Vírgenes de Murillo, de un dibujo muy firme y de un color más cálido aún. "Esta excursión, agrega, por entre paisajes maravillosos, es una de las más interesantes del sur de Nueva Granada, y ella me ha dejado recuerdos imborrables que se cuentan

entre los mejores de mi viaje".

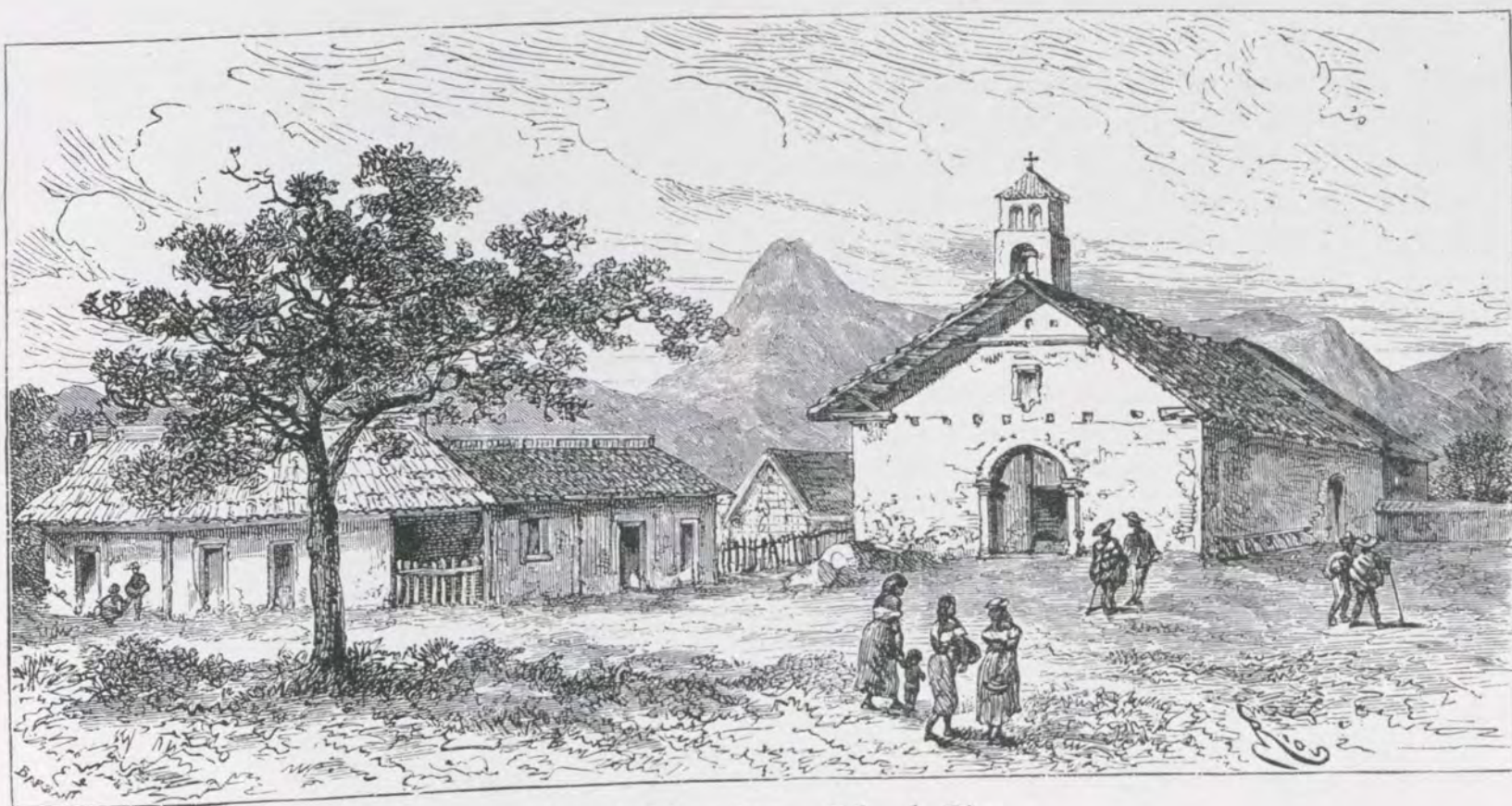
Menciona otra belleza natural de esos contornos: la cascada del Excomulgado. De ella nos da un interesante dibujo, y la tradición que explica el origen de su nombre: un sacerdote español, castigado por alguna falta, con anatema eclesiástico, se arrojó un día de cruel remordimiento, al fondo de ese abismo.

Llegado André al puente de Rumichaca, suspendemos el extracto de su viaje, pues sólo hemos querido hacerle en la parte relativa a nuestro país. Trece nuevos capítulos contiene sobre su viaje por tierras ecuatorianas, los cuales terminan en Babohoyo.

Al regresar a Francia, publicó la relación de su correría en la grande obra "Le Tour du Monde". Como en el capítulo en donde refiere su salida de Honda pusiese vituperios sobre un individuo que le fletara allí las cabalgaduras, al cual apellida Wills, el distinguido caballero don Patricio Wills, quien con sus hermanos tenía respetable agencia de transportes en esa ruta, hizo viaje a Europa, buscó la dirección del viajero francés y le envió dos compatriotas que allá estaban a pedirle explicación de tales palabras. La que dió André fue completamente satisfactoria para los señores Wills. En manera alguna se había referido a dicha casa de comercio ni a ninguna de sus socios, sino a un hombre del pueblo, arriero de profesión. De ello se levantó un acta que fue publicada entonces en los periódicos del país, y la ha insertado con otros detalles, recientemente, el señor Wills-Pradilla, en galano artículo titulado "Un histórico lance de honor". (EL TIEMPO, 1º de enero de 1932).

Agregamos que al publicar André sus posteriores capítulos, cumplió la oferta que hizo de consignar ahí también aquella satisfacción. En el tomo de esa colección de viajes, relativo a 1879, segundo semestre, declara que el portador a quien se había referido no tenía nada que ver con tan honorable agencia de transportes.

André comete a veces confusiones de nombres; entre otras, anotaremos que al mencionar la lucha electoral que había en Colombia, en los días de su viaje, llama Sánchez en dos ocasiones al candidato presidencial opuesto a Parra, en vez de decir Núñez. No obstante estas ligerezas y descuidos, así como algunos exagerados conceptos, esta narración es valioso aporte para nuestra geografía y nuestra historia. Por el lado científico, especialmente en el estudio de la fauna y de la flora, es digna de todo aprecio y de ser recogidos sus datos por nuestros hombres de investigación y de análisis.



Iglesia de Mercaderes.—Dib. de Riou

LA AMERICA EQUINOXIAL

POR: EDOUARD ANDRÉ, VIAJERO ENCARGADO DE UNA MISION DEL GOBIERNO FRANCES

1875 - 1876

DE POPAYAN A PASTO (CAUCA)

El río Patía; geografía física y meteorológica de la región.—Los negros patianos.—La mosca “nuche”.—El Bordo; costumbres, usos, fiestas.—La poesía fúnebre del Patía.—Marco Antonio y el bambuco.—Paisajes.—Serenata nocturna.—Patía; las fiebres.—La plaga de las langostas.—El bosque de limoneros.—La coca.—Paso del río Guachicón. Los dos ríos; Mercaderes.—El Salto del río Mayo.—Cascadas de la Caldera.—La Unión.—Berruecos y la viruela negra.—Olaya.—La gradería de Juanambú.—Ortega.—El Jardín desierto de Meneses.—Llegada a Pasto.

El Patía es uno de los ríos más extraños y pintorescos del mundo; nace en los flancos del volcán de Sotará en la Cordillera Central y a poco se precipita de una escarpada roca formando una elegante cascada. Cerca de allí, en el Páramo del Buey, tienen también su nacimiento dos poderosos ríos vecinos: el Magdalena y el Cauca, que recuerda el curioso macizo de los Alpes leponinos desde cuya sobresaliente altura, el San Gotardo, en Suiza, se desprenden los grandes ríos del Rin, el Ródano y el Tesin.

El Patía, cuya longitud total excede de cuatrocientos cincuenta kilómetros, recorre un trayecto de unos ochenta, con los nombres de Sotará y Quilcasé, que cambia por el de Patía desde que recibe el Timbío. Su curso superior encerrado entre altos y escarpados montes, describe una curva inmensa de Este a Norte y Suroeste, entrecortada por otros valles concéntricos, ásperos todos, formando en su conjunto un sistema oro-hidrográfico de los más extraordinarios. Encerrando luego entre dos las ra-

mificaciones principales de las cordilleras, y acrecentado con las aguas de sus tributarios Guachicano, Mayo, Juanambú y Guáitara, rompe el dique que le separa de las costas del Pacífico tal como el Danubio atraviesa los Cárpatos en las Puertas de Hierro para precipitarse en el Mar Negro. Sólo que un poco más allá el Patía tuerce bruscamente hacia el Norte formando un ángulo agudo, se escapa de los repliegues de la Cordillera Occidental que le retienen en angostos valles, y luego de ofrecer una gran extensión de curso navegable, desagua en el Océano por un inmenso delta.

Desde los páramos que acabamos de abandonar en los elevados picos de la Cordillera Occidental, como por ejemplo los cerros de San Juan o de Guavas, a tres mil metros de elevación, puede contemplarse un espectáculo extraordinario descrito por Codazzi y que yo también tuve ocasión de ver en el Ecuador.

Codazzi pasó la noche en la cumbre del cerro de Guavas que domina el Tambo, cerca de Popayán, y des-

tarios formando un inmenso lago subandino, alimentado por la incesante liquefacción de los glaciares o nevados, bajo la influencia del ardiente sol del Ecuador. Cien kilómetros de longitud por diez de anchura debía tener el depósito en donde el lago estaba encerrado recibiendo a mayor abundamiento las aguas pluviales de más de ciento sesenta miriámetros cuadrados. Una vez la enorme masa de agua hubo alcanzado una profundidad de dos o trescientos metros, tal debió ser el empuje que imprimiría en la relativamente débil barrera que le oponía la cordillera occidental cerca del Castigo, que debió operarse una ruptura instantánea. Furiosas las aguas, se precipitaron de las mesetas a los valles, formando el actual relieve de los terrenos, acentuado desde entonces por la continua acción de las aguas pluviales, cuyas avenidas se comprende que sean muy recias, con sólo tener en cuenta que desde el punto en que nos hallamos, a mil seiscientos metros sobre el océano, hasta el pueblo de Patía, situado aproximadamente a ocho kilómetros de distancia, se advierten trescientos ochenta metros de desnivel.

Semejantes condiciones influyen de un modo especial en la salubridad del clima. La enorme profundidad del valle con relación a la altura de las cordilleras vecinas, sus curvas de poco radio que impiden el paso longitudinal de los vientos, las inundaciones que son allí tan frecuentes, el calor intenso que reina en las hondonadas, los vientos fríos que de noche bajan de las cúspides, y la rápida evaporación de las heladas aguas que bruscamente cobran una elevada temperatura, todo contribuye a la insalubridad del valle del Patía, terror del viajero y aún de los mismos indígenas. Los indios que vimos en los alrededores de Popayán, ya no se encuentran aquí; tan sólo la raza negra y mestiza puede soportar las terribles inclemencias de aquel país.

La población negro-india se estableció y multiplicó en el valle del Patía, dedicándose a la pesca; removiéndola, a menudo con buen éxito, las arenas auríferas del río; cultivó en un suelo fértil, la caña dulce, el plátano, el café, cacao, la yuca y crió mucho ganado en buenos prados preservados por excepción de las devastaciones de la mosca noche.

Tal es en resumen, el aspecto físico del Patía Alto y Medio, visto desde las alturas del villorrio El Bordo población, de tan escasa importancia que ni aún se menciona en las geografías colombianas; pues sólo se compone de unas treinta casas y una barraca con techumbre de paja que hace las veces de iglesia. El día después de mi llegada era domingo, y vi salir de misa a las mujeres arrastrando por el barro largas faldas de percal de vistosos colores, abierto el corsé, y calzados los pies con zuecos de una forma particular. De regreso a sus viviendas iban a preparar el almuerzo mientras los hombres se ponían a jugar a una especie de chito o bien cantaban acompañándose con la guitarra.

En todo el Patía llevan los rorros a horcajadas sobre las caderas, posición poco graciosa, que a veces lastima a las pobres criaturas, pero que deja libres los brazos a las madres.

Vueltas esas mujeres a sus casas, se quitan inmediatamente sus trajes de cola.

La afición a los objetos brillantes, telas, imágenes, jo-

yas, etc., llega a la exageración entre los habitantes de ese país, con lo cual no desmienten la tendencia peculiar de la raza negra y sus derivados.

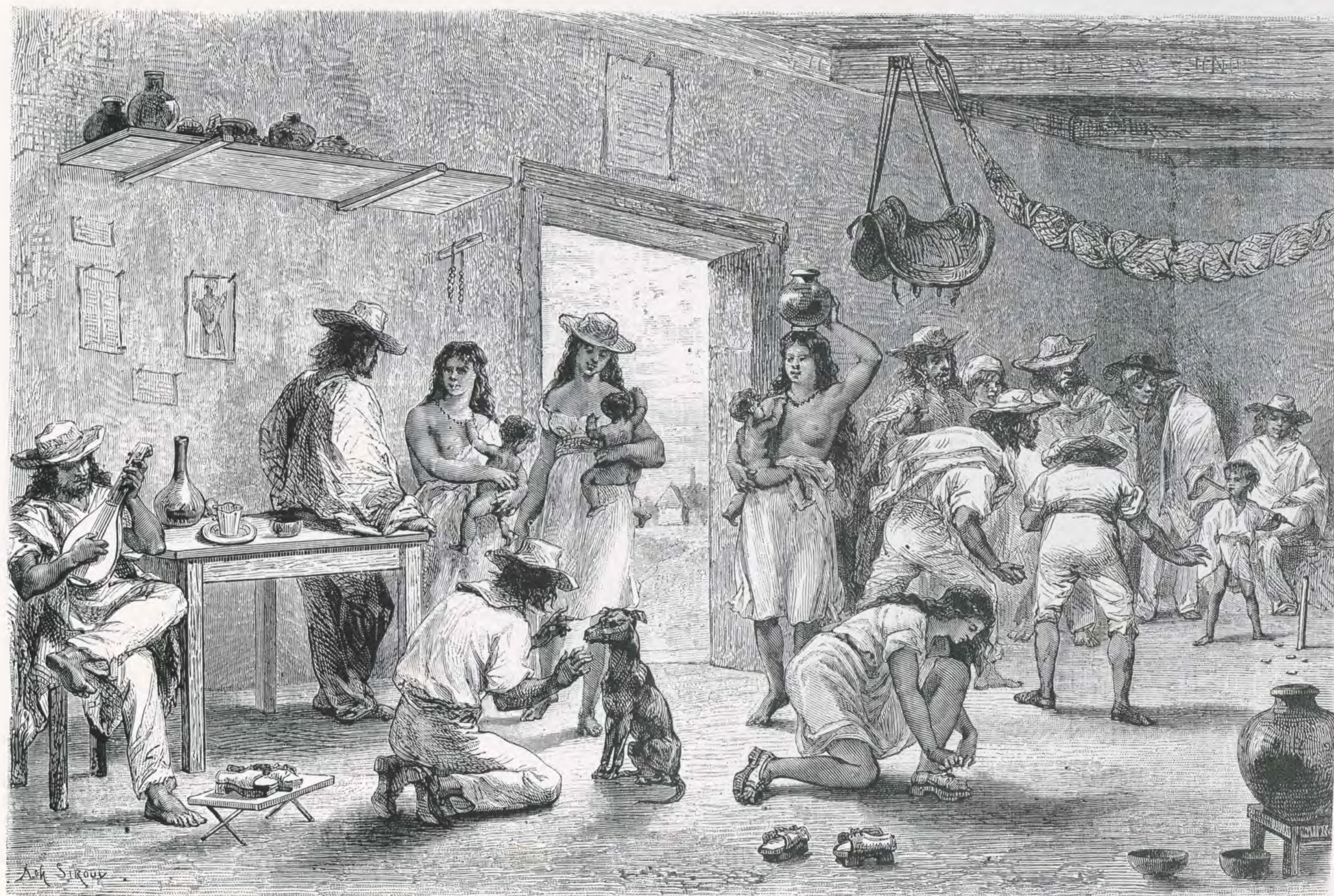
Existe además otra costumbre especial que no debe pasarse en silencio, cual es la de fijar en el interior de las casas, poesías fúnebres impresas y orladas de negro. De vez en cuando, pasan por el país poetas y libreros ambulantes que se presentan ante las familias que acaban de perder un ser querido y les endilgan una lamentación improvisada a gusto del consumidor.

Una vez aceptada la composición la llevan a Popayán para imprimirla y la remiten a los interesados contra reembolso. Es imposible imaginar nada más enfático que esas muestras de dolor comprado, y no obstante las familias las leen y releen hasta aprendérselas de memoria. Pero dejemos a un lado tristes espectáculos, y pongamos atención a los acordes alegres que llegan hasta nuestros oídos. Acaban de decirnos que en una vivienda de la parte alta se ha organizado un bambuco monstruo. El bambuco es la danza nacional.

La fiesta se celebra en casa de un negro barbudo, llamado Marcó Antonio, y es de carácter privado. ¿Se nos permitirá la entrada? Fritz y yo lo intentaremos, presentándonos en compañía de un hijo de la población. Son las dos de la tarde, y la sala tiene cerradas todas las ventanas. A nuestra llegada para la orquesta en seco, y nos quedamos de pie en medio de la estancia hasta acostumbrarnos poco a poco a las tinieblas, sólo ligeramente atenuados por algunos rayos de luz que penetran por los intersticios de las hojas de las puertas. El dueño de la casa se digna acoger con majestuosa benevolencia nuestro deseo de asistir al baile, para comparar con las nuestras sus danzas "de las que tanto nos han hablado". Satisfecha su vanidad con esta declaración, da orden a la orquesta de continuar con más vigor que antes. Los ejecutantes son seis, sentados al fondo del local sobre un banco rústico. El primero toca el tiple o la bandurria, del tamaño de media sandía, cuyo instrumento hace las veces de primer violín. A su lado se sienta el de las maracas, compuestas de dos calabazas con mango de palo y llenas de semillas negras de achira; este instrumento se toca agitando como los antiguos chinescos o campanillas. Siguen dos guitarras o vihuelas segundas de la misma forma que la primera, pero cuatro veces mayores, las cuales reemplazan al violín segundo y al violoncello. Viene a continuación el tambor, equivalente al bombo que descansa horizontalmente en el suelo y es sacudido a fuerza de brazos con una baqueta forrada de piel. Por último, el cuño desempeña el oficio de tamboril y pandereta, siendo un instrumento muy parecido a un enorme pote de confituras tapado con su papel, el cual se toca con los dedos, las uñas, el puño, los codos y las rodillas.

El efecto de esta orquesta medio salvaje es de todo punto indescriptible.

Marco Antonio con la sonrisa en los labios no quiere dejar a nadie el cuidado de desplegar ante nosotros las gracias del bambuco nacional. Elige su bailadora, se echa la ruana atrás, se cuelga un pañuelo de seda al cuello, coge los picos, se pone en jarras y comienza la persecución. Digo persecución porque eso y nada más es el bambuco que he visto bailar. La bailadora retrocede, gira sobre sí misma con los ojos modestamente bajos, balancean-



En la población de El Bordo.—Dib. de Sirouy

do los brazos y sin levantar apenas los pies del suelo: escapa sin cesar a los obsequios de su pareja, resistiendo a todas las seducciones que despliega ante ella. Ese manejo dura horas enteras, hasta que después de mil vueltas y revueltas, cae por fin bajo la fascinación de los ojos inexorables del bailarín, quien entonces la coge en sus brazos y rendida y palpitante la lleva a la sala vecina, donde la esperan refrescos en forma de copas de aguardiente y

cigarros de tabaco negro.

Salimos del baile y empleamos el resto del día visitando los alrededores, inspeccionando los pintorescos repliegues de las montañas y reuniendo datos sobre la región. La caída de la tarde era magnífica; distante aún el sol del horizonte, estaba medio velado por fajas de negros nubarrones, ribeteados de gris y plata. En un tumultuoso océano de montañas de esquisto y arcilla roja



Baile del bambuco en El Bordo.—Dib. de Sirouy

se veían los pálidos tonos de los vastos pajonales y sólo el fondo de las quebradas aparecía sembrado de arbustos y árboles de vigorosa silueta.

La muralla que limita la orilla izquierda del Patía, presenta las capas horizontales de sus estratificaciones en sentido de Este a Oeste, pero hacia el Sur, entre dos lechos diferentes, cambia su dirección presentándose de Norte a Sur, por efecto de una dislocación debida a un movimiento de oscilación de la Cordillera occidental. Por el Este, las apófisis de la Cordillera Central, cuyas crestas son arqueadas y semicirculares, están interrumpidas por picos traquíticos como el de Lorma. La vista se dilata a lo lejos hasta alcanzar la orilla izquierda del Guachico, a lo largo de cuyo río las capas estratificadas esquistas se manifiestan de Este a Oeste, hundidas por consiguiente sobre la base de los picos de la Cordillera Central, en tanto que en una sección vertical espontánea aparecen horizontales y en dirección de Norte a Sur. La rápida inspección de la comarca desde aquel punto, revela claramente el indicado movimiento de oscilación. A lo que parece, o bien la Cordillera Central ha descendido después del levantamiento general de las montañas, o los terrenos de sedimento, prensados y cogidos como con una tenaza entre dos cordilleras, se han hinchado rompiéndose por el centro e inclinándose hacia el pie de los cerros laterales.

En cuanto llegó Juan, que se había quedado rezagado con los mulos, me despedí de los habitantes del Bordo. Por espacio de dos horas no cambió el terreno, cubierto de lomas, al pie de las cuales serpentea un camino,

cuando no pedregoso, lleno de barro; pero no relativamente intransitable. En poco tiempo atravesamos dos veces la quebrada Bobo y unos ríos sin nombre, cuyo lecho se hunde gradualmente como lo atestiguan las capas superiores de aluvión llenas de cantos rodados. Los pocos arbustos que se ven en el camino, pertenecen al género Croton y aparecen totalmente cubiertos de plantas trepadoras, cucurbitáceas, ipomeas, y dalacampias. Al propio tiempo tuve ocasión de recoger un ejemplar de vainilla silvestre con frutos. A las doce y media del día llegábamos al pueblo de Patía (635 metros), con un calor sofocante y húmedo, al fondo de un valle donde por todas partes se respiran calenturas. Una iglesia grande y destartada con muros de barro medio hundidos; miserables cabañas entre escasas plantaciones de tamarindos; humeantes escombros de habitaciones incendiadas la noche precedente; una escuela pública, en donde un jovencito, casi un muchacho, daba clase sentado en el umbral de la puerta, a algunos arapientos que leían en un cuadro; acá y acullá caminantes mulatos macilentos y de andar incierto; una regular sopa de sancocho y una noche de mosquitos, constituyen las pocas consoladoras notas tomadas como recuerdo del pueblo del Patía.

Ardía en deseos de abandonar esta maldita localidad y como cierto ingeniero americano que encontré en Popayán y su señora acabaran de llegar, me decidí a tomar con ellos la delantera, a fin de arribar cuanto antes a Pasto.

De Patía a Tamarindo, siguiendo siempre por las lomas de un país desierto, o bien por arenales apenas cu-

biertos de secas gramíneas, pasamos por Herradura con un calor sofocante y envueltos entre nubes de langosta. Los insectos adultos, cuya presencia había observado en el río Quilcasé, habían desaparecido, sucediéndoles espesos enjambres de langostas jóvenes que oscurecían el sol y limpiaban los campos de toda verdura. No puede darse devastación más completa; no solamente no quedaba ya ni una planta, ni una hoja, ni un tallo de yerba hasta donde alcanzaba la vista, sino que las hambrientas larvas

atacaban la corteza de los árboles, y roían hasta las duras fibras del caratas (*Bromelia aratas*). No había visto nunca nada semejante; ante este espectáculo se comprenden los lamentos que arranca de los africanos la terrible plaga de la langosta. Al pasar junto a la empalizada de un explotanar del cual no quedaban más que poquísimos tallos tronchados y sin una hoja, una pobre mujer en el umbral de su cabaña me detuvo, y levantando los brazos al cielo, exclamó: Ah, ¡caballero, el Señor Dios nos mata!



Las langostas del Patia.—Dib. de Riou

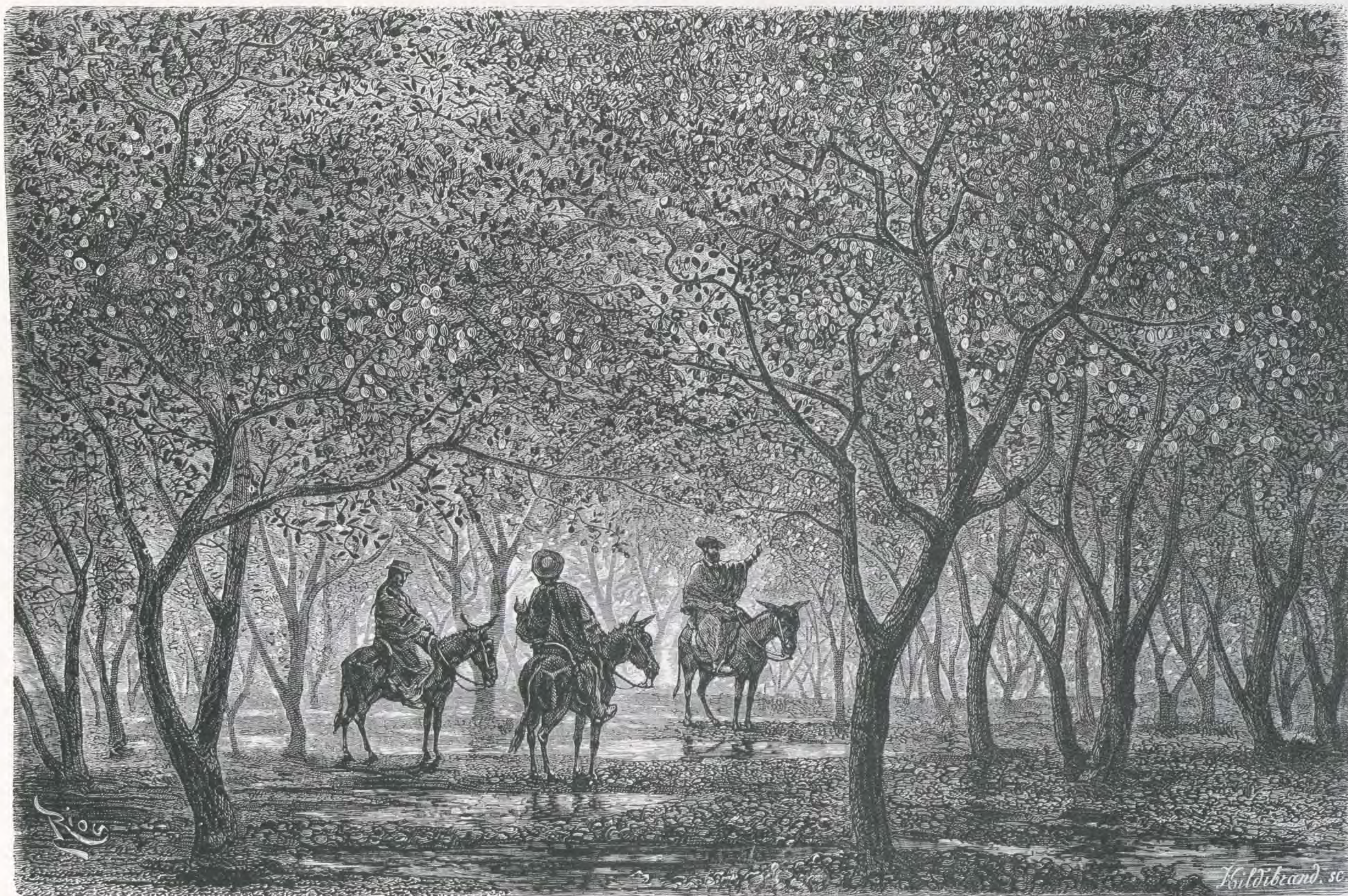
Pronto cambia el aspecto del país; descendiendo hacia el paraje donde el río Guachicono se une al San Jorge formando pequeña península llamada de los dos Ríos, las partes llanas aparecen llenas de ciénagas, y el calor, que alcanza allí treinta y cinco grados, produce una abundante evaporación, y miasmas deletéreos. Los bordes de las ciénagas están cubiertos de alismaceas, y altas gramíneas, viéndose también el *Thalia* de albata. De esta suerte llegamos al valle del Guachicono, donde campea una vegetación muy particular. Por primera vez atravesamos un bosque de limoneros silvestres, que produce un efecto de todo punto original. Constituyen esos árboles la vegetación predominante, si bien crecen en compañía del Coca (*Erythroylon Coca*), de los guayabos, de un *Ficus* de grandes hojas provistas de nervios blancos, de las chirimoyas (*Anona muricata*) de frutos enormes, y de los guamos (*Ingaedulis*), de largas y lechosas vainas. El suelo está cubierto de deliciosos limones, con los cuales llenamos las alforjas.

Los dos ríos Guachicono y San José, ambos anchuro-

sos y de corriente rápida, deben vadearse, operación no exenta de peligro, pues las lluvias modifican la corriente, alterando su fondo, y los vados que ayer eran fáciles, se convierten al día siguiente en profundos hoyos.

Sin embargo, pasamos el Guachicono felizmente y a una hora de allí, después de atravesar de nuevo un terreno inundado, en el que los limoneros, los cocos silvestres, las pitayas (*Cereus Pitajaia*) se entremezclan con grandes euforbiáceas, y una deliciosa cesalpínea de hermosas flores rojas, formando un bosque encantador, dimos con el río San Jorge, que fue preciso atravesar del mismo modo.

Desde Mojarras, que está algo más alto que el Bordo (742 metros), a la cúspide de una colina coronada por la mesa de Mercaderes, se divisan allende el río Mojana, los estribos de la cordillera central que se destacan en ángulo recto sobre el eje principal, formando una serie de dentellones, dispuestos con tanta regularidad como las espigas de un pez. Este plano inclinado forma una de las regiones más tristes que puede atravesar un viajero. Has-

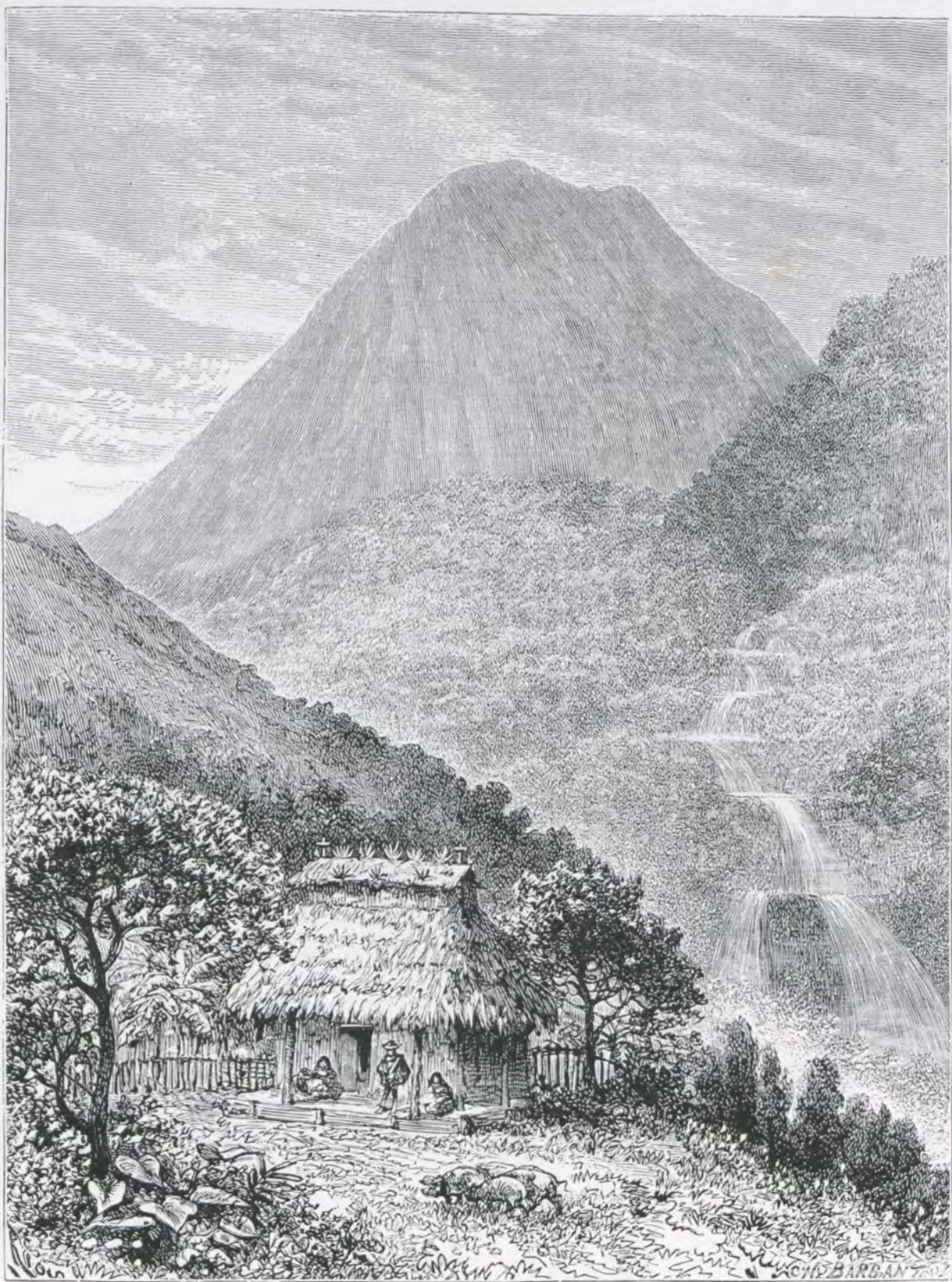


Un bosque de limoneros en Guachicono.—Dib. de Riou

ta donde alcanza la vista sólo se divisan superficies peladas, sin más vegetación que alguna que otra gramínea. El suelo, ligeramente inclinado hacia el Noroeste, está abarrancado por las aguas pluviales. A flor de tierra aparecen por doquiera rocas blanquecinas, sumamente blandas. En los tiempos prehistóricos, la mesa de Mercaderes debió formar la solera del antiguo lago subandino, de que se ha hablado antes, elevado más de trescientos metros sobre el actual curso del Patía, y su superficie pulimen-

tada será debida al roce de los terrenos desprendidos de los cerros de Mayo y Sombrerillas, cuando sobrevino el cataclismo que arrastró tierras y aguas hacia el Patía y el Pacífico.

En el Alto de Dolores (958 metros), cerca de Mercaderes, se distinguen con claridad los cantos rodados del fondo del antiguo lago, respetados por las aguas poco impetuosas en aquel punto, mientras que en las partes bajas han sido arrancadas profundamente a consecuencia



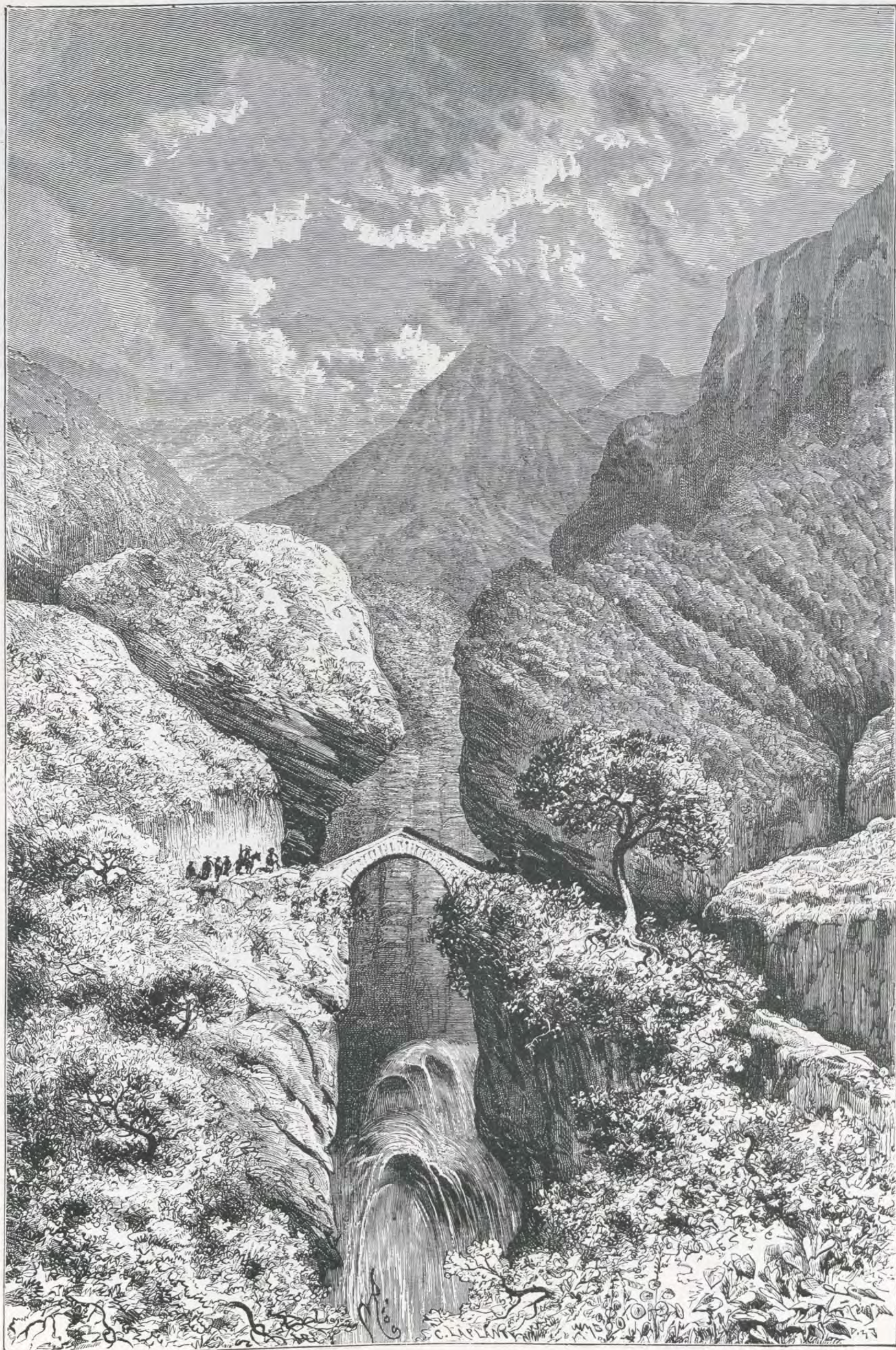
Cascada de la Caldera.—Dib. de Riou

de la ruptura que tuvo efecto en dirección del Oeste. Desde este punto el panorama que se descubre, más que pintoresco, es sublime. Las altas cordilleras se destacan en lontananza; en el fondo del valle los esquistos dibujan con vigor sus yacimientos ora horizontales, ora inclinados; el Alto de Dolores, poblado de bosques, y el mar petrificado de las colinas del Patía, forman violentos contrastes de colores verde y rojo de ladrillo, y un hermoso sol,

en su ocaso, ilumina a nuestra llegada este grandioso espectáculo.

Mercaderes, está situado a mil ciento ochenta y ocho metros sobre el océano, sin que ofrezca nada de particular, a no ser una venta detestable, y la iglesia que se destaca sobre un fondo montañoso, en el cual se yergue el pico de la campaña o de San Andrés.

El camino desde allí descende, se encumbra y vuel-



Puente sobre el río Mayo.—Dib. de Riou

ve a bajar a través de una serie de barrancos bruscos, pedregosos y erizados de fragmentos de roca desprendidos de la mesa. En el puerto de Sombrerillos (1.321 metros) se deja por un momento el desierto para descender con rapidez al escarpado valle del río Mayo, donde enormes masas arcillo-silíceas dispuestas en bancos horizontales producen magnífico efecto. Una hermosa peperomia de grandes espigas o panículos y hojas orbiculares, levanta su silueta entre las entalladuras de las rocas. Se atraviesa el Mayo a mil ciento setenta y un metros en un paraje por todo extremo pintoresco. Encajonando el río en una estrecha cañada, forma algo más arriba una catarata, conocida por Salto del Mayo y luego corre a veinte metros de profundidad por debajo de un arco de piedra que le franquea. Algunas rocas arcillo-silíceas amontonadas suspenden verticalmente sus redondeadas y azuladas superficies sobre las turbulentas aguas, y la semi-oscuridad del lugar imprime al paisaje un efecto por demás fantástico.

El terreno es cada vez más quebrado: desde el río

Mayo se sube por entre variadas espesuras interpoladas con algunas lomas, hasta el lugar de la Caldera, compuesto de un puñado de cabañas en desorden. A la derecha una profunda quebrada separa dicho lugar de un brusco levantamiento de la montaña, en la cual una cascada dispuesta en grandes formas, hasta doce caídas de una altura total de cien metros. Sus aguas plateadas se derraman por entre los plátanos inclinados de los peldaños entre hendiduras, en donde la humedad da vida a numerosos arbustos, hasta que el lecho de la quebrada Caldera las recoge para llevarlas al río Mayo.

El lugar de la Caldera se encuentra a mil cuatrocientos noventa y tres metros de elevación; el camino sube siempre, y en la casa de la Horqueta aparecen los primeros campos de patatas y trigo que he visto desde hace mucho tiempo. Por un hermoso camino sombreado por árboles, llegamos a La Unión, pueblo de alguna importancia (a 1.837 metros).

La población se compone de una sola calle en rápida pendiente desde la plaza a la iglesia y por detrás de las



Iglesia y plaza de La Unión.—Dib. de Riou

casas asoman muchos naranjos y otros árboles frutales. La calle en cuestión está trazada sobre una cuchilla entre dos profundos valles abruptos, en un suelo fértil apenas escarbado por el cultivo de algunos habitantes menos ociosos que sus convecinos. En este terreno profundo y bajo con un clima templado se daría todo; pero apenas si de tarde en tarde se ve un platanal o el azulado verdor de un campo de yuca (*Manihot utilissima*). En vez de labrar las tierras, los hombres prefieren tejer sombreros de paja de carludovica. Uno, a quien pregunté lo que ganaba con ello, me contestó inocentemente: que un buen obrero empleaba seis días en tejer un sombrero de valor de un peso (4 pesetas), pero que prefería esta ocupación sedentaria a tener que fatigarse cultivando la tierra, aunque con ello ganaría diez veces más.

Al salir de la Unión, el camino se dirige por una empinada cuesta hacia los páramos; pronto sobrepudamos la altura de dos mil metros; entre los matorrales vecinos,

se da la patata silvestre (*Solanum tuberosum*), cubierta de grandes y bellas flores de color violeta. Los arbustos, bajo los cuales se cobija, pertenecen a una mirtácea llamada guacayan, que daría una excelente madera para la ebanistería; sus frutos son grandes y oscuros, como la castaña de Indias, y suceden a las hermosas flores blancas de que se cubren durante la primavera.

Reaparecen pronto los esquistos, los malos pasos y los resbalones, antes de llegar a Berruecos, pueblo de algunos centenares de habitantes, donde nos detuvimos un momento para comer unos huevos y unas tortas de maíz. Una espantosa epidemia de viruela negra diezmaba la población, cebándose principalmente en los párvulos. Abandonamos pronto este fúnebre país y llegamos a Olaya (1.913 metros), en donde no sin trabajo encontramos una detestable granja por todo abrigo y algunos mendrugos por todo alimento.

Desde Olaya se divisa el valle de Juanambú y sus

estribos, entre los cuales se deslizan los afluentes de aquél. El conjunto forma un paisaje imponente, pero un tanto desnudo. Algunos picos, en especial hacia el Sur, recortados y dentellados por demás, atraviesan las nubes. Recogidos en un miserable rancho, situado en una meseta pintoresca, pasamos la noche sobre tres desiguales tablas, esperando sólo para partir, la próxima salida del sol.

En la quebrada Mazamorra, muy encajonada, puesto que hemos vuelto a bajar a la altura de 1.453 metros, se ven gigantescas rocas suspendidas sobre el camino, cubiertas de grandes pitcairnia llenas de ondulantes espigas de un efecto soberbio. Algunas cabañas de pastores, situadas en la cañada (1.559 metros), me ofrecen ocasión de ver muchas reses llenas de tumores producidos por la mosca nuche, de que hemos hablado poco ha: las pobres bestias cubiertas de llagas, arrastran una existencia miserable y pierden todo su valor en venta. Hemos ya en la pendiente que conduce al "terrible Juanambú" como le llaman los poetas colombianos, tortuoso río que corre, o mejor, se precipita del páramo de Aponte, surcando con furor su estrecho cauce, compuesto de desnudas rocas perpendiculares, que forman colosales murallas porfídicas. Enormes bloques desgastados por las aguas durante siglos, se oponen a la corriente, que al quebrarse en ellos se pulveriza.

Descendiendo veo un pequeño trapiche o molino para triturar caña de azúcar, sobre una pintoresca loma; el aparato se compone de dos bastos cilindros de madera, lo más rudimentario que puede verse, pero su situación o

emplazamiento en este país lo convierten en motivo de decoración encantador.

Frente a la cañada, en donde el Juanambú se halla a una altura de mil doscientos cincuenta metros, se le atraviesa por un buen puente de piedra y ladrillo de cinco ojos, largo de sesenta metros por quince de altura; que fue construido por Barretti en 1866-68. Sobre el pretil se ve una lápida conmemorativa del día 2 de Mayo de 1814 en que el ejército republicano, a las órdenes del general Antonio Nariño, franqueó a viva fuerza los desfileros de Juanambú, defendidos por mil trescientos hombres mandados por Melchor Aymerich. Cerca de allí, a unos doscientos metros del puente, del río Buesaquillo lleva al Janambú el tributo de sus negras aguas; se le pasa a vado sobre un lecho de cantos rodados.

Allí da principio una de las más largas y penosas cuestas que existen en Colombia, y que por su disposición especial merecería el nombre de "escaleras del Juanambú".

Desde una altura de 1.250 metros es menester trepar de un tirón hasta Ortega, que se halla a la de 1.986 metros, siguiendo un estrecho caño, en donde dos mulos podrían no cruzarse sin peligro, cubierto de enormes areniscas y pórfidos rodados, por cuyas pulimentadas superficies deben saltar los pobres animales, con grave riesgo del jinete y la cabalgadura.

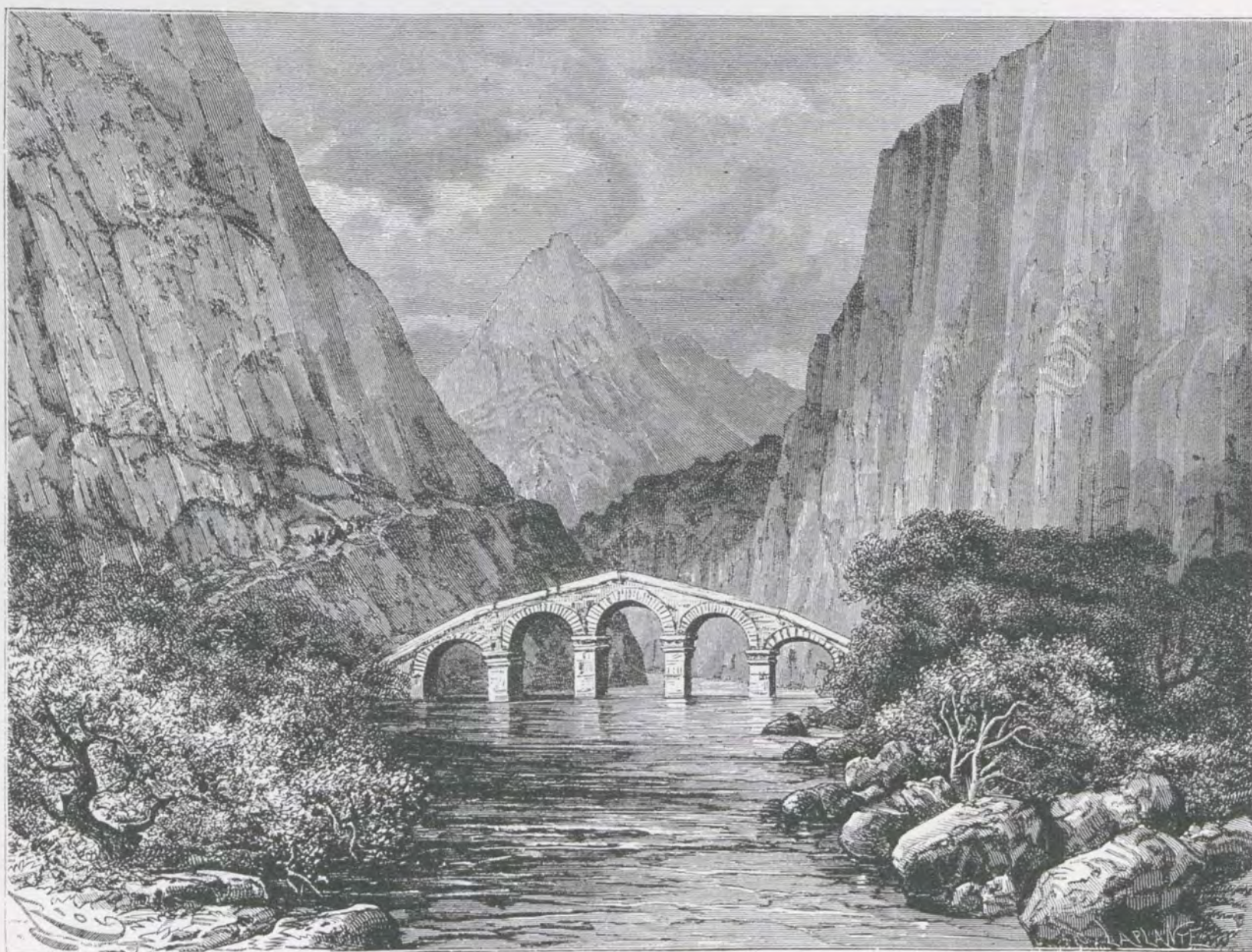
Luego el camino costea profundos y salvajes precipicios, y al término de la cuesta, se encuentra Ortega, lugar compuesto por algunas cabañas emplazadas sobre un suelo de rocas, cuyos matices, variados hasta el infinito, ofrecen vasto campo a los estudios del minerólogo.

Demos un adiós por mucho tiempo a la región caliente, pues en adelante debemos errar y vivir muchas semanas por las grandes alturas, avanzando siempre hacia el Ecuador. Hétenos de nuevo en la región de las nieblas glaciales, de las bromeliáceas y de las odontoglossas. Grandes valles más largos y suaves, descienden por ambos lados sin alcanzar siquiera la región templada; los tonos verdes claro y oscuro de su superficie indican que la vegetación alfombra las rocas por todas partes: los arbustos consisten en ojicantos, drimos, osteomules y muchas melastónáceas cubiertas todas de líquenes sarnosos o cabelludos, rojos, grises, amarillos, negros y blancos. Sobre las praderas rasas en que se amortigua el paso de las caballerías, surgen hermosos grupos de gencianos regocijando con su tinte lila claro la excesiva crudeza de la uniformidad del verde.

Después de algunos malos pasos por lodazales ocultos bajo la yerba, llegamos a Meneses, hacienda de tierra fría que ha de ser nuestra última etapa antes de llegar a Pasto. Aunque la casa está deshabitada, seguimos la costumbre de acomodarnos en ella sin cumplidos y condimentamos un mísero sancocho, con provisiones felizmente guardadas en las alforjas. Pasando Meneses, de donde partimos el día siguiente muy temprano, las grandes praderas de suave declive se desgarran reapareciendo el esquivo micáceo. Frente a Buesaco, se encuentra una poderosa roca de pórfido. De nuevo nos hallamos rodeados de una vegetación frutescente de encantador aspecto; si bien el camino es muy malo y las pendientes ásperas y apenas transitables. Sin embargo llegamos sin grandes tropiezos al alto de Aranda, que mide tres mil trescientos metros.



El trapichito de Juanambú.—Dib. de Riou

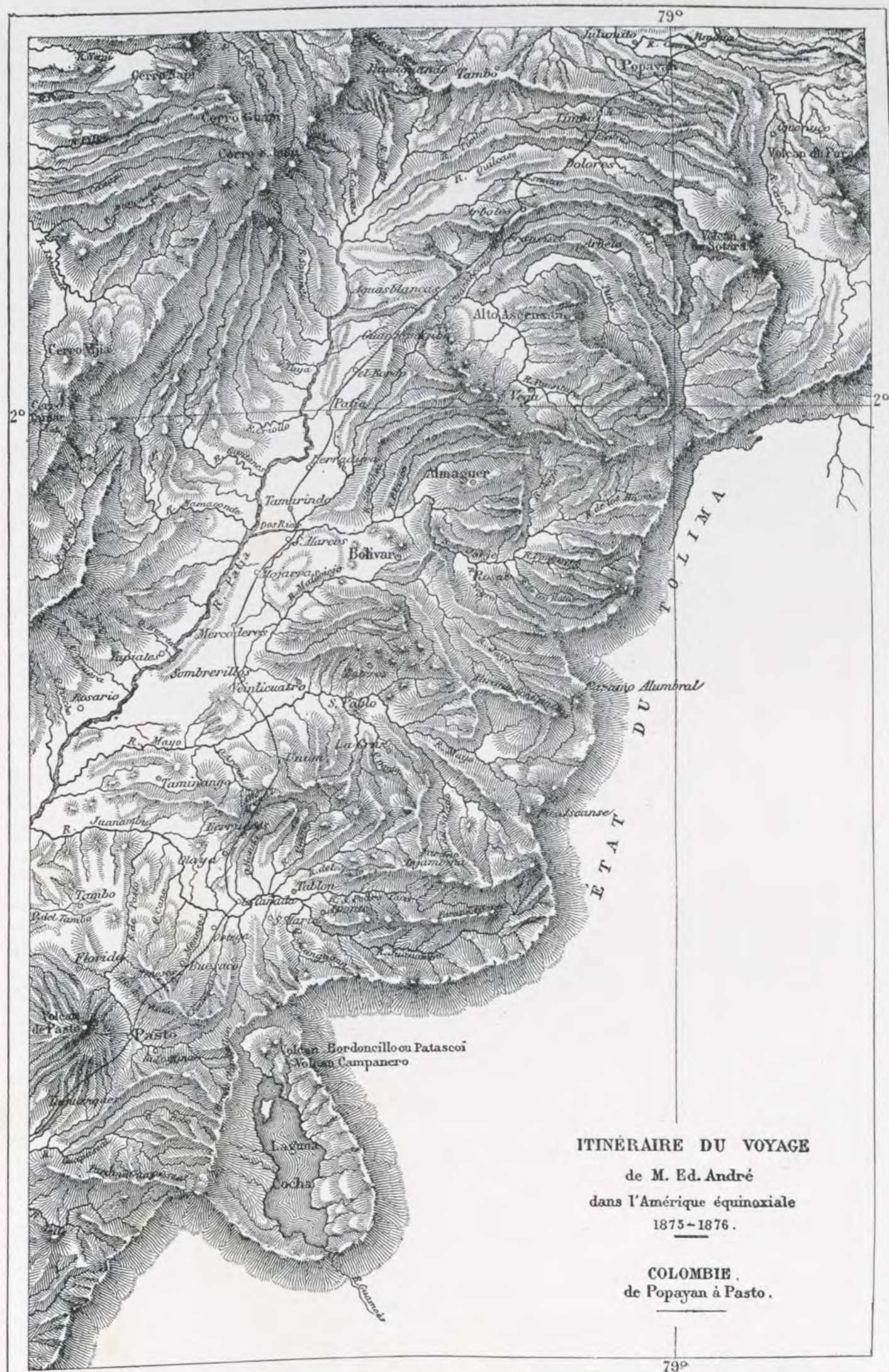


Puente sobre el Juanambú.—Dib. de Riou

Desde allí se divisa un panorama espléndido. La ciudad de Pasto yace a seiscientos sesenta metros de profundidad en el centro de una cuenca cubierta de verdor, que forma un llano de dos a tres leguas de extensión, rodeado de montañas, de las cuales la más alta es el cono truncado del volcán de Galera (4.200 metros) y de páramos cuyas cumbres aparecen cubiertas de espesos bosques. Por todas partes se ven campos de trigo bien cultivados y separados por setos, alternando con nutritivas praderas cuajadas de ganado. El río Pasto serpentea por el fondo como una cinta de plata: en la vertiente de los cerros blan-

quean numerosas cabañitas de indios medio civilizados, revelando la existencia de un país poblado y formando ricos detalles que contribuyen a dar al conjunto del paisaje un aspecto encantador.

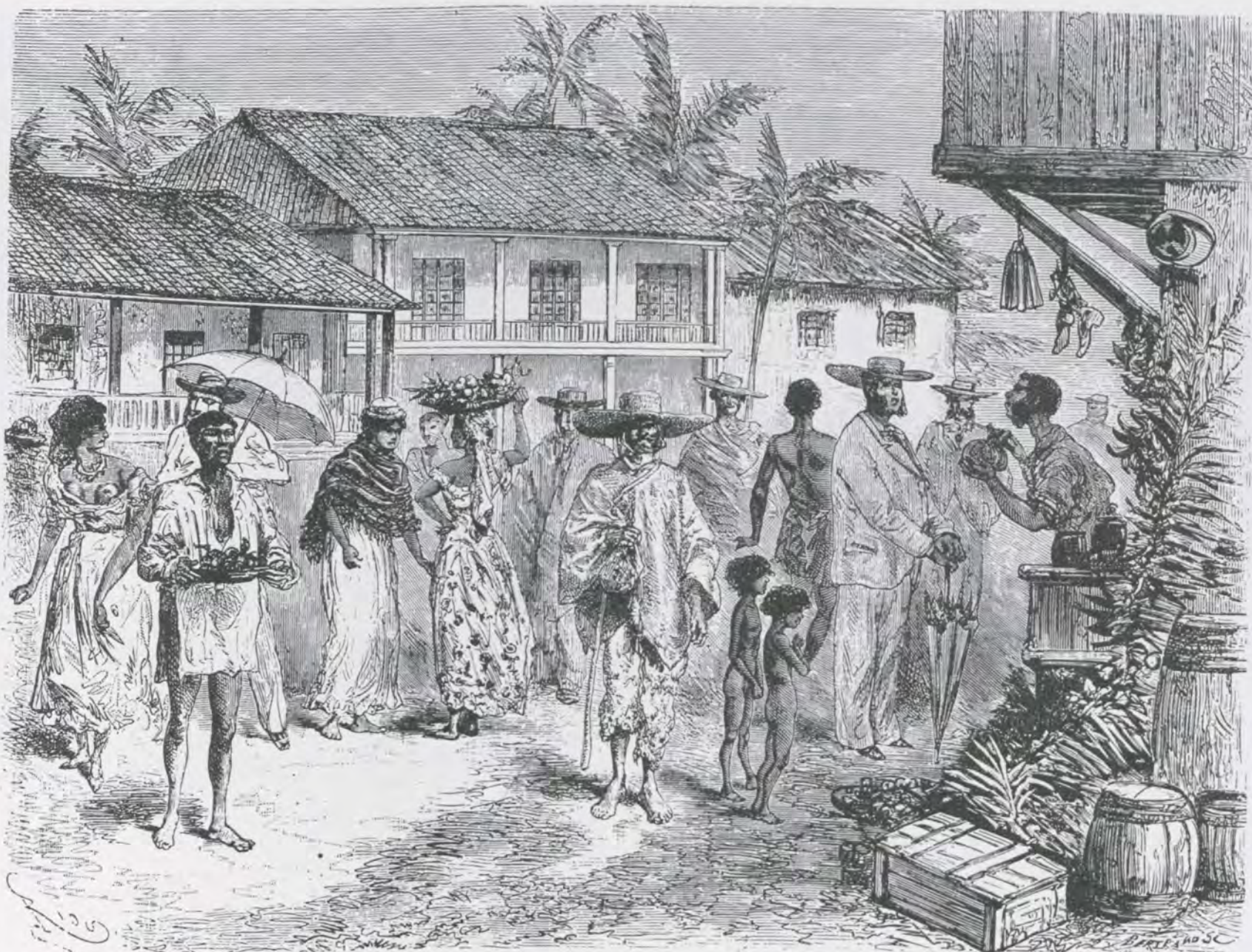
Tras dos horas de bajada por un camino muy rápido, detestablemente afirmado, resbaladizo y a veces obstruido por desprendimientos, llegamos por fin a las puertas de Pasto, en donde entramos mis dos compañeros y yo el día 29 de abril, ansiosos a cual más después de cerca de seis meses de espera, de tener noticias de nuestra querida Europa...



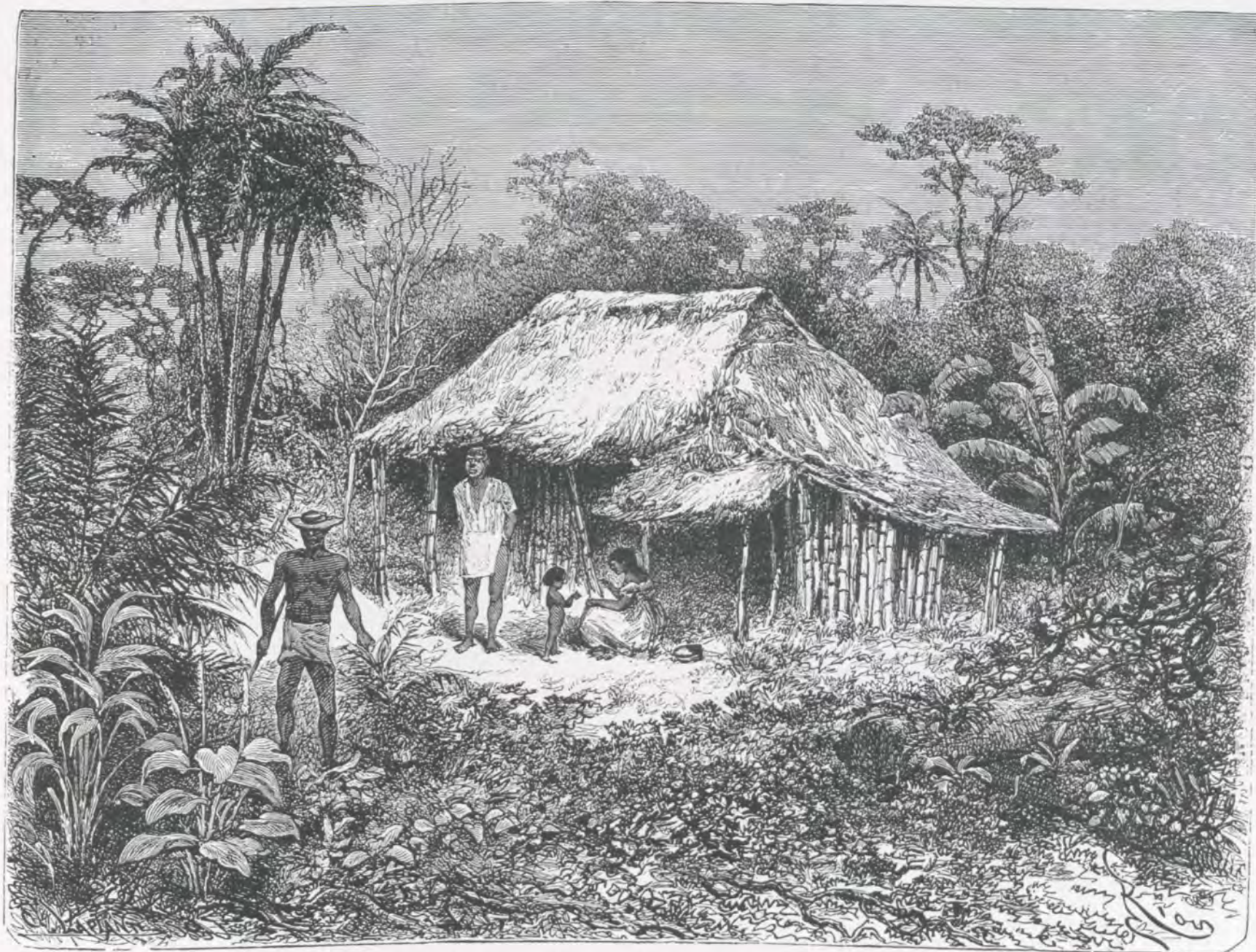
Gravé par Erhard



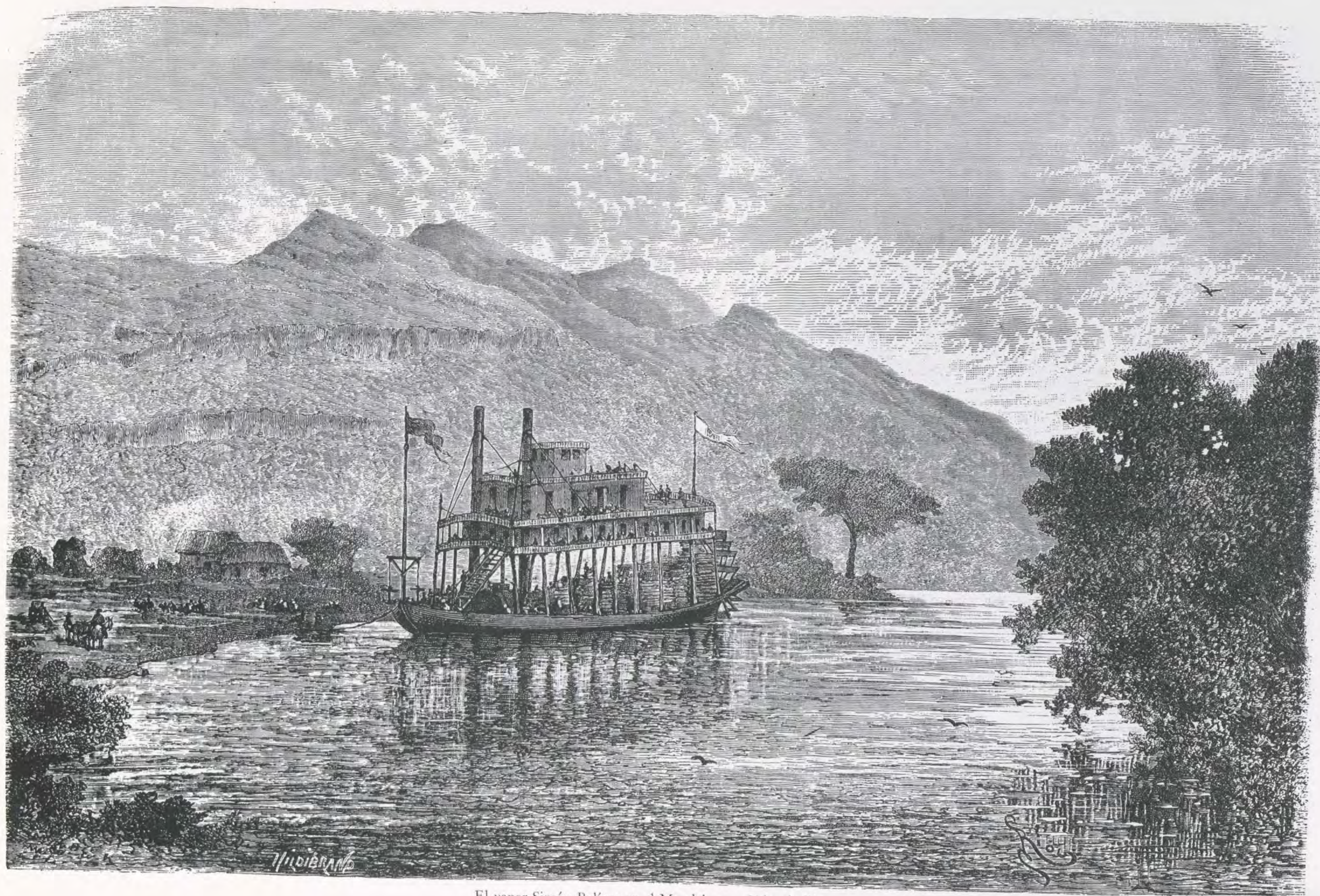
Cacería de cóndores en los Andes. — Dib. de Riou



Una calle de Barranquilla.—Dib. de Riou



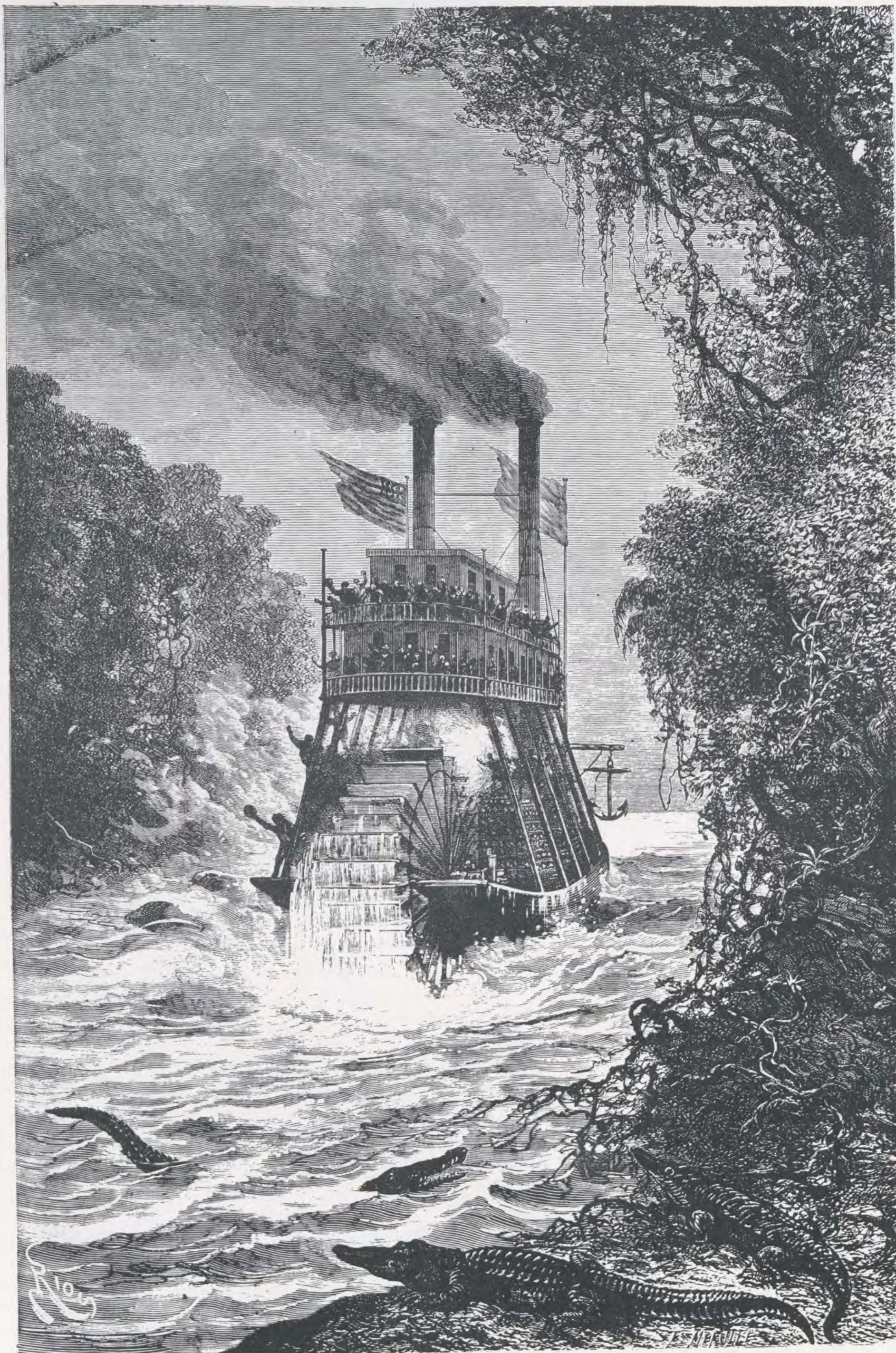
Chozas y habitaciones del bajo Magdalena.—Dib. de Riou



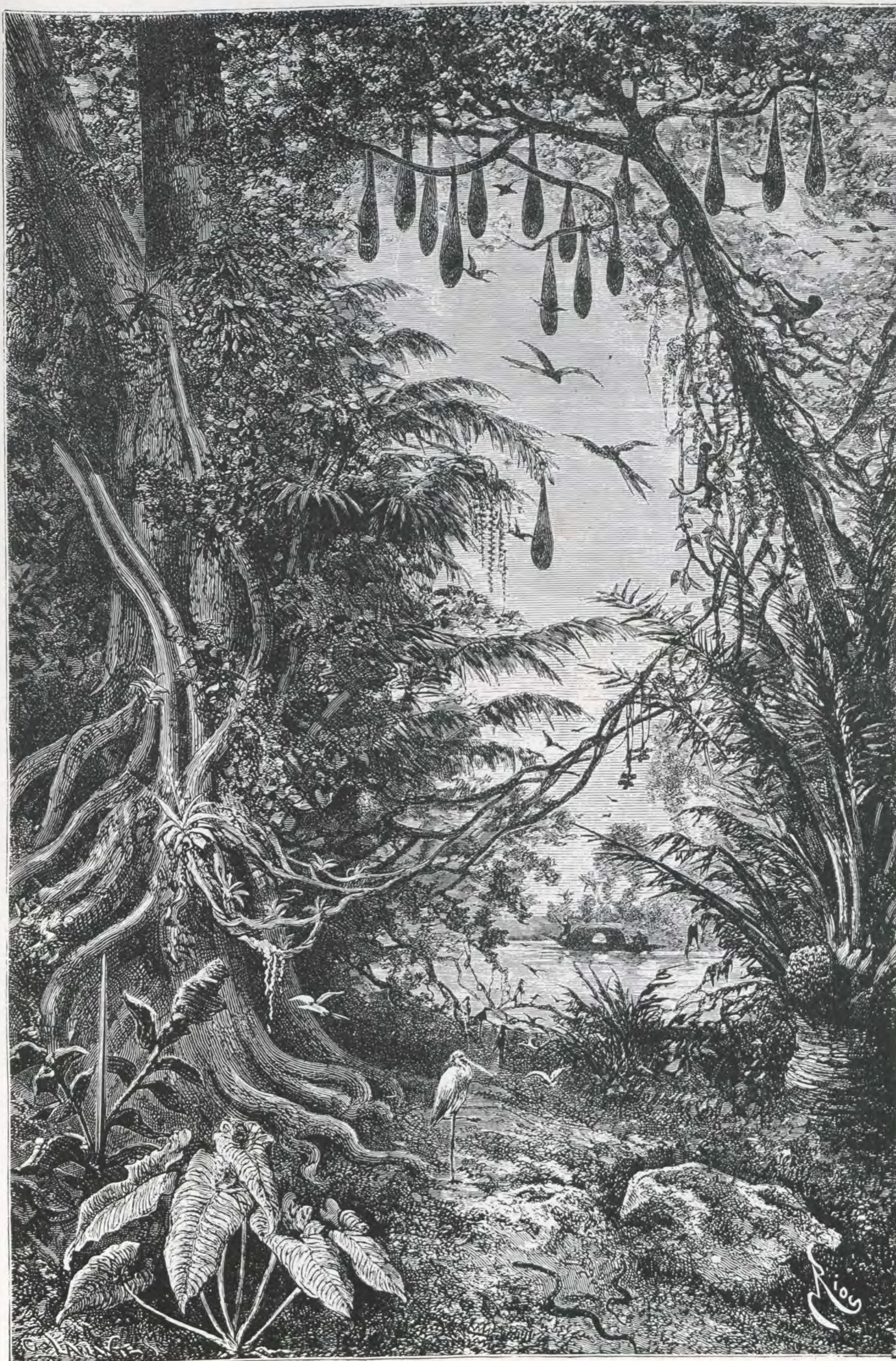
El vapor Simón Bolívar en el Magdalena.—Dib. de Riou



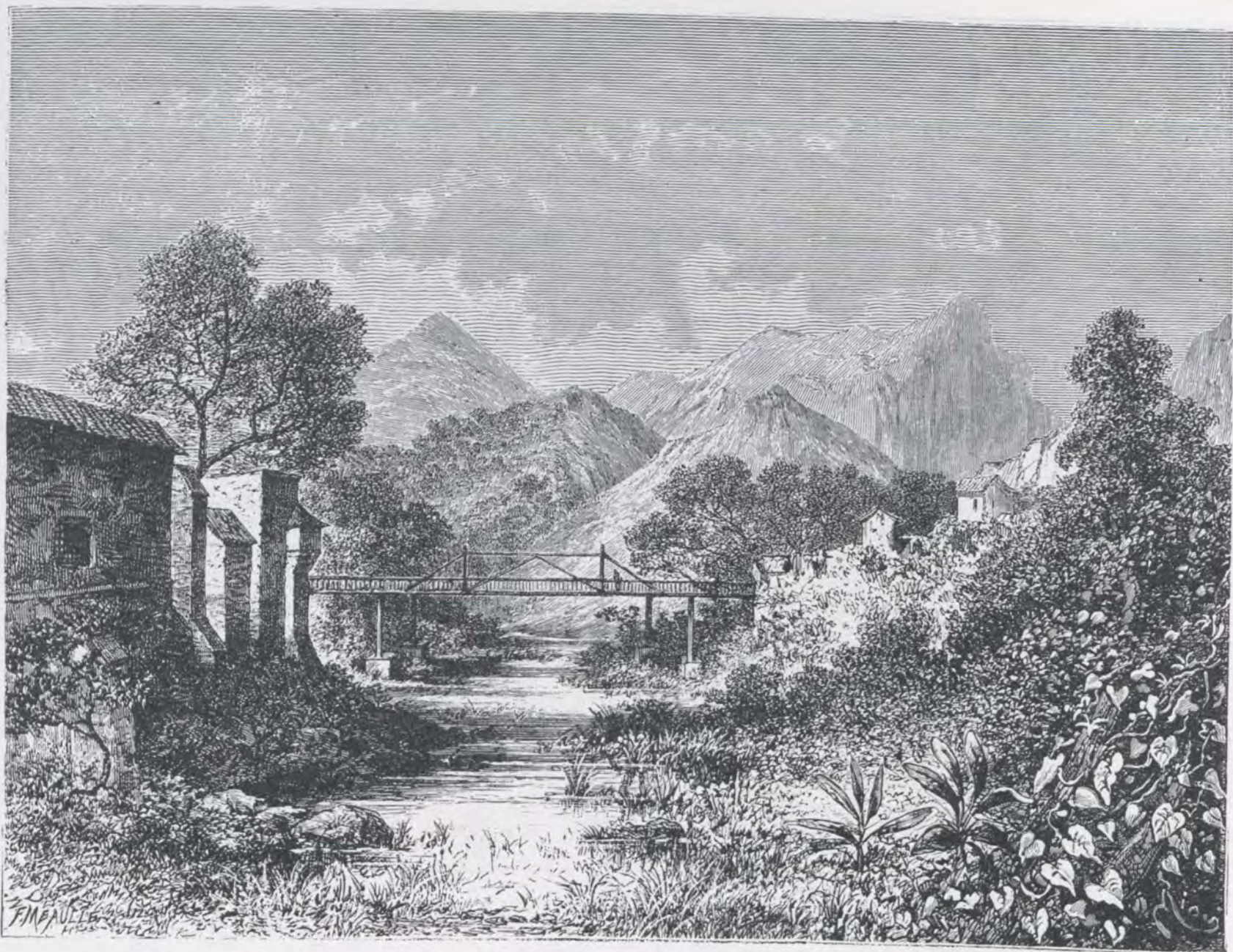
Los bogas y el champán.—Dib. de Riou



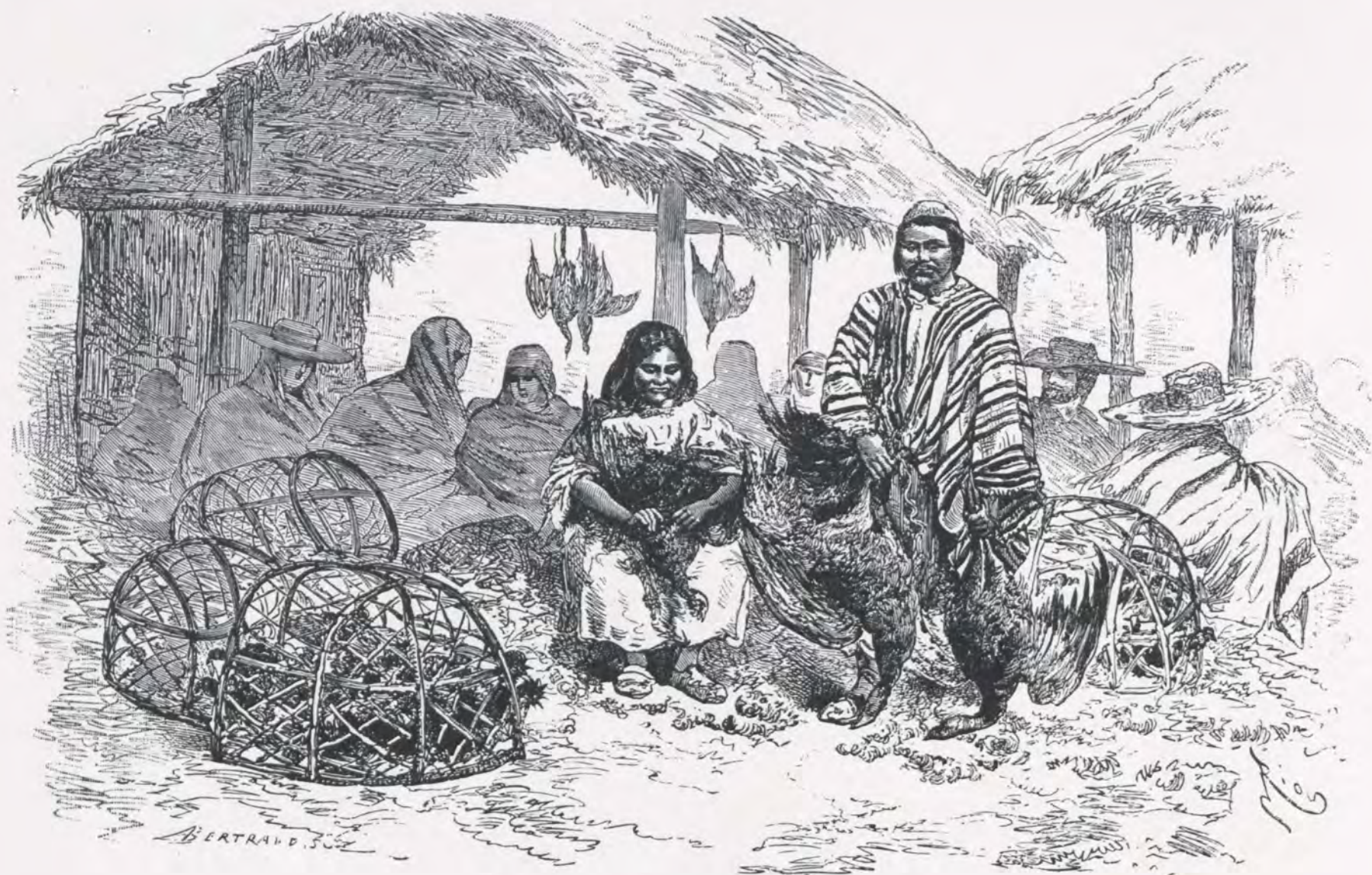
El paso de Angostura.—Dib. de Riou



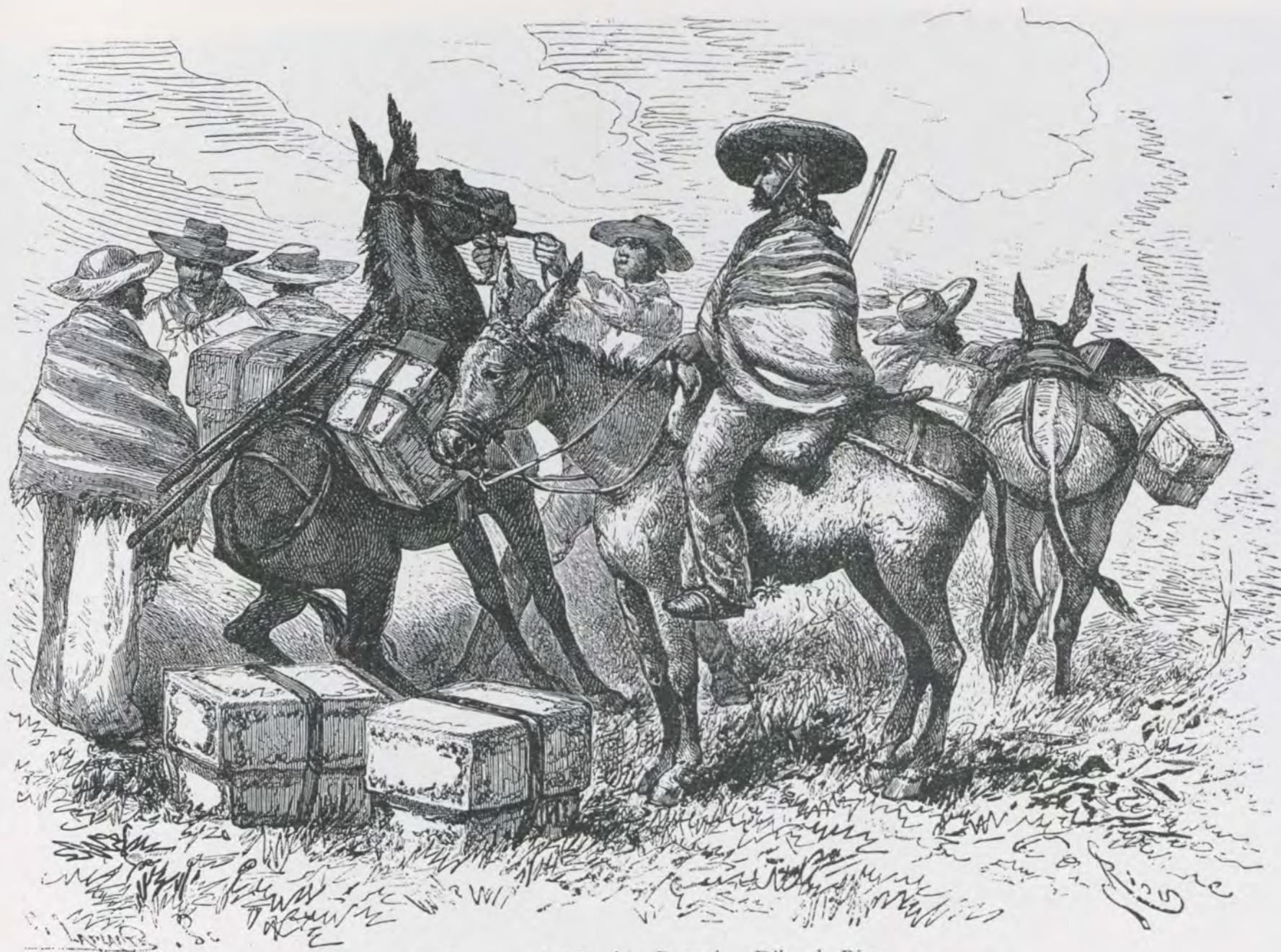
La selva virgen en las márgenes del Magdalena.—Dib. de Riou



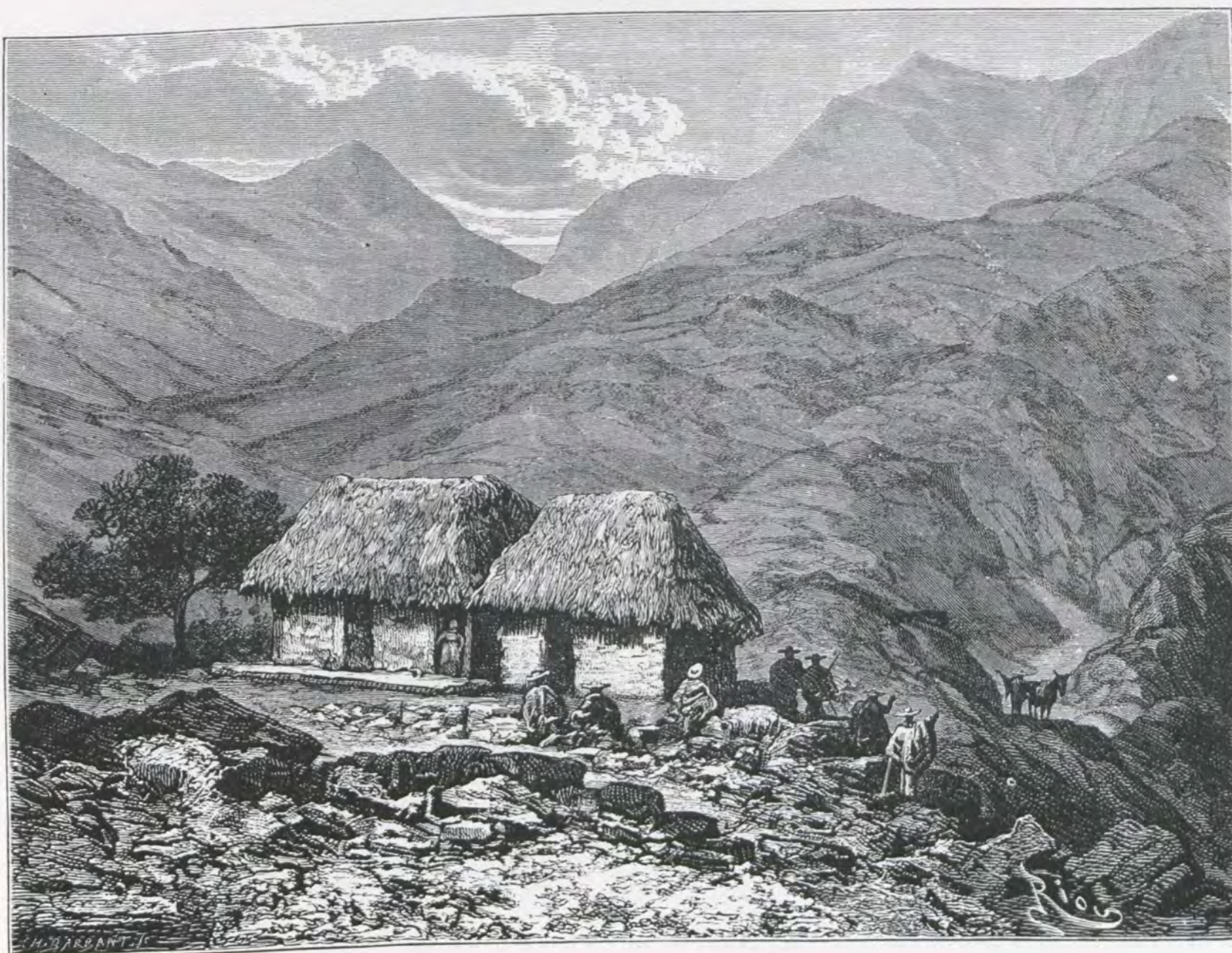
Puente sobre el río Gualí en Honda.—Dib. de Riou



Campesinos de Guaduas.—Dib. de Riou



En el camino de Honda a Bogotá.—Dib. de Riou



El alto de San Miguel.—Dib. de Riou